

Libros del Asteroide 

William Maxwell Adiós, hasta mañana

Traducción de Gabriela Bustelo



William Maxwell

Adiós, hasta mañana

Traducción de Gabriela Bustelo

Libros del Asteroide 

Título original: *So Long, See You Tomorrow*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 1980, William Maxwell

© de la traducción, Gabriela Bustelo, 2008

© de esta edición: Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: John Murray/John Chillongworth. Getty Images.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-15625-81-0

Depósito legal: B. 29.246-2013

Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

A Robert Fitzgerald

1. Un disparo

El pozo de la cantera estaba a algo más de un kilómetro al este de la ciudad, era del tamaño de una laguna y tan profundo que los menores de dieciséis años tenían prohibido ir a nadar en él. Yo sólo lo conocía de oídas. Es un pozo sin fondo, decía la gente, y como a mí me maravillaba eso de que si cavas y cavas en línea recta acabas saliendo en China, me lo creía a pies juntillas.

Una mañana de invierno, poco antes del amanecer, los tres hombres que estaban allí cargando grava oyeron lo que les pareció un disparo. Aunque también podía haber sido el estampido de un motor de coche, en eso estaban todos de acuerdo. Al cabo de unos segundos, amaneció. No vieron a nadie acercarse a la cantera por el prado de enfrente ni por la carretera. Pero la detonación no provenía de un coche estropeado. Acababan de pegar un tiro a un aparcerero llamado Lloyd Wilson y lo que habían oído era el disparo que le había matado.

En el juzgado de instrucción el tío de Wilson, un sesentón que llevaba años viviendo con él, declaró que cuando estaba dando de comer a los caballos vio pasar el quinqué de su sobrino de camino hacia el establo. Entre las cuadras y el establo había unos ciento setenta metros de distancia. El hombre no oyó el disparo, ni tenía constancia de que esa mañana hubiera entrado ningún desconocido en la granja. Cuando sucedieron los hechos vivían allí el fallecido Wilson, sus dos hijos pequeños, de seis y nueve años, una guardesa de avanzada edad, y el tío, Fred Wilson.

Después subió al estrado la guardesa y declaró que en la última mañana de su vida Lloyd Wilson se levantó a las cinco y media como tenía por costumbre, se vistió y preparó dos fuegos. Mientras esperaba a que prendiera el de la chimenea de la cocina se quedó un rato con ella, hablando y haciendo bromas. Estaba de buen humor y salió de la casa silbando. Normalmente tardaba poco en ordeñar a las vacas y solía estar de vuelta en la cocina antes de que ella tuviera el desayuno preparado. Como sabía que esa mañana él tenía que ir a la ciudad a recoger a un hombre que iba a ayudarlo a desgranar unas mazorcas atrasadas, a las siete en punto dijo al hijo menor que fuera a

ver por qué tardaba tanto su padre. Cuando el chico le pidió una linterna ella miró hacia la oscuridad tras la ventana y le dijo que no hacía falta, porque se veía la luz del quinqué en la puerta abierta del establo. Apenas habían pasado unos minutos cuando le oyó volver a entrar en casa. Estaba llorando. Al abrir el portón y llamarle, él le dijo: «¡Papá está muerto! Está ahí sentado con los ojos abiertos, pero está muerto...».

La típica ocurrencia de un niño. Apartándolo, sin creerle, la mujer echó a correr hacia el establo. Wilson estaba en la cuadra central, sentado en una banqueta de ordeño, con el cuerpo desplomado sobre el tabique de separación. Agarrándole de una mano, la mujer exclamó:

—Lloyd, pero ¿qué te ha pasado?

Pensaba que habría tenido un infarto, o quizás una apoplejía. Pero el niño tenía razón. Aunque estaba ahí sentado con los ojos abiertos, estaba muerto.

La guardesa y Fred Wilson se ocuparon de todo. Es decir, ella volvió a la casa e hizo varias llamadas de teléfono y él acabó de ordeñar las vacas, las llevó a pastar y se sentó junto al cadáver hasta que el enterrador y su ayudante vinieron de la ciudad a llevárselo. Como ya sufría de rígor mortis, tuvieron que cortarle la manga del abrigo para poder desvestirle. Fue al quitarle el abrigo, la chaqueta, el chaleco de pana y la camisa de franela cuando vieron una pequeña mancha roja en la camiseta, encima del corazón.

En aquellos tiempos —me refiero al comienzo de la década de 1920— la gente de Lincoln no tenía la costumbre de cerrar la puerta por la noche, si lo hacían no era pensando que pudiera entrar un ladrón. A veces salía en el periódico de la tarde una noticia sobre alguna detención por conducta escandalosa, pero eran siempre casos de embriaguez. Sin pararme a pensar, habría asegurado que no podían cometerse actos violentos en una localidad cuyas casas no estaban muy separadas entre sí ni protegidas por altos muros y donde habría resultado muy difícil hacer algo raro sin que alguien, por una u otra circunstancia o por simple curiosidad, acabase viéndolo. Pero consideremos la siguiente frase procedente de una historia de Logan publicada en 1911: «Pese a haberse producido en torno a unas cincuenta reyertas con resultados mortales... apenas ha habido casos en que las partes implicadas tuviesen cierto renombre o una posición relevante en la comunidad». El tiroteo, apuñalamiento o paliza solían ocurrir en una barraca de una mina de carbón, en un callejón o en alguna granja perdida, pero uno de los crímenes mencionados en el libro sucedió en una casa de la calle

Décima, a una manzana de la casa donde vivíamos cuando yo era pequeño. Lo que diferenció el asesinato de Lloyd Wilson de todo el resto fue un dato tan espantoso que el *Courier-Herald* de Lincoln tardó varios días en decidirse a publicarlo: el asesino había cortado la oreja del muerto con una navaja y se la había llevado. En aquellos tiempos prefreudianos nadie se planteaba si la oreja era un sustituto de algo o no. Lo que hacían era temblar de miedo.

2. El luto

Dudo mucho que yo hubiera logrado recordar durante más de cincuenta años la muerte de un aparcerero al que no había visto en mi vida de no ser porque 1) el asesino era el padre de un conocido y 2) pasado un tiempo hice algo de lo que luego me avergoncé. Esta evocación —si es que puede llamarse así— es un intento soslayado y torpe de poner las cosas en claro.

Antes de poder entrar en materia, debo mencionar otro asunto. Cuando mi padre estaba ya entrado en años y el pasado cobraba cada vez más presencia en sus conversaciones, un día le pregunté cómo había sido mi madre. Tenía una idea de ella como madre, pero pensé que había llegado el momento de que alguien me hablara de ella como persona. Cuál no sería mi sorpresa cuando me dijo «Eso es agua pasada» con una voz tan arisca que consiguió hacerme callar, dudando de si acaso al cabo de tanto tiempo ya no sentía nada por ella, o si justamente aún lo sentía y por eso no le apetecía hablar. Sea como fuere, no estaba dispuesto a contarme nada de ella.

Pocas son las familias libres de toda desgracia, pero entre los años 1909 y 1919 la familia de mi madre excedió su ración correspondiente de mala suerte. A mi abuelo le mordió una rata o un hurón mientras dormía una noche en un establo y a los tres meses murió de la infección. El único hermano de mi madre tuvo un accidente de coche en el que perdió el brazo derecho. Su hermana menor quiso avivar con queroseno el fuego de una parrilla y se le prendió la ropa, dejándole la piel marcada de por vida. A los cinco años mi hermano mayor metió el pie entre las varillas de la rueda de un carro.

Cuando pasó todo esto yo era tan pequeño que o no me enteré o no me afectó porque no iba conmigo, por así decirlo. Todas las noches cuando mi hermano se desvestía, dejaba la pierna artificial apoyada en una silla. Como dormíamos en la misma habitación, era un objeto tan familiar como su gorra o su guante de béisbol. Mi hermano no era de los que se compadecen de sí mismos y las personas mayores siempre se dirigían a él como a uno más, sin tratarle con lástima por lo que le había pasado. Lo que yo pudiera sentir sobre su «impedimento» estaba a buen recaudo en mi inconsciente (suponiendo que exista), donde me resultaba inalcanzable.

Mi hermano menor nació el día de Año Nuevo de 1918, en plena epidemia de gripe. Mi madre murió a los dos días, de pulmonía doble. A partir de entonces se acabaron las tragedias. Nos había pasado lo peor que nos podía pasar y el mundo perdió su brillo. Sin acabar de creérnoslo, sobrellevamos la corona de flores en la puerta, el ir y venir del hombre de la funeraria, la riada de comida, el olor mareante de las flores blancas y todo lo demás, incluida la primera de una sucesión de niñeras que cuidaban del bebé y ocupaban el lugar de mi madre en la mesa. Al volver la vista atrás me da la impresión de que la suerte de aquella mujer de rostro cetrino y pecho plano estaba decidida mucho antes de que nos cruzáramos en su camino. Venía de un mundo que nos era completamente ajeno y no me parece recordar que tuviera ningún día libre. Puede que en algún momento intentase hacer de madre con mi hermano mayor y conmigo, pero le faltaban fuerzas para vencer nuestra resistencia. Sabíamos lo que habíamos perdido y no nos íbamos a dejar engañar por ninguna clase de falso cariño.

Mis tías maternas, mis tías paternas y mi abuela se ocupaban de cuidarnos. Sin ellas no sé qué habría sido de nosotros en esa casa tan triste donde nada cambiaba jamás, donde la vida se había detenido. Mi padre estaba destrozado por la muerte de mi madre. Todas las noches después de cenar se ponía a pasear por casa y yo caminaba con él, pasándole el brazo por la cintura. Yo tenía diez años. Mi padre iba desde el salón hasta el vestíbulo y ahí daba la vuelta, pasaba delante del reloj de pared y seguía hasta la biblioteca, desde donde volvía al salón. O iba desde la biblioteca al comedor y de ahí al salón por otra puerta, y vuelta al vestíbulo. Como él no decía nada, yo tampoco hablaba. Pero justo antes de que girase intentaba adivinar a qué habitación querría ir, para que no chocáramos. Se le notaba en los ojos que no iba mirando lo que había en las habitaciones y tenía la cara gris como la ceniza. Por lo que le había podido escuchar, sabía que le atormentaba la idea de ser culpable de lo sucedido. Si hubiera previsto esto o aquello... Pero nada de eso era verdad. Cuando la epidemia hacía más estragos que nunca, fue con mi madre en un tren abarrotado de gente a Bloomington, a cincuenta kilómetros de distancia, donde las instalaciones hospitalarias eran mejores que en Lincoln. Pero aunque mi madre hubiera tenido el niño en casa, habría cogido la gripe de todas formas. Mi hermano mayor, mi padre o yo se la habríamos contagiado. La tuvimos todos.

Recuerdo intentar adivinar lo que pensaba mi hermano mayor. Fuera lo que

fuese, no tenía intención alguna de compartirlo conmigo. Cuando miraba atentamente la expresión de sus ojos castaños, me quedaba atónito. De no saber lo ocurrido, habría pensado que estaba dolido por algo que su orgullo le impedía mencionar. Hacía todo lo posible por disimularlo. Por la noche nos desvestíamos, nos metíamos en la cama y nos quedábamos dormidos sin aprovechar la oscuridad para sincerarnos. Ahora me resulta extraño. Entonces no me lo parecía. Pese a ser muy distintos, él me conocía al dedillo, es decir, conocía mis puntos flacos y sabía sacarles partido, por lo que yo recelaba a la hora de mostrarle mis sentimientos. También sospecho que más de una vez me había chivado de cosas que él hubiera hecho. No puedo aventurar qué me habría dicho. Lo que no le dije yo, pese a que nuestras camas estaban apenas a un metro de distancia, fue que no lograba entender cómo nos había pasado algo así. Parecía un error. Y los errores deben rectificarse, pero el nuestro no parecía tener solución. Entre la vida de antes y la vida de después había un abismo insalvable. Me empeñé en hallar una explicación distinta de la verdadera, ajena al hecho de que fuéramos tan vulnerables como cualquiera ante la tragedia y, tal vez influido por los paseos que me daba con mi padre, me dio por pensar que había cruzado sin querer el umbral equivocado y no lograba volver al lugar del que nunca quise salir. En realidad, me sucedía todo lo contrario: no me había movido, nada había cambiado y todos seguíamos viviendo bajo el mismo techo, menos mi madre, que estaba en el cementerio.

Al volver del colegio seguía haciendo lo de siempre, que era leer acurrucado en el asiento que había bajo la ventana de la biblioteca o tumbado de espaldas en el suelo con los pies apoyados en una silla, en el rincón más oscuro que encontrara. La casa estaba llena de sitios para leer que parecían hechos a mi medida y leía los mismos libros una y otra vez. A los niños les tranquiliza todo lo cotidiano: un paragüero, un cenicero de cristal con un fondo de vitolas de colores, la tenaza de la chimenea y esas cosas. Valiéndome de estos y otros objetos comunes —además de los dos grandes olmos que protegían la casa del calor del sol, la parra junto a la puerta trasera, el lilo blanco bajo la ventana del comedor y los cómodos muebles de mimbre y el balancín del porche que añadía su *cric-cric* a los sonidos de las noches veraniegas— logré soportar el día a día.

Mi padre soportaba su propio día a día dedicándose en cuerpo y alma a su trabajo. Era el delegado estatal de una pequeña compañía de seguros contra

incendios y recorría Illinois de punta a punta para evaluar los riesgos y conocer a los agentes locales que pudieran ayudarlo a incrementar el volumen de negocio. El sábado por la mañana se sentaba en la biblioteca a revisar las hojas de inspección, que iba marcando una por una, y cuando juntaba un taco de hojas me lo daba para que me sentara en el suelo a ordenarlas alfabéticamente, por ciudades. Yo me sentía orgulloso de poder ayudarlo. El martes por la mañana se marchaba con una bolsa de viaje llena de impresos y el viernes por la tarde volvía a aquella casa atestada de problemas que hasta entonces le habían sido ajenos. En su tristeza había una paciencia desprovista de toda esperanza. Seguía durmiendo en la cama que había compartido con mi madre y procuraba ser como ella hubiera querido que fuera, noción que sospecho fue perdiendo con el paso del tiempo. Regaló las joyas de mi madre, pero a mí me importó más que se deshiciera de su ropa, porque no pude seguir abriendo su armario para mirarla.

Todos los amigos de la familia le aseguraban que el tiempo lo cura todo, pero aunque él les decía «Sí, ya lo sé», se notaba que no les creía. Una vez a la semana daba cuerda a todos los relojes de la casa, empezando por el reloj de pared del vestíbulo. Las manecillas marcaban concienzudamente las horas y los minutos mientras la luz solar corroboraba su esfuerzo: la hora de desayunar, el atardecer y la noche, con su oscuridad pegada a los cristales de las ventanas. Lo que decían los amigos de la familia es verdad. Para algunos. Para otros las agujas del reloj pueden girar hasta el Día del Juicio sin lograr curar nada. No sé qué haría mi padre para acostumbrarse a su dolor. Sólo sé que tardó más de un año en recuperar el color del rostro y en poder sonreír si alguien decía algo gracioso.

Cuando se hablaba de mi madre siempre era en términos generales —sus maravillosas virtudes, la facilidad que tenía para hacer felices a las personas de su alrededor y demás— que no me decían nada que no supiera ya. Era como si no logran verla con claridad precisamente por lo que le había sucedido. A ella y a nosotros. Como no le gustaba dejarse retratar, sólo teníamos un par de instantáneas y una fotografía de estudio, tomada cuando tenía poco más de veinte años, con el pelo recogido en un moño alto y una cinta de terciopelo negro en el cuello. Sólo tenía treinta y ocho años cuando murió, pero había engordado, cosa corriente en las mujeres de entonces. La boca y los amables ojos castaños eran los mismos. El resto me costaba reconocerlo, aunque quisiera creer que alguna vez había tenido ese aspecto. A

mi padre tampoco le gustaba aquel retrato y encargó al fotógrafo que la retocara para que pareciera más mayor. Estoy seguro de que mi madre no se asemejaba en nada a la imagen resultante: una mujer distante e idealizada, completamente ajena a todos nosotros. Mi madre a veces se ponía nerviosa y perdía los estribos, cosa impensable en esa otra mujer que había fallecido prematuramente, dejando un marido desconsolado y tres hijos huérfanos. La fotografía retocada se antepuso al rostro que yo recordaba, de modo que cada vez me costaba más saber cómo había sido mi madre de verdad. Pasado un tiempo ya sólo retuve en la memoria su aspecto general, pero seguía acordándome de su voz, recuerdo al que me aferraba tercamente. Como me aferraba a la idea de que si todo se quedaba exactamente igual, si procurábamos no apartarnos lo más mínimo de nuestro sitio, las cosas volverían a ser como eran antes de su muerte. Sabía que mi empeño no era racional, pero la alternativa —que cuando la gente muere desaparece del todo y que nunca la iba a volver a ver— era superior a mis fuerzas en aquellos momentos, y lo sería aún durante mucho tiempo.

Siendo mi padre ya muy mayor, me sorprendió al confesarme que se dio cuenta de lo mucho que me había afectado la muerte de mi madre, pero que no supo qué hacer al respecto. Creo que habría bastado con que me hubiera dicho eso mismo. Si no lo dijo debió de ser porque pensaba que ni él ni nadie podían hacer nada. O quizá supuso que yo no me iba a dejar ayudar por él. De pequeño, cuando me dolían los oídos, me acercaba a él y le pedía que me echara el humo de su cigarro en la oreja. Entonces dejaba de hablar, me abrazaba y, casi rozándome la oreja con los labios, me la llenaba de humo cálido. Era un remedio tan bueno como cualquier otro, con la ventaja de la intimidad física. Una noche a la hora de acostarse —no sé qué edad tendría yo, unos cinco o seis años— di a mi madre el beso de buenas noches y luego fui hacia mi padre, pero al acercarle la cabeza me dijo que ya era mayorcito para esas cosas. Según las costumbres de la época y el lugar en que vivíamos, supongo que tenía razón, pero yo hubiera querido seguir haciéndolo. ¿De qué otro modo podía expresarle mi cariño? Él no me aportó ninguna idea, ni entonces ni nunca. A partir de ese momento mis sentimientos hacia él cambiaron y me volví receloso y desconfiado.

En la calle Novena había muchos niños con los que jugar y a veces iba con ellos, pero prefería hacerlo solo. El día de primavera más bonito del año me daba por quedarme en casa leyendo *Tic-toc de Oz*. Y cuando me hartaba de

leer me encerraba en una habitación oscura y jugaba con un proyector de transparencias o con un teatro de cartón que me había fabricado con los cartones que venían dentro de las camisas nuevas. A mi padre le preocupaba mi actitud no sólo en lo tocante al poco tiempo que pasaba al aire libre, sino también porque si me interesaban unas cosas tan raras, ¿cómo demonios me iba a ganar la vida de mayor? El hecho de que se planteara aquello no era gracioso, ni extraño. Uno es lo que es y como él era un hombre de negocios estaba convencido de que no se podía ser nada mejor. De cuando en cuando me sorprendía enfrascado en alguna de mis complicadas fantasías y entonces me tocaba recoger mis cosas y buscar algún lugar fuera de su vista para poder seguir estando alegre. Si perdía la paciencia conmigo o me hablaba con tono áspero siempre se me saltaban las lágrimas, cosa que le ponía aún de peor humor. Al verlo alejarse me daba la impresión de que quería zafarse de mí. ¿Sería que no le gustaba tener un hijo como yo? Tampoco llegó a decirlo nunca. A las personas adultas les cuesta bastante tener reacciones afectivas medianamente equilibradas. Los niños simplemente sienten lo que sienten y yo sabía que no era el ojo derecho de mi padre.

Ambos éramos producto de la época. Dudo que siga existiendo el síndrome del padre-duro-hombre-de-negocios y el hijo-hipersensible-con-tendencias-artísticas. Los padres se han vuelto comprensivos y dan besos a sus hijos cuando les apetece, por mayores que sean. Y ya no se sabe bien qué quiere decir hipersensible, teniendo en cuenta la enorme cantidad de cosas que afectan a nuestra sensibilidad.

Una vez que cayeron del calendario los meses suficientes como para que las amigas de mi madre se atrevieran a invitar a mi padre a cenar, empezaron a hacerlo. Y él se ponía elegante y acudía. Pretendían emparejarlo, por supuesto, pero las casamenteras suelen tener sentimientos contradictorios. No creo que él necesitase su ayuda. Tenía poco más de cuarenta años, siempre había sido guapo y le gustaban las mujeres, por lo que habría sido raro que no hallara alguna dispuesta a quererle. Yo no tenía la menor idea de cuáles eran las necesidades sexuales y afectivas de un hombre de su edad. Sencillamente era mi padre, y suponía que en lo que le quedaba de vida sería «fiel a la memoria de mi madre», como decían los mayores al hablar de ello.

Él disfrutaba de su vida social y yo de la mía. Los de mi clase habían

decidido hacer una fiesta de Halloween, pero necesitaban un sitio donde celebrarla. Yo ofrecí mi casa y aceptaron mi ofrecimiento. Cuando se lo conté a mi padre, meneó la cabeza con gesto titubeante y me preguntó qué pensaba hacer. Le dije que quería hacer un farol con una calabaza vacía y adornar el salón con unas panochas de maíz. Todo aquello no le pareció nada bien, porque la asistenta tendría que trabajar más de lo debido y la próxima vez debía pedir permiso antes de proponer algo así. Como ya me había comprometido, me dejaba hacer la fiesta si nos metíamos en uno de los cuartos de servicio vacíos y usábamos la escalera de atrás. Mi madre no estaba allí para decirle que eso era impensable, así que se hizo su voluntad. Enormemente avergonzado, hice pasar a la profesora y a mis compañeros de clase por varias habitaciones bien iluminadas y acogedoras, cruzar el comedor hasta llegar a la despensa y subir por la angosta y desangelada escalera de servicio. Aquello no pareció extrañar a nadie en absoluto. Tampoco creo que fuese una gran fiesta de Halloween. Lo que conservo en la memoria después de tantos años es una escena que sucedió en la entrada del servicio, junto al cesto de la colada. La profesora, elegida como «víctima», se sentó en una silla y nos dejó que le vendásemos los ojos. De pronto me entraron reparos sobre la corrección de nuestra conducta. Hice un gesto a una de las niñas, que pasó a ocupar mi lugar. Cuando la profesora se quitó la venda sonrió feliz, convencida de que la había besado un chico joven.

Cuando llegó el momento de decirme que se iba a casar, mi padre tuvo cierto tacto, en la medida de sus posibilidades. Pero no esperaba que yo le plantease ninguna objeción, ni él habría desistido de su empeño por ello.

Un par de años antes estaba yo disfrutando de un día de verano en el club de golf cuando, al pasear distraído junto a la caseta del cadí, vi algo que me dejó perplejo. Al principio me pareció un animal desconocido. Luego me aparté horrorizado. Lo que tenía delante era una serpiente tragándose una rana tan grande que no podía con ella. Igual me sucedía a mí con la idea de que otra mujer fuese a ocupar el lugar de mi madre no sólo en la mesa, sino también en el corazón de mi padre.

Mientras que un niño más rebelde se habría escapado de casa o se habría buscado problemas con la policía, yo me atrincheraba detrás de un libro para evitar pensar en todo lo que no me gustaba pero no podía evitar. Llegado el

momento sería inútil que yo o, mejor dicho, mi hermano mayor, mi hermano menor y yo, nos coláramos por una puerta para intentar recuperar el pasado; mi madre habría querido que nos llevásemos a mi padre también. Pero ¿cómo íbamos a hacer eso si él se casaba con otra mujer?

Habíamos abandonado nuestro lugar seguro y ya no había posibilidad de que las cosas volviesen a ser como eran antes de su muerte. No sabría decir si la tristeza que me embargaba tenía que ver con lo que nos pudiera pasar o con lo que ya había pasado y era irremediable.

El jardín de infancia dirigido por la señorita Lena Moose y la señorita Lucy Sheffield estaba en la segunda planta de un edificio que había junto a la plaza del juzgado, y la mujer joven que se convirtió en mi madrastra iba de casa en casa todos los días a las nueve de la mañana, recogiendo a los niños. Cuando lograba reunirnos a todos, nos acompañaba al centro de la ciudad. Por aquel entonces debía de tener poco más de veinte años. De niña había vivido en la calle Novena, aunque luego se mudó. El día del entierro de mi madre, cuando al mediodía nos reunimos todos en el comedor, ella estaba allí. Yo me senté a la mesa, pero no pude comer. Tenía un nudo en la garganta de tanto llorar. Ella se acercó, se quedó de pie junto a mi silla y me intentó convencer de que comiera un poco de la patata asada que tenía en el plato. Para complacer a aquella mujer joven y guapa que siempre me había caído bien, logré comer algo. Recordaré el sabor de aquella patata asada mientras viva.

En los cuentos infantiles la llegada de una madrastra siempre se considera una desgracia. Cabe suponer que esto no se debe al elevado número de segundas esposas que son despiadadas con los hijos del primer matrimonio de su marido, aunque existan casos, sino al resentimiento universal que sienten los niños por la intrusa. Por eso, que el padre vuelva a casarse se considera una traición no sólo a la madre muerta, sino también a los hijos, sea como sea la madrastra.

Qué cosas tan extrañas e improbables lleva la marea a las costas del tiempo. Aún conservo un desvencijado álbum de fotografías lleno de instantáneas de mi madrastra cuando era joven. Guapa y encantadora como era, con un manguito de piel, un sombrero de ala ancha y faldas casi hasta el suelo. Hay retratos de ella con amigas, con su madre y su hermana, con uno u otro de sus cuatro hermanos y con parientes de avanzada edad en el porche de una casa

de finales de siglo, en Boston, creo. Hay dos fotos de grupo, hechas por un fotógrafo local, de un baile de disfraces, una con caretas y otra sin ellas, de modo que se ve quién era el pirata, el payaso, la Colombina y demás. A la mitad de los que salen les conozco de cuando era pequeño. Y luego hay más fotos de mi madrastra: en Washington D.C. durante la primera guerra mundial, con un hombre de rostro enjuto y vestido de uniforme, del que estaba enamorada entonces pero con quien no llegó a casarse; de nuevo en Lincoln, con el niño de su hermana en los brazos y así sucesivamente. Qué ropa tan bonita. Qué automóviles tan magníficos. Qué tiempos aquéllos.

Al principio y al final del álbum, aprovechando los huecos que debían quedar libres, puesto que no siguen el orden cronológico, hay una docena de fotos de mi padre. Excepto una en la que se le ve de pie con una ristra de peces colocados sobre una roca, siempre aparece con un grupo de personas. Con un palo de golf en la mano. O fumando una pipa. O en traje de baño, tomando de la cintura a mi madrastra y a otra mujer a quien no reconozco. Y al mirar esas fotografías descoloridas descubro —el niño que llevo dentro descubre con una punzada de dolor— que tengo edad como para ser el padre de ese hombre que ya lleva casi veinte años muerto, pero me inquieta verlo feliz. ¿Por qué? Creo que su felicidad de aquel entonces (y la de toda su vida, a decir verdad) me parecía una amenaza. No era de esas felicidades en las que participan los niños, pero ¿por qué seguiré dándole vueltas a estas alturas? No tengo ni la más remota idea.

Si gracias a un truco de magia hubiera podido salirme con la mía, logrando sacar a mi madre del cementerio y devolvernos a nuestra vida de antes, habríamos acabado en una isla perdida en medio de una oleada de cambios, pues corría el año 1921, cuando las mujeres empezaron a cortarse el pelo, a llevar la falda por encima de la rodilla y a beber ginebra en petacas de plata. De cuando en cuando alguna bebía más de la cuenta y había que llevarla a casa. Los cronistas de sociedad tenían motivos de sobra para escandalizarse. Pero a juzgar por lo que vino después, los años veinte parecen más bien una época despreocupada que tuvo su encanto. En lo tocante a las costumbres fue el principio del fin. Cuando mi madre iba a montar a caballo con mi padre el domingo por la mañana, se sentaba de lado (¡qué cosas!) y al salir de casa

bajaba las escaleras del porche con una falda pantalón tan larga que barría el sendero de hormigón. Si intento imaginármela con pelo corto y falda por encima de la rodilla, me resulta imposible.

Aun había quien pensaba, como mi padre, que el presente superaba en todo al pasado y que el futuro habría de ser aún más satisfactorio. Por eso era de los que se mantienen al día. Cuando promulgaron la Ley Seca, anunció que pensaba cumplirla y dejó de beber, lo que en su caso suponía prescindir de una jarra de cerveza o un trago de *bourbon* en compañía masculina. Al comprobar que los demás no iban a hacer lo mismo, mi padre decidió destilarse la ginebra en casa y comprar whisky de garrafa a un contrabandista llamado Coonhound Johnny, como hacían sus amigos.

En una ocasión, incluso se pasó de la raya. Los viernes por la tarde yo iba a la escuela de baile y practicaba con las chicas el *one-step*, el foxtrot y el vals. Ellas se mantenían a un metro de distancia, tiasas como un palo, con aire distante. La profesora de baile era joven y alegre y medía menos de un metro cincuenta, así que me venía bien de altura, pese a llevar unos tacones muy altos. Los jueves a última hora de la tarde había una clase para adultos a la que iban mi padre y mi madrastra antes de casarse. Un día juntaron las mejillas para practicar un baile nuevo que habían estado ensayando en casa. Se llamaba *toddle* y todos dejaron de bailar para mirarles hasta que la profesora, roja como un tomate, les pidió que abandonasen la pista.

Como era típico de mi padre, pese a que se enfadó con ella y no volvió jamás a la escuela, a mí no me sacó de la clase para niños. El viernes siguiente la profesora me pidió que me quedara cuando se fueron los demás niños y niñas. Estaba nerviosa, aunque no logró explicarme qué le pasaba. ¿Se habría dado cuenta de que yo estaba de su parte, aunque fuera a medias, cuando nadie más parecía entenderla? Había hecho lo correcto, sin pararse a pensar que las dos personas implicadas eran de buena familia, mientras ella era una divorciada recién llegada a la ciudad y con dos niños pequeños que sacar adelante. De hecho, tal vez ni supiera quiénes eran de buena familia y quiénes no. Me dio pena, como me pasa siempre que veo llorar a alguien. Aun sabiendo que estaba siendo desleal a mi padre, me quedé a oír lo que dijo de él. Y me abochornó enterarme de que había protagonizado un escándalo.

Una de las cosas que mi madre adoraba de mi padre era su talento natural para la música. Con la esperanza de que ese don fuese hereditario, hizo que mi hermano mayor tomara clases de piano con una monja que enseñaba música en el colegio católico. Al cumplir seis años fui con él a la residencia donde vivían las monjas para recibir mi primera lección de piano. La hermana Mary Anise me enseñó a poner las manos sobre el teclado y cuando le miré los dientes me parecieron tan espantosamente torcidos que me eché a llorar. Ella le dijo a mi hermano que sería mejor esperar a que yo cumpliera los siete (para entonces la monja se había puesto una dentadura postiza y pude mirarla con ecuanimidad). Pero no tengo buen oído y no me gustaba practicar las escalas. Lo que sí me gustaba eran las vidas de los compositores, que recibía racionadas de una en una en hojas sueltas que había que doblar y coser por el lomo, junto con una lámina de ilustraciones perforadas que debían pegarse en el lugar correspondiente. En el primero de estos libros leí que el malvado hermano mayor de Johann Sebastian Bach estaba celoso de su talento y le impedía conseguir la música que le interesaba, así que Bach tenía que levantarse de noche y copiarla a la luz de la luna, destrozándose la vista. Me sentí unido al joven y atormentado Johann Sebastian Bach, como me sucedería después con Haendel y su *Música acuática*, con Haydn y Mozart y Beethoven y Schubert y Schumann y Mendelssohn y las óperas de Wagner y la música clásica en general. Pero eso no mejoró mi forma de tocar. «Bemol», decía mi madre desde la habitación de al lado, cuando estaba en casa practicando al piano. «Es *mi* bemol, no *mi* natural.» Y yo me levantaba del taburete del piano para ir a mirar el reloj de la entrada.

Mi padre tenía una pequeña gramola sobre el piano vertical del salón y después de cenar ponía un disco nuevo dos o tres veces seguidas para sacar los acordes, y al rato tocaba la melodía entera, de oído. Tocaba *ragtime* y las canciones de los musicales de entonces. Tenía un toque especial y a la gente le encantaba oírle. Un día se sentó al piano conmigo y quiso enseñarme a tocar de oído. No entendí ni una sola palabra de lo que me dijo.

No soportaba mi forma de tocar a trancas y barrancas «El niño pastor», y además quería que me gustara la misma música que a él, así que cuando cumplí doce años, sin consultarme, me apartó de la hermana Mary Anise y de Bach, Haendel y Haydn, y me puso a tomar clases con una joven casada que

tocaba el órgano en la iglesia católica y era la mejor amiga de mi madrastra. La pieza que me hizo estudiar, por indicación de mi padre, fue la por entonces popular «Alice Blue Gown». La señora me caía bien, pero le cogí mucha manía a aquella canción tan banal tras pasar varias semanas sin tocar otra cosa. Además, no hacía el menor progreso. Había hallado una pequeña parcela en la que podía oponerme a mi padre sin ser abiertamente desobediente.

Como él tenía que guardar el luto de rigor, que en aquel entonces duraba aproximadamente tres años, mi padre y mi madrastra esperaron un tiempo para evitar las habladurías. Ella pasó una temporada en California y cuando yo iba a mi lección de música se me entregaba un sobre abultado que había llegado por correo dentro de otro dirigido a mi profesora. Nadie me explicó que aquello era para evitar que la niñera abriera el sobre con vapor y leyese su contenido; por el contrario, actuaban como si fuera la cosa más natural del mundo que un niño de doce años llevara a casa una carta de amor para su padre.

El hecho de que la vida sea tan extraña obedece a que, con mucha frecuencia, la gente no tiene elección, pero en este caso creo que fue una cuestión de conveniencia: es decir, que mi padre pudo haber contratado un apartado de correos. Tal vez le disuadiera el hecho de que, si le veían entrar y salir de correos para sacar cartas de un casillero, la gente habría tardado poco en averiguar el porqué. Así que él tampoco tuvo elección, a decir verdad, ni entonces ni al vender la casa, que estaba atestada de recuerdos de mi madre. A las dos o tres semanas de ponerla en venta, la compró un hombre que se había hartado de ser granjero y quería vivir en la ciudad. Un día, mientras yo estaba en el colegio, se presentaron los hombres de la empresa de mudanzas y todos los muebles que mi padre no había logrado vender o regalar fueron a parar a una casa mucho más pequeña que acababa de alquilar a las afueras de la ciudad, en una calle sin asfaltar.

Al salir del colegio fui directamente a la casa nueva. Aunque de mayor he ido a menudo a ver nuestra antigua casa desde fuera, no he vuelto a entrar en ella desde ese día en que tantos objetos que recuerdo y quisiera recuperar desaparecieron sin dejar rastro: sillas y sofás victorianos de nogal cuyos nudos y volutas habían acariciado una y otra vez mis dedos distraídos, mesas

de caoba, viejas alfombras persas, espejos dorados, cuadros, enormes libros llenos de fotografías que me sabía de memoria. Si no hubieran desaparecido en ese momento, habrían acabado por desaparecer en otra ocasión, pues como dice Ortega y Gasset en alguna parte, la vida es en sí misma y siempre un naufragio.

La casa alquilada no tenía un jardín propiamente dicho, las escaleras de la entrada estaban sólo a tres metros de la acera y era idéntica a la casa de al lado. Los picotazos que me despertaban a medianoche resultaron ser chinches que anidaban en una esquina de mi cuarto donde el papel pintado se había despegado, y un fumigador tuvo que ocuparse de eliminarlas. Mi padre debió de pensar que, como no íbamos a quedarnos allí para siempre, no importaba demasiado cómo fuera la casa. O tal vez en ese momento no hubiera nada mejor. Yo me dedicaba a ponerme delante de las dos casas idénticas y compararlas, detalle a detalle, como se comparan los dibujos repetidos sobre el papel de una pared, con la esperanza de hallar alguna pequeña diferencia. Antes que echar de menos la casa antigua, la borré completamente de mi memoria. Éramos gente venida a menos y al parecer no nos quedaba más remedio que conformarnos. La calle Novena daba la impresión de haber estado ahí desde el comienzo de los tiempos. Varias generaciones de niños habían crecido en ella, dejando las bicicletas tiradas en la calle sin importarles que la gente pudiera tropezar, haciendo cabañas con las hojas de los árboles, subiéndose a sus ramas, jugando a «tú la llevas» en las noches de verano. La calle sin asfaltar donde vivíamos no tenía pasado ni futuro, sólo un pálido presente en el que costaba imaginar algo que hacer.

Una tarde de octubre mi padre y Grace McGrath bajaron del brazo las escaleras de la casa de la hermana de ella y se casaron en el vestíbulo ante el cura católico, que no pudo officiar en una iglesia porque mi padre era protestante. De los presentes, el único menor de treinta años era yo. Mi hermano mayor estaba en la universidad; mi hermano pequeño dormido en su cuna. Era el momento de olvidar ese umbral que había cruzado sin pensar y ese vacío que a veces se vislumbra en los sueños, y también de olvidar cómo eran las cosas cuando aún vivía mi madre. Pero me aferré a todo aquello con más fuerza que nunca, mientras me metían a rastras en la nueva vida de mi padre.

3. La casa nueva

La mayoría de las ciudades del corazón de Illinois debe su existencia a la llegada del ferrocarril en la década anterior a la guerra civil. Siempre he tenido la impresión de que Lincoln es vagamente distinta de las demás, pero tal vez sea sólo por haber vivido ahí. Es la capital del condado y tiene dos minas de carbón, hoy agotadas. Nunca ha tenido fábricas importantes y debe su relativa prosperidad a las granjas de los alrededores. En el año 1921 los tupidos árboles que poblaban las calles residenciales habían tenido tiempo de madurar, dando a la ciudad un aire más añejo del que le correspondía. No era fácil saber de qué época eran las casas, pues su antigüedad se veía a menudo disfrazada por sucesivos añadidos, tanto que parecían atemporales y tan indisociables de sus inquilinos como sus voces, nombres o estilos de peinado.

A mi padre casi todo lo antiguo le resultaba agobiante, pero sobre todo las casas viejas de techos altos y habitaciones asimétricas comunicadas entre sí, es decir, con interiores agradables pero que requerían una enorme cantidad de carbón para mantener el calor durante el duro invierno de Illinois. Con la intención de zafarse de tanto estorbo construyéndose una casa nueva, se compró una parcela doble en Park Place, un barrio tan reciente que los árboles no pasaban del metro y medio de altura y había que reforzarlos con estacas para defenderlos del viento norte. Todas las casas excepto dos estaban en la acera derecha de la calle, junto a un prado donde pastaban las vacas y que creo que incluso hoy en día sigue sin edificar. Las parcelas eran estrechas y las casas estaban mucho más juntas que en la parte antigua de la ciudad, pero tenían una elegante entrada de ladrillo que daba a la calle y un pequeño tramo de césped en el centro, y estaban de moda. Hoy lo que está de moda en Lincoln es vivir en pleno campo, rodeado de maizales.

Mi padre y mi madrastra habían visto en Bloomington una casa que les gustaba, así que encargaron a un arquitecto que copiase la fachada y luego se inventaron entre los tres la distribución del interior hasta dar con una solución satisfactoria. A mí me señalaron en el plano dónde iba a estar mi habitación. Poco después rellenaron los cimientos de hormigón, levantaron la estructura y se empezó a distinguir perfectamente la forma y el tamaño de las

habitaciones. Al salir del colegio iba a ver a los carpinteros dando martillazos: *bom, bom, bom, babom, babom, babom...* Tal vez imaginaran que yo estaba esperando a que recogieran sus herramientas y se fueran para poder subirme a los andamios, pero nunca me dijeron que no pudiera hacerlo, ni me prestaron la menor atención. Y yo tenía la agradable sensación, al pasar de una habitación a otra por la pared en vez de por la puerta, o al levantar la vista y ver el cielo azul entre las vigas, de haber descubierto una manera de sortear la realidad.

Cuando al pasear por el Museo de Arte Moderno me topo con la escultura de Alberto Giacometti titulada *El palacio a las cuatro de la madrugada* siempre me quedo mirándola, en parte porque me recuerda a la casa de mi padre a medio hacer y en parte por lo hermosa que es. Mide unos setenta y cinco centímetros de altura y es tan conocida que quizá no sea necesario describirla. De todos modos, es de madera y no tiene paredes, sino unas finísimas varas verticales y algún listón horizontal. En lo alto parece adivinarse un frontón clásico y una torre. En una de las habitaciones superiores del palacio revolotea una criatura de aspecto extraño con cabeza de llave inglesa. ¿Un pájaro? ¿Un cruce entre un bailarín de ballet clásico y un terodáctilo? Debajo, en una especie de armario exento, el espinazo de un animal. A la izquierda, sujeta por tres paralelogramos de color hueso, lo que parece una solemne figura femenina o una de las piezas principales de un ajedrez. Y, en una disposición similar a la que tendría una canasta de baloncesto, una forma vertical, cóncava y espatulada, con una pelota delante.

Todo ello es tremendamente sobrio y extraño, pero lo más extraño es el relato del artista sobre la creación de la obra: «Este objeto fue tomando forma poco a poco a finales del verano de 1932; se me reveló lentamente, a medida que las diversas partes adoptaban una forma exacta y ocupaban un lugar preciso en el conjunto. Al llegar el otoño había adquirido una existencia tan real que su auténtica ejecución en el espacio no me llevó más de un día. Está indudablemente relacionada con un periodo de mi vida que había tocado fin un año antes, cuando durante seis meses pasé hora tras hora en compañía de una mujer que, al concentrar en ella la vida entera, transformaba mágicamente cada instante de mi existencia. De noche nos dedicábamos a construir un palacio fantástico —el día y la noche tenían el mismo color, como si todo sucediera justo antes del amanecer; y en esos meses no vi el sol ni una vez—, un palacio muy frágil hecho de cerillas. Al menor movimiento

en falso, toda una sección de nuestro diminuto edificio se venía abajo. Y siempre volvíamos a construirlo. No sé cómo, acabó habitado por una espina dorsal metida en una jaula —la espina dorsal que esa mujer me vendió una noche, cuando acababa de conocerla en la calle— y por uno de los pájaros esqueleto que ella vio precisamente la noche anterior a la mañana en que nuestra vida se desmoronó: los pájaros esqueleto que revolotean en lo alto del cielo a las cuatro de la madrugada, trinando alegremente sobre el estanque de claras aguas verdes donde flotan unos finísimos y blancos esqueletos de peces en el enorme vestíbulo descubierto. En el centro se alza el andamiaje de una torre, tal vez inacabada o, dado que la parte superior se ha derrumbado, acaso rota también. Al otro extremo estaba la estatua de una mujer en la que reconozco a mi madre, tal como aparece en mis recuerdos más tempranos. Me inquietaba el enigma de su largo traje negro rozando el suelo, pues lo veía como una extensión de su cuerpo, cosa que me producía una mezcla de miedo y perplejidad...».

Creo recordar que fui a la casa nueva un día de invierno y vi cómo la nieve traspasaba el ático, cayendo sobre los dormitorios de arriba. Pero puede ser que jamás hiciera nada semejante, pues estoy bastante seguro de que en un álbum de fotos que se me ha traspapelado había una foto de la casa tomada precisamente en las circunstancias que acabo de describir, y es posible que sea eso y no una experiencia real lo que recuerde. Lo que solemos (o al menos yo) calificar tranquilamente de recuerdo —en referencia a un momento, escena o hecho sometido a un proceso de fijación que lo rescata del olvido— resulta ser una forma de narración que sucede continuamente en nuestra cabeza y que cambia frecuentemente al divulgarse. Nuestros sentimientos encontrados son tantos que la vida nunca nos resulta del todo aceptable, y tal vez corresponda al narrador reordenar las cosas de modo que se ajusten a tal fin. Lo cierto es que, al hablar del pasado, mentimos a cada paso.

Antes de que pusieran las escaleras había un enorme hueco en mitad de la casa y, para subir al segundo piso, había que usar la desvencijada escalera de mano de los carpinteros. Un día me asomé al hueco y vi a Cletus Smith encaramado a unos maderos, mirándome. Debí de decirle: «Anda, sube». El caso es que subió. Nos pusimos a mirar una farola apagada por un hueco cuadrado que algún día sería una ventana y luego subimos por otra escalera y caminamos sobre las vigas horizontales con los brazos extendidos,

tambaleándonos como equilibristas circenses en la cuerda floja. Podríamos haber caído y habernos roto un brazo o una pierna contra el suelo del sótano, pero no nos pasó nada.

Una vez roto el hielo, los niños no necesitan buscar excusas para llevarse bien. Yo estaba encantado de tener compañía y me alegré de que se presentara al día siguiente. Si ahora lo viera tal como era entonces, no sé si lo reconocería. Me parece recordar su sonrisa, y que tenía las manos y los pies grandes para un niño de trece años. Y Cletus Smith no es su verdadero nombre.

¿Lo conocía porque estaba en mi clase en el colegio? Intento imaginármelo de pie ante la pizarra y no lo consigo. Ha pasado tanto tiempo... Estábamos en el mismo grupo de los Boy Scouts, así que ¿en algún momento de aquel otoño nos tocó estudiar juntos el manual, practicar el nudo de rizo, el ballestrinque y el as de guía corredizo, y plantearnos cuáles eran las siguientes insignias que queríamos conseguir? No tengo respuesta. Sólo sé que lo conocía. De algo. Y que todos los días jugábamos juntos en esa casa a medio hacer, poniendo en peligro nuestra vida y respirando un rancio olor a serrín y virutas de madera recién cortada.

La calle Novena era una prolongación de mi casa, un lugar absolutamente seguro. Allí nadie se metía conmigo. Pero si salía de esa calle, las cosas podían complicarse. Los chicos de octavo eran los amos del patio, antes de entrar en clase y durante el recreo. Según les daba, eran amables con aires de condescendencia, odiosos, groseros con las chicas, o ponían todo su empeño en mejorar su dominio de algún deporte. A veces se dedicaban a retorcer el brazo a uno de los pequeños o a ponerle la zancadilla cuando pasaba corriendo; y si se caía y se hacía daño, pasaban el siguiente cuarto de hora felices, pero rara vez dedicaban su atención al mismo niño durante mucho tiempo.

Al volver la vista atrás me doy cuenta de que todos mis problemas me los buscaba yo solo. Para empezar, estaba delgado como un junco. En cualquier juego que fuera competitivo, la mente se me atrofiaba y me quedaba como paralizado. Era más que probable que la pelota de béisbol se me escapara entre los ansiosos dedos. Nadie me quería en su equipo. Era un niño raro. Además, tenía la mala costumbre de responder correctamente cuando me preguntaban en clase. Así me ganaba una sonrisa de aprobación del profesor y resultaba agradable ver mi nombre en la Lista de Honor. Lo que no

resultaba agradable era volver del colegio a casa corriendo, perseguido por los dos hijos de un minero que estaban en mi clase, pero sólo porque estaban castigados por hacer novillos. En ningún lugar lograba zafarme de ellos, ni en clase, donde no me quitaban los ojos de encima, ni en el patio, donde bailoteaban delante de mí, dándome empujones y provocándome para que les respondiera y así poder darme una buena tunda.

Esto sucedía delante de todo el mundo, de los chicos con los que me había criado desde pequeño, pero ninguno alzó jamás una mano en mi defensa ni acudió en mi auxilio. Supongo que en parte sería porque tenían sus propias flaquezas y no deseaban ganarse un sopapo, pero era obvio que había algo en mí que lo propiciaba. Pero como no sabía qué era no podía hacer nada por evitarlo y todos mis sentimientos —torpeza física, miedo, humillación, el repertorio completo del adolescente— se traslucían en mi cara. Era una presa tan fácil que me sorprende que torturarme les reportara placer durante tanto tiempo. Cuando cumplieron los catorce años dejaron de estudiar y nunca los volví a ver. ¿Qué iban a hacer, salvo bajar a la mina, con sus padres? Si alguien me hubiese contado que estaban enfermos de silicosis, no sé si habría sido capaz de sentir pena.

El abismo entre mi hermano mayor y yo era demasiado grande para emular ni compartir sus aficiones, y me habría gustado tener un hermano de edad más cercana a la mía, para que me defendiera en los malos momentos y para hacer cosas juntos. Por aquel entonces una de las amigas de mi madre, a quien yo conocía aunque tampoco mucho, me invitó a ir a su casa un viernes al salir del colegio y quedarme hasta el sábado por la tarde. Tenía un hijo uno o dos años mayor que yo y con todas las cualidades propias de un chico de su edad: sincero y cordial con las personas mayores, y buen alumno, pero sin dejarse intimidar por sus compañeros. Dormí en la misma habitación que él y pasamos juntos el sábado y el domingo enteros. No teniendo ninguna experiencia previa en que basarme, procuré ser un buen invitado. Era amable conmigo la mayor parte del tiempo, pero de pronto murmuraba entre dientes algo que no se oía bien, aunque en lo más profundo de mi corazón yo sabía que era la palabra «mariquita». Sin saber qué hacer, opté por ignorarlo, pues no había vivido lo suficiente como para coger mi cepillo de dientes y mi pijama y marcharme a casa, para que le tocara explicar a su madre por qué me había ido. A la hora de acostarnos me puso a hacer ejercicios abdominales con él, ante la ventana abierta de su dormitorio. Cuando me equivoqué tuvo

paciencia, y hasta hizo alguna broma graciosa, y a mí me parecía agradable hacer algo con otro chico para variar. Hasta que volvió a mascullar esa palabra que yo no podía contar que le había oído decir. Aquel chico era justo como a mí me habría gustado ser y estaba dispuesto a imitarlo en todo lo posible. Pero tan pronto me animaba a hacerlo como tenía la impresión —por su actitud— de que me odiaba. La explicación más probable era que su madre hubiese decidido hacer esa buena acción sin consultárselo y que él estuviese furioso porque mi presencia le había fastidiado el sábado. En todo caso, lo que me interesa recalcar es que para mí fue toda una experiencia disfrutar de la compañía de otro niño durante varios días seguidos. Hicimos todo lo que yo propuse. A Cletus tampoco le preguntaba nunca si prefería hacer algo distinto, porque siempre estaba dispuesto a hacer lo que yo quería. Ahora caigo en la cuenta de que no era muy distinto de un amigo imaginario. Si estaba con él y decía algo de lo que se hubieran reído todos en el recreo, lo dejaba correr y seguía avanzando a trompicones sobre la viga, poniendo un pie delante del otro sin mirarme para no perder el equilibrio, asintiendo como mucho.

Supongo que no le caía mal del todo, pues por algo se dejaba caer por allí. Y que también agradecía mi compañía. No daba la impresión de tener ningún otro amigo esperándolo. Sabría que yo iba a vivir en esa casa cuando estuviera terminada, pero a mí no se me pasó por la cabeza preguntarle dónde vivía él.

Cuando era niño, se lo contaba todo a mi madre. Al morir ella comprendí que más me valía guardarme ciertas cosas. Mi padre representaba la autoridad, lo que significaba —a mi modo de ver— que no podía representar también la comprensión. Y dado que siempre había cierta crueldad en las bromas de mi hermano mayor (como la hay siempre en toda broma, obviamente), no me fiaba de él, cosa que podía haber hecho perfectamente, al menos en los asuntos importantes. El caso es que cuando nos sentábamos a mirar el barrio desde las alturas, nunca le hablé a Cletus de mi naufragio particular, y él tampoco me habló del suyo. Cuando el tono del cielo nos indicaba que se acercaba la hora de cenar, bajábamos, nos decíamos «Adiós» y «Hasta mañana», y nos adentrábamos en la oscuridad cada uno por su lado. Y una tarde esa despedida cotidiana resultó ser la última. Aquel disparo nos separó para siempre.

Nunca hubo la menor duda sobre quién había matado a Lloyd Wilson. La

única persona con un motivo para hacerlo era Clarence Smith, el padre de Cletus. Una de las cosas que Cletus no llegó a contarme era que se había criado en el campo. Sólo llevaba unos meses viviendo en la ciudad. Su madre le había pedido el divorcio a su padre, alegando maltrato psicológico grave y reiterado. Su padre presentó entonces una querrela por infidelidad, acusando a Lloyd Wilson, que vivía en la granja contigua, de cómplice.

El *Courier-Herald* de Lincoln era, y es, un respetado periódico de provincias, por lo que no se vio obligado a proporcionar los detalles más escabrosos, que se hallan a buen recaudo en los archivos judiciales. Me parece hartamente improbable que Cletus prestase declaración en la vista del divorcio. ¿Cuánto sabía? Bastante, con toda probabilidad. Tanto como para preferir mandarlo a jugar con un niño que apenas conocía antes que con otro en quien tal vez le fuera más fácil confiar, si es que existía tal persona.

Cuando el proceso de divorcio se volvió en su contra, el padre de Cletus vendió su arriendo, dejó la granja y se mudó a la ciudad con los abuelos de Cletus. Como estaba deprimido, de cuando en cuando se echaba a llorar. Y le dio por contar sus problemas a la gente. Muchos hombres a los que conocía de toda la vida cruzaban de acera al verlo acercarse.

Entre tanto, Lloyd Wilson confesó a sus dos hermanos que temía por su vida y ellos le aconsejaron que se fuera inmediatamente de la ciudad. Como un sonámbulo, Lloyd dio todos los pasos necesarios, pero demasiado despacio. Fue a ver a la dueña de sus tierras para que le rescindiera el contrato, que no expiraba hasta marzo. Entonces fue a ver a un abogado.

La mañana en que lo mataron dejó la puerta del establo bien abierta para que entrase la primera luz del amanecer. La luz de su quinqué debió de iluminar la punta de las botas de su asesino.

Supongo que yo estaría al tanto de todas estas cosas porque se publicaron en el periódico de la tarde y ya tenía edad suficiente para leerlo. Pero con el tiempo los detalles del asesinato se borraron de mi memoria y mi interpretación de los hechos era tan distinta de la real que tal vez fuese una pura invención. Y podía haber seguido convencido de que el padre de Cletus se presentó en su casa inesperadamente y, al encontrarse a su esposa en la cama con otro hombre, los mató a los dos; pero un buen día, como si de pronto atravesara un muro de ladrillo, caí en la cuenta de que las fuentes de información sobre el pasado no tienen por qué ser siempre nuestros propios recuerdos y que no estaba obligado a permanecer en la más absoluta

ignorancia de un asunto que me interesaba tanto. Escribí a Tom Perry, un primo lejano, y le pedí que me buscara todo lo publicado por el *Courier-Herald* referente al asesinato de Lloyd Wilson. Me contestó diciendo que los archivos del *Courier* (el nombre *Herald* había caído de la cabecera hacía años) no se remontaban al año 1922 y, dado que la biblioteca municipal había destruido los archivos correspondientes hacía seis meses, lo que tenía que hacer era dirigirme a la Sociedad Histórica Estatal de Illinois, en Springfield. Aquello era como ponerse a investigar la muerte de Abraham Lincoln. Pero le hice caso y la Sociedad Histórica me envió unas fotocopias de sus microfichas, no siempre enteramente legibles, correspondientes a ocho números de un periódico que llegué a conocer como la palma de mi mano. Era, por supuesto, mucho más de lo que había pedido, un pequeño segmento del pasado, distante pero perfectamente enfocado, como una imagen vista con unos prismáticos puestos del revés. Anuncios de las películas de Norma Talmadge y Wallace Reid, de trajes de caballero de buena calidad en los almacenes Griesheim's a siete dólares y otras tantas cosas igualmente difíciles de creer.

Desconozco dónde estarán ahora las oficinas y la imprenta del *Courier* de Lincoln; sólo sé que no están donde estaban antes, en la calle de North Kickapoo, a media manzana de la plaza del juzgado.

Varios de los artículos sobre el asesinato los había escrito el propio director, a quien recuerdo como un hombre de pelo negro, nervioso, con una visera verde y un cigarrillo en la comisura de la boca. Sus historias dan la impresión de haber sido escritas precipitadamente, en pocos minutos, justo antes de mandar imprimir el ejemplar del día; es decir, son repetitivas y dispersas y están repletas de conjeturas poco sagaces. También de los clichés y reticencias propios de la mentalidad de la época. A ciertas personas se les atribuyen frases entrecomilladas que me cuesta creer que dijeran, al menos en esos términos. Estoy prácticamente seguro, por ejemplo, de que el padre de Cletus no dijo a un hombre con quien se topó por la calle el día antes del asesinato: «Estoy hundido, soy una calamidad y no tengo motivos para querer seguir viviendo». Nunca he oído a un paisano del Medio Oeste expresarse con tanta propiedad. Pero tampoco se puede exigir al director de un pequeño periódico de provincias desbordado de trabajo que escriba tan bien como Roughead. Sobre todo teniendo en cuenta que le debo a él, precisamente, todo cuanto sé sobre lo sucedido.

El sheriff estaba a punto de llevar a varios detenidos al juzgado para encausarlos cuando lo llamaron de la funeraria. Por eso fueron el ayudante del sheriff y el juez de instrucción quienes acudieron a la granja de los Wilson, donde Fred Wilson les mostró la parte del establo donde estaba Lloyd Wilson, el cubo con algo de leche en el fondo, la banqueta de ordeño, los guantes que se ponía para ordeñar y que aún llevaba cuando lo encontraron. Al pasar junto a la puerta del establo los dos hombres de la ciudad vieron unas pisadas, que cubrieron con tablas para conservarlas frescas. Un grupo dedicó toda la mañana a hacer una batida de los campos encharcados y el lecho del riachuelo que corría entre ambas granjas. De Springfield llegaron en tren unos sabuesos que fueron trasladados a la escena del crimen. Para entonces ya había doscientas personas atentas a su llegada. Se apartaron los tablones que cubrían las pisadas y, tras llevar a los perros al establo, los dejaron sueltos. Sin dejar de olfatear, los animales rodearon una caseta de aperos de labranza y un pajar, regresaron al establo, saltaron sobre una verja de alambre de púas y se lanzaron a la carrera, seguidos de una caterva de hombres que corría tras ellos en tropel. Justo al llegar a la granja que Clarence Smith había abandonado pocos días antes, los perros giraron ante un portón, tomando el camino que llevaba a la carretera. Tras detenerse brevemente ante un buzón, cruzaron la carretera y perdieron el rastro. Dos veces los llevaron de vuelta al establo, donde los soltaron. La primera vez se metieron en el patio de la granja de Smith y subieron hasta el porche. La segunda vez volvieron a girar, entrando en un maizal, y siguieron un rastro de pisadas hasta la carretera asfaltada, a unos cuatrocientos metros al oeste del sendero.

Clarence Smith había traspasado su contrato de arrendamiento a un joven llamado James Walker. Cuando ya se habían llevado los perros de vuelta a la ciudad, Walker salió de la granja y se encaminó hacia la carretera. Varios hombres se habían rezagado junto a la entrada del camino y, llevados por la curiosidad, se arremolinaron en torno a él mientras abría la portezuela del buzón. ¿Qué esperaban ver? En el mejor de los casos, una carta o dos que no se les permitiría leer y el *Courier-Herald* del día anterior. Pero en el buzón había un objeto tan insospechado que todos dieron un paso atrás, expectantes. James Walker sacó el reloj de oro del buzón, abrió la tapa y vio las iniciales «C. S.». Tenía que ser el reloj de Clarence Smith, pero ¿cuándo lo habrían puesto ahí y por qué motivo? James Walker sacó su coche, fue a la ciudad y

se lo entregó al sheriff, que se planteó la posibilidad de que se tratara de una pista falsa para hacer recaer las sospechas sobre Clarence Smith como culpable del asesinato.

Esa misma noche el sheriff fue a casa de los padres de Clarence Smith y descubrió que no tenían la menor idea de dónde estaba su hijo. De hecho, nadie lo sabía. Se le había visto por última vez a la salida del Grand Theater, a las 22.45, la noche anterior al asesinato de Lloyd Wilson. El fiscal del Estado no mandó detener al padre de Cletus como sospechoso del crimen. Sólo quería interrogarlo. La descripción enviada a las comisarías estatales decía: «40 años de edad, 1,70 de estatura, 75 kilos de peso, pelo castaño claro, calvicie incipiente».

Varios vecinos declararon haber visto un automóvil desconocido aparcado en las proximidades de la granja de Wilson la noche anterior al asesinato. Uno de ellos aseguró que el vehículo estuvo alrededor de dos horas en el camino de tierra, cerca de la carretera, donde parecía estar esperando. Dijo haberlo visto por última vez sobre las nueve de la noche, antes de irse a dormir. Según otro vecino, el coche no estaba en el camino de tierra, sino en el arcén de la carretera asfaltada, y que tenía las luces apagadas. Dado que Clarence Smith no tenía coche, esto hizo pensar en un posible cómplice.

Se propagó el rumor de que lo habían visto subir al tranvía que hacía el trayecto Peoria-Lincoln-Springfield, el día del asesinato. También se decía que había estado en un hotel de Springfield y que esa misma noche recibió una llamada de fuera del Estado. Teniendo la posibilidad de creer algo tan interesante, la gente no dudó en hacerlo, aunque el hotel negó que hubiera estado allí y la persona que lo vio subir al tranvía jamás se identificara. Tampoco podía ser cierto el rumor de que al desaparecer llevaba encima una importante suma de dinero, pues se pudo localizar el dinero que había obtenido al traspasar la finca.

El *Courier* se vio obligado a considerar otra información pertinente al caso. En la primavera anterior a su asesinato, la esposa de Wilson lo había abandonado, llevándose a sus cuatro hijas, la menor de las cuales tenía sólo once meses, y se había instalado en la ciudad. No se divorció de él, pero sí obtuvo la separación legal. Según los términos de este acuerdo, él tuvo que pagarle 9.000 dólares, que en 1921 era una cantidad importante. La casa que

se hizo mi padre sólo le costó 12.000 dólares, incluido el terreno. La suma que Lloyd Wilson tuvo que dar a su esposa tal vez constituía todo su capital.

No sé qué aspecto tenía ella. Casi todas las mujeres granjeras de su edad se veían reducidas, por el trabajo físico y los frecuentes embarazos, a un denominador común de fealdad. Me figuro, como decía la gente cuando yo era niño, que esto podría aplicarse a la esposa de Lloyd Wilson, pero no a la madre de Cletus, aunque no puedo justificarlo en absoluto, pues aun cuando en las historias de amor se da gran importancia a la belleza de la mujer, lo cierto es que la pasión no requiere de ella. Esa idea de Platón de que los enamorados son en origen una sola persona, cuyas dos partes se han separado y desean reunirse, es una explicación tan buena como cualquier otra para un fenómeno que la mente de una persona ajena jamás logrará explicar de manera convincente.

Los nombres y edades de los hijos de Wilson salieron en el periódico. Debí de ser simple casualidad, pero los nombres y edades de los hijos de Clarence Smith no aparecieron.

La madre de Cletus era huérfana y se había criado con sus tíos, que vivían en la ciudad. Cuando abandonó al padre de Cletus, volvió a la casa donde había pasado su infancia. Como el *Courier-Herald* daba la dirección, le pedí a mi primo que comprobara si aún existía una casa allí. Me contestó que sí y que formaba parte de una hilera de casas de madera que había frente al recinto ferial. Algo destartalada, me dijo, pintada de blanco y parecida a tantas otras casitas de la ciudad.

Lo que el periódico llama «el distanciamiento» tuvo lugar durante el verano, después de que la esposa de Wilson lo abandonara. «Hace un año», dice el *Courier-Herald* a continuación, «no había amigos más unidos que Wilson y Smith. A menudo iban juntos a la ciudad. Si Smith se compraba un puro, le compraba otro a Wilson, que hacía lo mismo a su vez. En las discusiones se defendían uno al otro ante todos los demás y la gente solía comentar lo buenos amigos que eran. Quienes lo conocían consideran a Smith un hombre tranquilo y reservado.»

La única fotografía que he visto de él, o de Lloyd Wilson, fue la que salió en la portada del *Courier-Herald*. Al ser una copia fotostática, los blancos y los negros —o mejor dicho, los blancos y los sepias— están cambiados. Aun así, se ve a dos hombres tan parecidos que podrían ser hermanos. No cabe duda

de que Caín y Abel se querían, a su manera, tanto o más que David y Jonatán.

Muchas son las preguntas para las que no hallé respuesta en aquellos periódicos viejos. Por ejemplo, ¿por quién se enteró del asesinato la madre de Cletus? ¿Y cuánto tardó en saberlo? ¿Y qué sucedió entonces? ¿Tal vez le dio un ataque de histeria delante de sus dos hijos...? ¿Y qué pasó con el niño de seis años al que mandaron al establo para ver por qué tardaba tanto su padre? ¿Estarían él y su hermano atisbando tras una cortina de encaje cuando los sabuesos corrían aullando por los campos en pos del hombre que había matado a su padre? ¿O la guardesa los habría apartado de la ventana? Las campesinas como ella no ven cosas así muy a menudo. Es probable que estuvieran los tres mirando por la ventana, a no ser que la madre ya hubiera ido a buscar a sus hijos.

Durante varios días estuvieron apareciendo nuevos pormenores del caso: «Se ha sabido por fuentes fidedignas que Wilson y la señora Smith se carteaban con frecuencia desde que ella se divorciara el pasado otoño, mientras Smith pagaba la pensión a quien había sido su esposa. Parece ser que Smith estaba al tanto de este supuesto, que le tenía angustiado. También se dice que la señora Smith tenía miedo de su ex marido y que habría compartido sus temores con Wilson. [...] El sheriff Ahrens ha convocado a un antiguo peón de Smith, que testificó a su favor en el juicio. Se trata de un hombre que trabajaba en el vecindario de Coonsburg, donde tenía un empleo fijo, y llevaba sin ver a Smith desde la noche del sábado, hacía una semana, cuando al salir del aseo de la barbería local lo vio esperando turno para afeitarse». Y así sucesivamente.

James Walker contó al reportero del *Courier-Herald* que un día, poco después de tomar posesión de la granja tras la marcha de Clarence Smith, al salir de la caseta de la leña se encontró en el porche. Según Walker, por aquel entonces estaba completamente solo y pareció alegrarse de poder hablar con alguien. Cuando Smith le preguntó: «¿Te importa si me doy una vuelta por aquí?», respondió: «Adelante, estás en tu casa», como habría hecho cualquiera en su lugar. Pero cuando Smith volvió al cabo de unos días y se pasó un buen rato metido en el establo, recorriendo después todos los cobertizos uno tras otro, Walker empezó a ponerse nervioso. Si Smith había

perdido algo, ¿por qué no lo decía abiertamente? Al final resultó que quien había perdido algo era el propio Walker: un pequeño yunque. Estaba seguro de tenerlo entre sus pertenencias al mudarse a la granja y le costaba creer que Clarence hubiera logrado llevárselo ante sus propios ojos, pero el yunque tampoco podía haberse ido andando.

James Walker escribió a su esposa pidiéndole que se reuniera con él cuanto antes y a partir de entonces Clarence Smith dejó de ir por allí.

El día después de haber encontrado el reloj, Walker descubrió el abrigo de Smith bajo la capota de una calesa. El ayudante del sheriff también lo había visto al examinar los establos y los graneros con una linterna, pero pensó que sería del nuevo arrendatario. Arropado con ese abrigo y unos mantones, Clarence Smith había pasado la noche anterior al asesinato en su propia granja y al amanecer se escondió tras un montón de heno, donde esperó hasta ver el quinqué de Lloyd Wilson bamboleándose por el prado.

Cuando el mismo periodista entrevistó al abuelo de Cletus, éste le dijo que si su hijo había cometido el asesinato en un momento de enajenación mental debido a los celos, no le hallarían con vida, pues no querría seguir viviendo.

La madre de Cletus, cuya desesperación tal vez le impidiera mostrarse amable, dijo: «No creo que se haya quitado la vida. Seguro que tenía algún plan para huir». ¿Qué plan? No hay pruebas de que tuviese plan alguno.

En parte por miedo y en parte para librarse de los curiosos, Walker y su esposa buscaron un acomodo provisional en la ciudad. En la oficina del sheriff tuvieron que atender una avalancha de llamadas referentes al paradero de Clarence Smith. La mayoría decía que Smith se había ahogado en el pozo de la cantera. El *Courier-Herald* también intentó acallar ese rumor: «El ayudante del sheriff, William Duffy, que rastreó a fondo el pozo de la cantera la mañana del crimen, no cree que se haya ahogado ni Smith ni nadie allí. La tierra de alrededor estaba blanda, por el deshielo de la mañana. Los márgenes son empinados y las huellas se habrían visto claramente. En el único sitio donde sería posible saltar desde un trampolín, el agua cubría tan poco que habría que vadear un buen trecho hasta llegar a aguas profundas. Tras rodear el pozo entero buscando huellas en el barro reblandecido, el señor Duffy no halló absolutamente nada».

El viernes 3 de febrero, quince días después de que se hallara el cuerpo de

Lloyd Wilson desplomado en una de las cuadras de su establo, apareció otro cadáver, precisamente en el fondo del pozo de la cantera de Deer Creek, donde el ayudante del sheriff había asegurado que no podía estar. Yacía boca abajo, sobre la cuchara de la draga. El padre de Cletus, que no quería seguir viviendo, se había pegado un tiro en la cabeza. Atado con un cordón de zapato a su muñeca derecha se halló un revólver del 38 con dos cámaras vacías. Del bolsillo de su abrigo asomaba una linterna. Tenía un trozo de alambre alrededor del cuello y de la cintura. Antes de que la cuchara de dragar lo seccionara, el alambre mantuvo el cuerpo sujeto a algún objeto de peso sumergido bajo el agua. Al revisar los demás bolsillos, el enterrador halló una navaja de afeitar aún manchada de rojo, un pañuelo ensangrentado, una cadenilla de reloj y varios casquillos de bala.

El juez de instrucción decidió que los únicos testigos presentes fueran el sheriff y los tres hombres que trabajaban en la mina de grava. El veredicto del jurado fue el siguiente: «Nosotros, los jurados abajo firmantes, consideramos que Clarence C. Smith murió a consecuencia de un disparo efectuado por su propia mano con el propósito de suicidarse». No hubo intento alguno de establecer la causa del suicidio, ni mención del asesinato de Lloyd Wilson. En la vista final del juicio por asesinato, el veredicto fue: «Muerte por arma de fuego obra de un desconocido».

Varios centenares de personas quisieron ver el cadáver de Clarence Smith mientras seguía en la funeraria, pero se les impidió entrar. El funeral se celebró en casa de su padre. «El reverendo A. S. Hubbard, pastor de la Primera Iglesia Baptista, ofició la ceremonia. Un cuarteto masculino, apostado en el rellano de la escalera, interpretó una selección musical. Joseph McElhiney, John Colmes, Frank Mitchell y Roy Anderson llevaron el féretro a hombros. La familia recibió numerosos obsequios florales en señal de pésame y el funeral fue uno de los más concurridos en la historia reciente de Lincoln.»

Al padre de Cletus no lo enterraron en un cruce de caminos con una estaca clavada en el corazón, sino en el cementerio, como a cualquiera. El día después del entierro apareció la culata de una escopeta flotando en el pozo de la cantera. La tarde siguiente usaron la draga para sacar del agua el resto del arma. En el tambor había un cartucho defectuoso. Al no dispararse el arma, la bala se encasquilló y el eyector no logró desalojarla. Por eso se usó un

revólver para matar a Lloyd Wilson.

El abuelo de Cletus tuvo que ir a la oficina del sheriff a identificar el arma y dijo que sabía que su hijo tenía una escopeta, pero no sabía cómo era, ni recordaba haberla visto entre las pertenencias que su hijo se llevó al marcharse de la granja. El sheriff le preguntó a continuación si los hijos de Clarence Smith iban de caza con él. «La identificación del arma» —cito al *Courier-Herald*—«la hizo esta tarde el hijo mayor de Clarence C. Smith, quien reconoció el distintivo del fabricante. El muchacho tiene una bicicleta de la misma marca.» En el tiempo que medió entre el momento en que Cletus y yo nos bajamos del andamio para volver cada uno a lo nuestro y el momento en que se vio ante la escopeta rota en la oficina del sheriff, Cletus debió de traspasar la frontera de la madurez y, aun cuando se referían a él como un niño, ya no lo era.

Poco después su madre escribió a la guardesa de Lloyd Wilson pidiéndole que le devolviera una foto que había dado al fallecido. El *Courier-Herald* consiguió esta carta y publicó una de sus frases, que decía: «Soy la mujer más desgraciada del mundo».

4. En el pasillo del instituto

Tengo un recuerdo vago y difuso, que no doy por bueno, de estar sentado en clase mirando el pupitre vacío de Cletus. Alguien —creo que fue mi abuela— contó que su abuela vino y se lo llevó. No podía ser cierto; sólo tenía una abuela, que vivía allí mismo, en la ciudad. Lo que debió de pasar fue que su madre lo sacó del colegio y al marcharse de Lincoln se lo llevó consigo.

No dudé sobre lo que quería decir el periódico al publicar que el padre de Cletus había acusado a su madre de tener una relación íntima con el asesinado. A esa edad no era tan inocente como para creer que fueran sólo buenos amigos. La verdad es que cuando me acordaba del asunto pensaba en la oreja, que nunca se encontró. Sabía que lo que le había pasado a Cletus era espantoso y que cargaría con ello para siempre, pero no intenté ponerme en su lugar, ni tampoco pensé en enterarme de dónde vivía y coger la bicicleta para ir a verle. Fue como si su padre le hubiese pegado un tiro a él también.

Por fin llegó el momento en que los carpinteros, fontaneros y electricistas dejaron de incordiar unos a otros, y la casa nueva quedó en manos de los pintores. Yo volvía a casa con la ropa manchada de pintura blanca y mi padre me sugería que no fuera por Park Place hasta que se secase la madera pintada. Estaba indignado con el arquitecto, y consigo mismo, porque si el hormigón de los cimientos hubiera estado a un metro más de profundidad, habrían podido prescindir de las grandes cantidades de carísimo mantillo necesario para nivelar el césped. El día en que nos mudamos, Grace, agotada, dejó caer un frasco de yodo; al ir a meterlo en el botiquín del cuarto de baño de arriba, se le resbaló, estrellándose en el lavabo. Los dos nos pasamos nuestra primera tarde en la casa recién estrenada fregando una reluciente pared blanca llena de manchas oscuras que parecían sangre.

La casa estaba demasiado nueva para resultarnos cómoda. Era como verse obligado a pasar mucho tiempo con una persona a la que no se conoce bien. Y a mí casi me gustaba más cuando aún no tenía techo y el hueco del suelo estaba salpicado de virutas, clavos torcidos y tacos de madera a los que habría acabado dando algún uso. Pero ese suelo ya estaba cubierto de alfombras y no se podía hacer nada divertido, porque había que tener cuidado

de no manchar el papel pintado.

Entre semana mi padre siempre estaba fuera y mi hermano pequeño se quedaba dos o tres días seguidos con mi abuela, que lo idolatraba, así que Grace y yo pasábamos mucho tiempo solos. En casi todas las casas de la calle vivía algún pariente o buen amigo suyo. Se pasaban el día de puerta en puerta y varias tardes por semana quedaban para jugar al *bridge*. Barajando las cartas con manos expertas, se ponían a ello. Lo suyo era el subastado. Aún no había llegado el *bridge* de contrato. En una ocasión, mirando sobre el hombro de Grace, la vi hacer un «gran slam» de tréboles cuando el triunfo más alto que tenía en la mano era un nueve. Eran mujeres capaces de doblar y redoblar las apuestas sin perderse ni un solo pormenor del cotilleo de turno, y hasta la encargada del tanteo era capaz de quejarse, como las demás, de lo escandalosa que era la novela de moda, que todas habían tomado prestada de la biblioteca local.

A los catorce años era cuando los chicos empezaban a ponerse pantalones largos, y como yo aún no los había cumplido, seguía llevando bombachos de pana. Cuando no quería dejar de leer *Historia de dos ciudades*, tapaba la rendija de debajo de la puerta con mis largos calcetines de algodón negro para evitar que mi padre viera el hilo de luz y entrara a decirme que me durmiera. En mi cuarto, sobre la mesa de estudiar, tenía una radio de bobina. Encima, colgado en la pared, había un mapa de América del Norte donde marcaba con alfileres de colores todas las emisoras que había logrado sintonizar. El que me hacía sentir más orgulloso estaba clavado en Cuba, en La Habana, aunque sólo había captado una vez esa emisora. Los auriculares me daban dolor de oídos y, además, me pasaba todo el invierno con los pies helados. Mi habitación estaba en la esquina noroeste de la casa y los conductos de calefacción no funcionaban como era de esperar. Y una vez me sucedió una cosa verdaderamente curiosa, que no lograba entender. Oí a Eggy Rinehart, que vivía a dos manzanas de mi casa, avisar a su madre de que la llamaban por teléfono. El aparato había captado las ondas de su voz, pero ¿cómo? ¿Por los cables telefónicos? Nadie fue capaz de explicármelo.

Al volver a casa después de la reunión de los Scouts, veía la antena del tejado perfilada tenuemente contra las estrellas. Antes de entrar me salía del sendero del jardín para atisbar por la rendija de luz que asomaba entre la persiana bajada y el alféizar de la ventana del salón. Quería asegurarme de que mi padre y Grace no estuvieran dando una «fiesta». La palabra había

sufrido una siniestra metamorfosis. En los viejos tiempos significaba recipientes llenos de helado y niños trayéndome regalos, o, si era una fiesta para los mayores, el mejor mantel de hilo, tarjetas con el nombre de los invitados, cuencos de cartón llenos de frutos secos y un centro de mesa de flores del invernadero. Y más cucharas y tenedores de lo habitual. Pero durante la Ley Seca acabó refiriéndose a un grupo de personas reunido para beber. Las malas lenguas dieron al asunto peor fama de la que merecía, porque siempre hubo unos límites. Pero al no saber cuáles eran, yo daba por hecho que no existían, y que si aquellas «fiestas» no eran auténticas orgías, se parecían bastante a eso. Entre las amigas de Grace había una mujer guapa de pelo negro que había perdido a su marido un par de años antes y una soltera muy divertida que trabajaba en el banco. Las dos venían mucho a casa y mi padre decía en broma que eran su harén. Yo sabía que no era verdad, pero ¿qué debía pensar al oírles reírse contando que Lois subía por una escalera, se desnudaba (en las fiestas de mi madre no se hacían esas cosas) y bajaba envuelta en una toalla a bailar el *cuchi-cuchi*? Lo que tenía claro era que no quería toparme con nada semejante, por eso tomaba precauciones antes de entrar en casa.

Pero aquellas actuaciones de mis padres, que ahora me parecen divertidas, duraron poco. Eran el mero reflejo de una época y no se correspondían con su verdadera forma de ser. Al final acabaron llevando la vida normal y corriente de la mayoría de los matrimonios.

Grace silbaba como nadie y casi me parece estar oyendo su personal interpretación de «Brindo por el corazón que late por mí, fiel como un lucero. / Brindo por el día en que sea mía. Brindo por la chica que venero», mientras bajaba de espaldas las escaleras con una escoba en la mano. Es como un fotograma de una película antigua. Nunca termina de bajar la escalera. En los diez años que tardé en irme de casa, jamás perdió la paciencia conmigo y creo que yo nunca fui maleducado con ella. En esa casa había una capacidad de contención equivalente a la de seis familias. A diferencia de la malvada madrastra de los cuentos, Grace tenía buen carácter y procuraba evitar cualquier tipo de altercado. Y fue incapaz de luchar conmigo como Jacob contra el Ángel, esperando que yo dejara de venerar a mi madre fallecida y la aceptase a ella como madre. En cambio, asumió el papel de mediadora. Cuando mi hermano mayor quedaba con una chica el sábado por la noche y quería que mi padre le dejara el coche, pedía ayuda a Grace y salía de casa

con las llaves en el bolsillo.

La madre de Grace vivía justo enfrente de nosotros con su hijo Ted, que en aquel entonces estaba soltero. La señora McGrath era una anciana de porte digno, cariñosa y muy respetada por sus hijos. Los hermanos de Grace eran hombres alegres y sumamente amables que, entre todos y sin apenas dinero, habían montado con éxito una empresa de arena y grava. Les encantaba contar anécdotas y allí donde estuvieran se oían carcajadas. A mí me tenían desconcertado, porque me trataban como si fuésemos parientes de verdad. No puedo decir que me sentara mal, pero respondía con cautela.

En ese dormitorio pobremente caldeado de la esquina noroeste de la casa de Park Place me sorprendieron los primeros atisbos de un placer que en aquel primer momento no sabía cómo obtener o devolver al cuerpo del que partía, que era el mío. No había imágenes asociadas a él, ni objeto alguno, sino que era una pura sensación física. Era como si hubiera hallado una forma de cantar que no salía de la garganta. Lo descubrí por casualidad y jamás llegué a plantearme que alguien, aparte de mí, hubiese experimentado lo mismo. Por eso no asocié aquellas intensas y exquisitas sensaciones con el asesinato que obligó a Cletus Smith a irse de Lincoln, ni con lo que hacían todos los demás hombres y mujeres, que podía hacerse tranquilamente siempre que se estuviera casado. Ni siquiera con el tema de conversación de los chicos mayores en los vestuarios del colegio. Era una pasión absoluta, pero pasiva y totalmente privada, que me transformaba en dos chicos distintos, uno de los cuales iba al instituto, entregaba sus deberes a tiempo, se presentaba voluntario para el coro y las mesas redondas y se quedaba hablando con el profesor de álgebra después de clase. El otro sufría bruscos cambios de humor, se sentía culpable y no deseaba de los demás sino su ausencia.

Cuando estaba metido en la cama con la luz apagada, los dos chicos se transformaban en uno, y entonces pensaba en la antena del tejado y en el aire frío que soplaba sobre nuestra casa llevando las voces desconocidas y la música de baile de la emisora local y las de Springfield, Peoria, Bloomington, Danville, Chicago y Kansas City. En el instituto leí por primera vez *La tempestad* de Shakespeare y recordé al instante lo que pasaba por encima de la casa de Park Place.

A mi padre le ofrecieron un ascenso que suponía trabajar en la delegación que la aseguradora tenía en Chicago y volver a casa por la noche como cualquiera. A su edad estaba harto de viajar de pueblo en pueblo y de vivir siempre pendiente de los horarios de tren. Pero también era ambicioso y estaba contento de saberse necesitado. Mi madrastra se sentía incapaz de marcharse de Lincoln, dejando atrás a su familia y amigos. Lloraba todas las noches cuando ella y mi padre se ponían a hablar tras la puerta cerrada de su dormitorio. Años después llegó a decir que prefería vivir en Chicago, pero jamás volvió a ser tan alegre como lo era en Lincoln.

Ellos se fueron a Chicago en marzo, pero yo tuve que quedarme para acabar el curso. Me metieron en casa de la vieja señora McGrath. Sólo había dos habitaciones y me pasé tres meses durmiendo en el mismo cuarto que Ted, el hermano de Grace, en unas camas gemelas de esas antiguas, con cuatro columnas de madera. Cualquiera hubiera dicho que la compañía de un colegial era lo único que le faltaba a una vida tan verdaderamente agradable como la suya. De noche se quitaba el tupé y lo colgaba de una de las columnas de la cama y, mientras nos desvestíamos, compartía su sabiduría conmigo mediante máximas tales como «El matrimonio es lo que quita la alegría a las chicas», o «Nadie se enfada si le das dinero», o «La belleza está en los detalles». Por la mañana, antes de ir al colegio, nos apiñábamos los tres en la mesa de la cocina y tomábamos tortas de trigo con sirope de arce. Siempre tuve la impresión de estarles dando mucho la lata, aunque supongo que no sería para tanto.

Cuando llegó el momento de irme a Chicago, Ted y otro de los hermanos de Grace me llevaron en coche y de camino nos paramos en Joliet para comprobar el estado de una cantera de grava. Nos quedamos en el Hotel La Salle, de Chicago, donde cenamos. Mientras miraba boquiabierto el artesonado del techo, porque nunca había visto nada igual, se dedicaron a llenarme los bolsillos de billetes de diez dólares. Yo no sabía si lo correcto era aceptar el dinero o no, y quise devolvérselo, pero me aseguraron que era algo absolutamente normal, que a mi padre no le importaría, y al final me quedé con la mitad. En vez de tomar el tren elevado, como yo esperaba, hicimos todo el trayecto desde Loop hasta el parque Rogers en taxi, para que pudiera ver la ciudad. Mientras miraba la calle Sheridan por la ventana, ellos me miraban a mí, y se alegraban tanto de verme contento que perdí mi último

ápice de resistencia y comprendí no sólo lo verdaderamente generosos que eran, sino también que la generosidad tal vez sea el mayor de los placeres que existen.

A partir de entonces mi casa estaría en el segundo piso de un edificio de ladrillo de tres plantas. Era un bloque de pisos a una manzana al oeste de la calle Sheridan, en un barrio tranquilo y a un paso del lago Michigan. Entonces aún quedaban muchas casas antiguas, de esas unifamiliares con porche, árboles, algo de césped y un aspecto muy vívido. Mi padre me consiguió un empleo en su oficina, como archivero, y los dos íbamos juntos al trabajo en el tren elevado. Al anochecer los chicos del barrio se juntaban en la acera, cada uno con su bicicleta, y yo pasaba por delante de ellos con la boca seca y mirando fijamente hacia el fondo de la calle. Casi siempre acababa yendo al lago y me sentaba en la rocalla a mirar el agua. Así pasé la mayor parte del verano, hasta que una tarde me encontré con una rueda de bicicleta impidiéndome el paso. El chico que iba montado en la bicicleta me preguntó si era judío. No era antisemitismo, sino pura curiosidad. El círculo se abrió y me aceptaron. Es decir, que me dejaban estar con ellos sin que nadie protestara.

Después del Día del Trabajador, empecé a ir al colegio. En un instituto urbano de tres mil alumnos, con muchas actividades después de clase — banda de música, esgrima, club filatélico, club de historia, club de francés, grupo de teatro, orquesta, cineclub, club de ajedrez y damas, sociedad arquitectónica y demás—, la torpeza deportiva no era objeto de burla. En una ocasión, mientras hacíamos gimnasia al aire libre, apareció una pelota de rugby volando por los aires y yo logré cogerla. Por aquel entonces mis compañeros habían perdido toda esperanza de que yo llegara a coger cualquier tipo de pelota y aquello fue motivo de regocijo e incredulidad general. Pero nunca se burlaron de mí. Me aceptaban como era. Al fin y al cabo, aquello no era un pueblo, sino una gran ciudad, y en ese instituto se aceptaba a todo el mundo.

El edificio del instituto era de piedra gris, y enorme. Era diez veces más grande que el viejo y abarrotado instituto de ladrillo amarillo de Lincoln, y algunas de mis aulas estaban bastante lejos unas de otras. Un día de la primera o segunda semana de colegio iba yo con prisa por un pasillo flanqueado de taquillas metálicas cuando vi a Cletus Smith caminando hacia mí. Me parecía estar viendo a un resucitado. Él no dijo nada. Yo no dije nada.

Los dos seguimos andando hasta que nos cruzamos. A partir de ese momento, la cosa ya no tuvo arreglo.

¿Por qué no le dije nada? Supongo que sería por lo sorprendido que estaba. Y porque tampoco sabía muy bien qué decir. No era fácil ser educado, dadas las circunstancias. Tampoco iba a decirle «Siento mucho lo del asesinato y tal», ¿verdad? En las tragedias griegas el coro no pretende consolar al espectador inocente sino que, limitándose a las generalizaciones, lamenta el destino de la humanidad, cuyo primer error es haber nacido.

De haber sido entonces el anciano que soy hoy, habría podido saludarle por su nombre, sencillamente. O sacudir la cabeza apesadumbrado y decir «En fin, en fin...». Pero ¿acaso habría sido mejor? Yo no era un hombre mayor, a mi padre no le habían seguido el rastro con perros sabuesos y no podía ni imaginar (¡cómo iba a imaginarlo!, ¿cuántas veces le pasa algo así a un niño de trece años?) lo que le había tocado vivir. Del mismo modo que nadie sabe lo que es pillarse los dedos con la puerta de un coche sin haber pasado por ello.

De cuando en cuando aparece un muchacho colgado de una viga o muerto de un tiro al dispararse una escopeta por accidente. Lo extraño es que no se den más casos.

Ahora pienso... que dar la vuelta y echar a caminar a su lado habría sido lo mejor que podría haber hecho. Pero eso es lo que pienso ahora. He tardado todos estos años en llegar a planteármelo siquiera, y ese día tenía una clase de matemáticas en el segundo piso, en la otra punta del edificio, y ya iba con el tiempo muy justo para llegar antes de que sonara el timbre.

5. La ilusión de ser propietario

Hasta que cumplí seis años mi padre tuvo un coche de caballos, y en las calurosas noches de julio salíamos de nuestra casa de la calle Novena a dar un paseo para refrescarnos. A veces invitábamos al matrimonio de la casa de al lado a acompañarnos. Mi hermano se sentaba delante, entre mi padre y el doctor Donald, y yo iba detrás, entre la señora Donald y mi madre. El perro —aunque todos le gritábamos «¡A casa!»— iba también, trotando entre las ruedas del coche con la lengua fuera.

Poco importaba la calle que eligiera mi padre para salir de la ciudad, porque al llegar al campo el paisaje era siempre muy parecido. Campos arados o pastos, que llegaban hasta el horizonte. Había árboles donde el ganado podía guarecerse del sol, y los campos estaban separados entre sí por setos de naranjos chinos llenos de nidos de pájaros.

La conversación en el asiento delantero era sobre lo que crecía a cada lado del camino: maíz, trigo, centeno, avena, alfalfa. Las mujeres, ciegas a este verde esplendor, hablaban de costura y recetas. Yo ya tenía edad como para fijarme en las cosas que parecían lo que no eran, y al pasar ante varios buzones juntos me daba la vuelta para verlos mejor. Pájaros zancudos era lo que parecían, aunque estábamos a una distancia considerable de cualquier cosa que pudiera considerarse un lago.

El doctor Donald tenía tierras cerca de Mason City. Mis abuelos habían vendido la granja de treinta y dos hectáreas que mi padre, para su eterno desconsuelo, no heredó. Viviendo con austeridad y ahorrando la mitad de su sueldo, consiguió comprarse una granja, pero estaba demasiado lejos para llegar en coche de caballos, y al no poder ir a ver sus propias tierras, como sin duda le habría gustado, disfrutaba viendo las de los demás. Alzando el látigo llamaba la atención del doctor Donald hacia un granero grande y bien hecho, y ambos se quedaban admirados. Hogareño por naturaleza, yo prefería mirar las casas. Qué tristonas eran, comparadas con la nuestra de la ciudad. Sin árboles grandes que dieran sombra, sin un buen porche donde sentarse, sin vecinos calle arriba y calle abajo. Cuando había flores no eran más que unas malvarrosas polvorientas o unas capuchinas plantadas en una lata

olvidada encima de un árbol seco.

Supongamos que Cletus hubiera venido a pasar el día conmigo cuando éramos pequeños. Habríamos tenido un perro siguiéndonos a todas partes. Y en el establo habría un caballo, un gran carro con ruedas rojas, balas de heno, sacos de avena y demás. Pero él se habría dado cuenta de que yo no sabía enganchar el caballo al coche y de que no podíamos montarlo a pelo para juntar a las vacas, porque no había vacas. Nuestra casa era mucho más grande y cómoda que la suya y en el jardín de atrás había un montón de tierra, pero ¿qué era un montón de tierra comparado con las cuadras, los establos, los cobertizos, los graneros, el corral, la bodega, el pozo, el molino, el abrevadero de las caballerizas y la alberca para nadar? En la ciudad había cardenales, azulejos, tanagras y oropéndolas, pero él tenía la tórtola plañidera, el incansable preguntón colín de Virginia, el búho real y el chotacabras.

Mi padre vendió el coche de caballos, derribó el establo y se hizo construir un garaje donde poder guardar su nuevo Chalmers de siete plazas, y a partir de entonces pudimos ir en coche hasta Mount Pulaski, donde tenía la granja. Como en aquella época lo seguía a todas partes, descubrí toda una riqueza que no era visual, sino que venía del modo en que se entreveraban los distintos olores: la madera seca, la maquinaria agrícola oxidada, el montón de estiércol, la pocilga, la milenrama, las hojas de la cebolla, la cal viva del retrete, la escarcha derritiéndose en primavera, el heno cortado en los prados en verano. Entre unas cosas y otras, dudo mucho que Cletus hubiera estado dispuesto a cambiarse por mí.

La tierra negra y fértil de Logan County era, y tengo entendido que sigue siendo, propiedad de gentes cuyos antepasados llegaron de Kentucky, Indiana y Ohio, llevando sólo cuanto les cabía en un endeble carromato. Cercaron toda la tierra que quisieron y la fueron limpiando lentamente, añadiendo cada año varios metros cuadrados de cultivo. Sus hijos y nietos, nacidos allí, se consideraban paisanos de aquellas tierras. Sus bisnietos vendieron su patrimonio o arrendaron sus granjas. Bien instalados en la ciudad, desde sus viejas casonas retranqueadas de la calle se mantenían al tanto de las propiedades campestres y al llegar las cosechas al montacargas del silo se quedaban, como era costumbre, con la mitad de las ganancias. A un granjero arrendatario no lo consideraban socialmente igual a ellos, como tampoco a un carpintero, un cantero o un albañil. Al granjero dueño de la tierra que cultivaba sí podían aceptarlo, y de hecho lo hacían. Cuando Cletus y yo

jugábamos juntos jamás nos planteamos el asunto de la posición social. Y tampoco salió a relucir en el patio del colegio. Era una manía que le entraba a la gente al irse haciendo mayor. Los nombres de esos buzones que me llamaban la atención de pequeño eran una clara prueba de que los granjeros eran del mismo linaje que las gentes de la ciudad, que los despreciaban socialmente. Tal vez sus antepasados vinieran de Europa en un ciclo migratorio posterior, cuando ya no abundaba la tierra a dólar y cuarto el acre. O pudieron quedar maltrechos por alguna desgracia familiar. O quizá simplemente les faltara talento para medrar en la vida.

Viéndolos pasear por la plaza del juzgado un sábado por la noche, los granjeros y sus familias eran inconfundibles. Era obvio que la ciudad les cohibía y por eso iban en comandita. Las mujeres llevaban ropa que no pretendía ser favorecedora, sino duradera, resistente. Los hombres tenían la nuca de color caoba y surcada de arrugas. Tenían las manos grandes, abotargadas o deformes, algunas con un dedo o dos de menos. Los hombros tristemente encorvados quizá fueran imaginaciones mías, al pensar en lo poco que me habría gustado no ser dueño de la tierra que trabajaba. Es muy probable que a ellos tampoco les gustara, pero llevaban la labranza en la sangre y no habrían querido dedicarse a vender fincas ni a sumar columnas de cifras en un banco.

El séptimo día descansaban; es decir, se vestían de domingo, enganchaban el caballo al carro y se iban a alguna iglesia rural donde, sentados en bancos de respaldo recto y sin almohadones, miraban pasivamente al predicador que paseaba ante ellos de un lado a otro, pergeñando nuevos modos de convencerlos de que vivían sumidos en el pecado.

Si supiera dónde está Cletus Smith en este mismo instante, iría a darle explicaciones. O lo intentaría. No sólo es posible sino bastante probable que tuviera que explicarle quién soy. Y que él ni se acordara del trance que me tenía obsesionado desde hacía años. A él le había tocado vivir cosas mucho peores. Hasta podría resultar que yo hubiera hecho el esfuerzo por mi propio bien, en vez de por el suyo.

No sé dónde está. Es muy poco probable que nos encontremos por casualidad y que, dado el caso, seamos capaces de reconocernos. Incluso podría haber muerto.

A menos que intervenga el azar, la única posibilidad que tengo de volver a establecer contacto con él no parece estar en el presente, sino en el pasado, al intentar reconstruir ese testimonio que a él jamás se le requirió. Un tribunal de justicia no aceptaría la declaración infundada de un testigo sólo presente mediante su imaginación pero, como ha quedado patente una y otra vez, el juramento de un testigo que sí estaba presente es igual de poco fiable. Si al lector le cuesta creer alguna parte de la mezcla de verdad y fantasía que se ofrece a continuación, le consiento que la ignore. Me conformaría con atenerme a los hechos, si los supiera.

El lector, por su parte, también deberá estar dispuesto a usar la imaginación. Tendrá que imaginar una baraja de cartas puestas boca abajo sobre una mesa y mirar una de ellas, sólo que no verá el ocho de corazones ni la jota de diamantes, sino quince minutos normales y corrientes del pasado de Cletus Smith. Pero primero tengo que inventarme un perro, que tampoco es un gran alarde de ilusionismo, porque habiendo ganado tendrá que haber un perro para pastorearlo. En aquel entonces —no sé cómo será ahora— los perros de granja solían ser una mezcla de collie y pastor inglés. En cuanto a la atracción entre los perros y los niños adolescentes, creo que puede darse por sentada. En la familia en cuestión no parece haber problema alguno. Ambas granjas están a la derecha de la carretera recién asfaltada y tienen una linde común. La casa de los Wilson, con sus establos y cobertizos, está pegada a la carretera y unos doscientos metros más cerca de la ciudad. Para llegar a la casa de Cletus hay que subir por un estrecho sendero que tiene una puerta en cada punta. Cuando es casi la hora en que vuelve Cletus del colegio, la perra se cuelga bajo las puertas y trisca por el sendero hacia los buzones, donde se acomoda en una especie de cama que se ha hecho entre los hierbajos, apoyando el hocico sobre las cuatro patas. Estos buzones también están encaramados a un poste y parecen aves zancudas.

En los escasos años transcurridos desde que mi padre se deshizo del coche de caballos, ha habido un cambio en el paisaje. Ahora es como una meseta; casi no quedan árboles y los setos se han sustituido por verjas de alambre, lo que significa más tierra de cultivo y más dinero en el banco, pero también una impudicia total. Cualquiera puede ver lo que antes estaba reservado al ojo del halcón, cuando descendía lentamente trazando círculos en el aire.

Si pasa un carro o un Ford T, la perra lo sigue con la mirada, pero no levanta la cabeza. Espera ver aparecer a un niño montado en una bicicleta.

Mientras Cletus vuelve del colegio, la perra dormita entre buzones donde aparecen los nombres de unos granjeros que acatan las Sagradas Escrituras en la medida de lo posible. Incluido el mandamiento de tratar a los demás como quisieras que ellos te trataran a ti. Y si van a la ciudad todos juntos es porque no conciben que las gentes que ven por las calles o en las tiendas (y que no parecen verlos a ellos) puedan necesitar su ayuda en absoluto. En el campo las cosas son distintas.

La bicicleta está pintada de azulón y Cletus hace sólo tres meses que la tiene. La primera vez que la vio, junto al árbol de Navidad, casi se le para el corazón. Cuando llueve va andando al colegio para que su bici no acabe tan vieja y oxidada como las que están apoyadas en los postes de madera que hay junto al diminuto edificio del colegio. Con la perra brincando a su lado, Cletus hace el último tramo del camino pedaleando como si le fuera la vida en ello. La perra lo espera siempre hasta que cierra la puerta y luego se le adelanta, trotando con aires de importancia, como si el chico no conociese el camino de casa. El patio de la granja casi no tiene hierba porque las gallinas la han arrancado y, aunque a la casa no le vendría mal una mano de pintura, el tejado no tiene goteras y los establos están bien apuntalados. La perra sigue a Cletus al porche, dejando sus huellas bien marcadas allí donde va. Ladea la cabeza y se queda mirando mientras Cletus deja sus libros junto a la puerta y se agacha para desatarse los cordones de los zapatos. La cabeza del chico está ahora a la altura de la cabeza de la perra. Ella mueve la cola, sinuosa como una pluma. Cletus se acerca para dejarse olfatear y, al olerle el aliento a ella, frunce la nariz con cara de asco.

—¡Puaj! ¿Qué has estado comiendo? ¿Pescado podrido?

«Sea lo que sea, estaba podrido», piensa el muchacho.

En cuanto a ella, podría pasarse la vida así, con Cletus mirándole a los ojos de color ágata. Eternamente, quizás. Se le ha entregado como un regalo vivo y nada de lo que él haga o deje de hacer conseguirá que se retracte.

—Qué buena eres —dice él, quitándose los zapatos.

La perra sabe que no haría bien en intentar colarse en casa tras él, pero eso no significa que le guste quedarse fuera. Aparta su hocico largo y sensible lentamente, centímetro a centímetro, dejando que se cierre la puerta. Entonces se pone a gimotear en voz baja, tentándole para que ceda.

Veamos cómo es la cocina donde a la perra no le está permitido entrar. Vaho en las ventanas. Superficies de cinc que han perdido el brillo. Superficies de

madera tan pulida que al tocarla parece terciopelo. El fogón, con dos cubos de agua a un lado, listos para ser vertidos en el depósito cuando se vacíe. El hervidor de agua para el té. La cafetera de loza blanca. La caja de cerillas de latón colgada de la pared. El cajón de la leña, la pila de fregar, el peine colgado de un cordel, el cilindro de paño para secarse las manos. La lámpara de queroseno con pantalla de cristal blanco. El calendario grabado en relieve. Las toscas sillas, varias con una grieta en el asiento. El hule resquebrajado que cubre la mesa. El olor a jabón de sosa Octagon. A primera vista, es una cocina como cualquier otra cocina de granja en cien kilómetros a la redonda, aunque sólo ésta espera en la más absoluta quietud a que Cletus vuelva a casa del colegio, como sólo ésta le resulta así de acogedora al entrar aterido de frío.

Cuando Cletus va a la verja del prado, se acerca un viejo caballo blanco de tiro con la esperanza de recibir un terrón de azúcar y quizás algo de cariño. Porque Cletus le quiere mucho. Cuando sale a reunir a las vacas, prefiere montarlo a él antes que a cualquier otro. Y cuando tiene ganas de llorar apoya la frente en el sedoso cuello blanco y deja fluir las lágrimas.

De día el cielo es un cuenco invertido sobre la pradera. Si la noche es clara, a veces aparece espolvoreado de estrellas.

Al volver del colegio Cletus suele ver a la señora Wilson tendiendo la ropa con sus dos hijos. Aun a riesgo de caerse, quita las manos del manillar y les saluda, y ellos le devuelven el saludo.

No es casualidad que Cletus se suba a veces al carro de los Wilson cuando ambas familias van juntas a misa o a la ciudad a ver los fuegos artificiales del 4 de julio. Al fin y al cabo, son su segunda familia. Si su madre le manda a casa de los Wilson porque ha descubierto de pronto que se ha quedado sin vainilla o pimienta dulce, es muy probable que la señora Wilson corte una rebanada de pan recién salido del horno, lo unte de mantequilla y mermelada y se lo dé. Pero Cletus le tiene un cariño sincero; es una mujer que le cae bien porque nunca cambia.

Al llegar el día de ir a clase, las hijas de los Wilson le enseñaron el atajo entre los campos hasta la otra carretera, donde estaba el pequeño edificio del colegio, y Hazel tuvo que decir a la maestra cómo se llamaba Cletus. Rodeado de niños y niñas desconocidos que lo miraban fijamente, se quedó sin habla. Pero la maestra era joven y guapa y le enseñó a usar las ceras de colores.

Si Cletus tiene una duda y no está su padre para resolvérsela, va en busca del señor Wilson, que no pierde la paciencia si Cletus no lo entiende a la primera. Cuando el señor Wilson dice al padre de Cletus «Esta mañana he visto un faisán macho cruzando la carretera. No sé si querrás tomarte la tarde libre para ir de caza...», se da por sentado que, si no tiene colegio, Cletus irá con ellos. A su madre le asustaba que lo llevaran de caza siendo tan pequeño, pero el señor Wilson dijo: «Mejor que aprenda ahora, mientras no anda distraído con otras cosas. Mira, chico. Se sujeta así. Con la culata en el hombro derecho. Ten los dos ojos bien abiertos y observa el punto de mira del cañón. Si haces caso a tu padre y no vas con idiotas que no sepan coger una escopeta, no tendrás ningún problema».

A veces le pone a Cletus una mano en el hombro mientras habla con él. En esos momentos Cletus llega a pensar que haga lo que haga, aunque sea algo tan malo como para tener que ir a la cárcel, el señor Wilson sabrá entenderlo. Y le apoyará. Por supuesto que su padre también, pero el señor Wilson ni siquiera es pariente suyo.

En un paisaje tan llano se oye todo, hasta a un hombre maldiciendo a sus caballos en mitad del campo. Cualquier sonido destaca: la campana que anuncia la cena, las ruedas de un carro sobre la reja que impide el paso del ganado, el repiqueteo de la maquinaria agrícola. Cuando el motor de gasolina petardea y se ahoga o las cuchillas de la segadora se atascan, Cletus sabe que el señor Wilson, aunque esté a casi medio kilómetro de distancia, también lo ha oído y está atento al sonido del motor o la segadora. Si no vuelven a arrancar, deja lo que esté haciendo y atraviesa el campo para ver qué es lo que falla. Con las cabezas juntas, su padre y el señor Wilson estudian el problema. Se pasan las llaves inglesas y los alicates con tanta familiaridad que parecen compartir las cuatro ágiles manos.

En pleno verano, cuando el cielo azul parece a punto de desaparecer entre turbios nubarrones, el heno que cargan en la carreta tal vez sea de su padre, pero podría ser del señor Wilson. Ellos lo saben, por supuesto, pero no viene al caso. Si desaparecen las sombras de los segadores significa que el sol se ha ocultado tras una nube oscura y tenebrosa. Sopla un viento fresco y comienzan a trabajar más aprisa. Ni siquiera alzan la mirada hacia el cielo. No les hace falta. La precaria carga crece por segundos. Cuando la carreta no soporta más peso, se suben los dos y salen disparados hacia el granero, y mientras las primeras gotas de lluvia repiquetean sobre las hojas del roble, se

felicitan por haber logrado poner el heno bajo techo justo a tiempo. Esto no pasa una sola vez, sino año tras año.

En cuanto a Clarence Smith, nadie le ha mostrado jamás un cariño tan sincero y fiel, por lo que se esmera en pagar con la misma moneda. Si a Lloyd Wilson se le pone enfermo un ternero y en vez de llamar al veterinario pide a Clarence que vaya a verlo, éste se pasa la noche cuidando del animal y arropándolo con mantas. A la mañana siguiente Cletus se despierta temprano, salta de la cama y corre hasta el establo de la otra granja, donde están los dos hombres, a tiempo de ver al ternero tembloroso poniéndose en pie.

—Pues ya hemos salido de ésta —dice su padre.

Entonces, sin apenas dejar al señor Wilson darle las gracias, se vuelve con su hijo a casa.

Y si las lluvias de primavera hacen que su padre se retrase en arar los campos, el señor Wilson aparece después de cenar con su reja y su caballo y juntos remueven el campo de abajo a la luz de la luna.

A Cletus le parece que el campo de abajo es suyo, pero en realidad no lo es. Las tierras, los establos, los cobertizos, la casa... todo lo que hay en la granja menos el ganado y la maquinaria es propiedad del coronel Dowling, que a menudo aparca su Franklin de morro chato a la entrada del camino. Es él quien decide el tipo de cosecha y el precio de venta. Los pararrayos de la casa y los dos graneros son idea suya. Todos debemos confiar en el Señor, por supuesto. Pero con moderación. No tenemos por qué encomendarle las cosas que podemos resolver sin su ayuda. Desde que el Franklin se le atascó de tal modo en el barro del camino que el padre de Cletus tuvo que reunir una cuadrilla para sacarlo, el coronel Dowling tampoco acaba de fiarse del coche, pero se consuela pensando que le resulta igual de sencillo dejar el coche junto a la carretera y entrar andando.

Es un hombre que se ha hecho a sí mismo. Su padre, un peón que bebía más de la cuenta, se partió el cuello al caer de un andamio, dejando a su viuda con seis hijos que sacar adelante. La mujer se puso a trabajar de lavandera. Para abrirse camino, Ed Dowling se casó con una mujer rica y se convirtió en un caballero. Fue toda una proeza, pero le distanció de sus hermanos y hermanas, que no pueden evitar burlarse de él a sus espaldas.

Un caballero no se comporta de un modo en casa de un pobre y de otro modo distinto en casa de quien tenga unas rentas parecidas a las suyas. Jamás entrará en la granja sin llamar a la puerta. Por mucho que sea legalmente

suya. Y nunca olvidará limpiarse el barro de los zapatos. También tendrá el detalle de preguntar a la madre de Cletus si está contenta con la disposición actual, lo que podría llevarle, si ella cree que conviene pintar la cocina, a ofrecerse a proporcionarle el material necesario. Siempre será amable con ella y procurará saber cómo se llaman sus hijos. Tampoco tiene nada de particular que eso sea todo cuanto sabe de ellos. Los hijos de los granjeros son todos muy parecidos. A todos les ha comido la lengua el gato.

Satisfecho al comprobar que la esposa de su arrendatario es una buena ama de casa, no mostrará el menor interés por el segundo piso, de modo que no verá el ejemplar con el lomo roto de *Tom Swift y su máquina voladora* tirado bajo la cama, abierto sobre la pelusa del suelo, en la pequeña habitación a la derecha de la escalera.

El coronel Dowling es mayor que el padre de Cletus y tiene el pelo blanco como la nieve, así que al chico le parece normal que cuando van a mirar la bomba de agua o salen a pasear por el campo, su padre lo llame «coronel» y el coronel Dowling llame a su padre «Clarence». Pero a veces el coronel aparece acompañado de un amigo, algún hombre de ciudad que no tiene la menor idea de lo que es una granja, y entonces, delante del padre de Cletus, dice «mi maíz» o «mi avena», o «mi zanja de desagüe». Si lo dice muchas veces, Cletus se queda atrás para no oírlo. Después de llevar doce años trabajando esas tierras puede que su padre no se haga ilusiones de ser propietario, pero Cletus sí.

Otra carta de la misma baraja: su hermano Wayne, ocho años menor que Cletus. Wayne y Cletus son como el día y la noche, según dice la gente. O dicho de otro modo, tan distintos como suelen ser el hijo mayor y el segundo.

Al ver a su madre sujetar la barbilla a Wayne mientras le hace una raya en el pelo con un peine húmedo, Cletus recuerda que a él le hacía lo mismo.

En el camino a casa desde el colegio ve nubes veloces surcando el cielo y el aire es cálido y húmedo. Wayne está sentado en las escaleras del porche cuando Cletus entra con su bicicleta en el patio. Ha deshecho una caja de fresas y está construyendo un avión con los trozos de madera fina. Al pasar a su lado Cletus se agacha e intenta quitárselo para arreglarlo, pero Wayne lo aparta bruscamente.

—Ha venido la tía Jenny —dice—. La han traído de la ciudad en coche. Y

para cenar hay tarta de fresas de postre.

Aparte de Jenny Evans, que es la hermana de su madre, Fern Smith no tiene parientes vivos. Su madre murió cuando ella tenía tres años y su padre se la encomendó a tía Jenny antes de marcharse al Oeste, donde encontró trabajo en un rancho ganadero en Wyoming. De cuando en cuando mandaba dinero, aunque nunca mucho. Pero ya ha muerto. Igual que Tom Evans, el marido de Jenny.

Al hacerse mayor la gente cada vez se parece más en carácter y aspecto, tanto que podrían llevar la misma vida. O casi. Encerrada en su pequeña casa frente al recinto ferial, la tía Jenny habla con el grifo de agua caliente que gotea y con el cajón de la cocina que suele atascarse. También canta, salmos normalmente, con su voz aflautada y temblona: «Esa vieja y agreste cruz», «Acaso estés abatido y triste» y «Cuán gloriosas han de ser las mansiones / donde los redimidos moran con el Señor...». Sin darse cuenta ha engordado, pero come tan poco que, aparte de morir de hambre, es poco lo que puede hacer por evitarlo. A veces trabaja como enfermera, y al volver a casa se sienta junto a la mesa de la cocina y pone los pies en remojo en un barreño de agua caliente con sales minerales Epsom. Cuando se mete en la cama y los muelles chirrían bajo su peso, suspira de placer por estar tumbada sobre un objeto que la entiende tan bien.

El rostro que sale y entra del pequeño espejo sin marco colgado sobre la pila de la cocina es el de una mujer mayor con pelos en la barbilla, que se quita los dientes por la noche para meterlos en un vaso de agua, que usa gafas bifocales que pueden hacerla precipitarse al vacío si no anda con cuidado. Está llena de miedos alimentados por las catástrofes que lee en el periódico. La puerta de delante y la de detrás se pasan el día y la noche con el cerrojo echado para que no entren niños malos, ni un hombre con un pañuelo tapándole media cara, ni la neumonía, ni la ruina. Aun así, tiene un carácter tan animado que la gente se alegra al verla venir por la calle y se paran a charlar con ella, aunque les hable de catástrofes. La tía Jenny suele acabar la conversación diciendo alegremente: «La vida no es un juego». ¿Qué persona sensata se atrevería a contradecirla?

Su casa es su gran logro. Contra todo pronóstico, ha conseguido conservarla. «Es muy poquita cosa», le gusta decir. «Y no hay mucho que ver.» No hay que presumir de lo que se tiene y menos delante de los poco afortunados. Como la hipoteca está pagada, no tiene que alquilar ninguna habitación. Todo

es suyo, incluyendo la catalpa desmochada que adorna la acera de la entrada, la leñera de atrás, la trampilla del sótano y la luz rota del porche. Incluyendo también las cortinas de malla blanca que se han puesto grises y ya están como para hacer trapos, la estera de linóleo de dos metros y medio por tres y medio que hay en la sala, con el dibujo completamente borrado en algunas zonas, los feos muebles de roble dorado idénticos a los que se pueden encontrar en cualquier tienda de segunda mano, las figurillas del caballero Galahad y la curruca, y el olor de la estufa de queroseno. Las dos habitaciones de arriba son calurosas en verano y le sale caro calentarlas en invierno, así que no las usa. La enorme cama de matrimonio que casi tapa la puerta de entrada da un aspecto extraño a la sala, pero ya no le importa lo que pueda pensar la gente. Ahí es donde piensa morir, en su propia casa, en esa misma cama.

Entre tanto, no está sola en el mundo. Desde el recinto ferial hasta el primer poste de la valla de la granja hay algo más de un kilómetro, y cuando la tía Jenny se pone triste, saca el abrigo y el sombrero y, pertrechada de un tarro de mermelada de uva o pepinillos en conserva, va a hacerles una visita. Procura no ir muy a menudo y se cuida mucho de no entrometerse entre marido y mujer. Bienaventurados los que trabajan por la paz... ¿porque de ellos es el reino de los cielos? ¿... porque ellos verán a Dios? No se acuerda bien. Tendría que mirarlo, pero siempre se le olvida abrir la Biblia por Mateo 5 para comprobarlo. Clarence es amable con ella; le lleva fruta y verdura que mete en conserva y le da para todo el año. Fern tiene la costumbre de dejarle a Wayne cuando va de compras. Y lo mismo hacía con Cletus cuando era pequeño.

—Ven a darle un beso a tu tía —dice ahora cuando Cletus aparece en la puerta—. Ya sé que no te gusta nada dar besos, pero por una vez tampoco te vas a morir.

—Va a llover —dice él, pero su madre no ha debido de oírle, o no habrá relacionado lo que ha dicho con el hecho de tener la ropa tendida.

El chico sube al piso de arriba, se quita la ropa del colegio y la cuelga en un gancho que ya está lleno de cosas. La habitación se va oscureciendo a medida que la tormenta avanza por la pradera.

Hasta en pleno invierno, el único calor que llega a esa habitación entra por la rejilla de ventilación del suelo, que también deja pasar las voces de la gente. Aunque Cletus oye la conversación del piso de abajo, consigue no enterarse de lo que dicen. Un ruido como el de alguien moviendo muebles

resulta ser el primer trueno, débil y aún lejano.

El agua de la jarra de porcelana viene de la cisterna, pero como es agua de lluvia, tiene el color del óxido. Llena la palangana y el agua se enturbia al instante con el jabón y la suciedad de sus manos. De la habitación de abajo le llegan las palabras «Por suerte, tengo testigos».

Entre otros, él. A ella, a su madre, le da la llorera por la noche. Las paredes son finas. Despierto en la cama, oye amenazas que no quiere creer y acusaciones que no entiende. Y envidia a la perra, que puede apoyar la cabeza sobre las patas y dormirse cuando no le gusta cómo van las cosas.

Al oír repiquetear la lluvia en el cristal de la ventana, Cletus se vuelve y mira hacia fuera. Las copas de los árboles se mecen con el viento. Tras el molino el cielo está verdoso, casi negro, y su madre y la tía Jenny, tapándose la cabeza con los abrigos, están llevándose las sábanas tendidas a toda prisa. El fogonazo de un relámpago hace palidecer toda la escena y luego se oye el grave estampido del trueno.

Cletus se enjabona las manos lentamente, ensimismado con una motocicleta que ha visto en el catálogo de los almacenes Sears Roebuck.

Igual que la tía Jenny tiene querencia por la granja, Victor Jensen, el peón de Clarence, se siente atraído por la ciudad. El Día de la Condecoración al rayar el alba se viste de punta en blanco y echa a andar carretera abajo. Lo mismo hace el 4 de julio y el Día del Trabajador. Aunque la gente sabe dónde va, nadie hace el menor esfuerzo por impedirselo. Es su recompensa por no tener dueño ni ser dueño de nadie. A la hora de ordeñar aún no ha vuelto, y entonces se sabe que no va a volver. Por la mañana, cuando van a su habitación en el establo, ven que no ha dormido en su cama. Varios vecinos dicen haberlo visto en la ciudad: durante el desfile, en la plaza del juzgado o en el concierto de la banda municipal, tambaleándose. Dos días después, un carronato sube por la carretera y se detiene. Cletus sale a la puerta y Lloyd Wilson le dice:

—Acabo de ver a Victor en la carretera. Viene hacia aquí y he intentado traérmelo en el carro, pero no ha querido. Pensé que os gustaría saberlo.

Cletus y su padre salen en busca del peón, lo encuentran tirado en una zanja a unos cuatrocientos metros de la casa y lo meten en la cama de su

habitación, en el establo. Salvo porque el aliento le apesta a alcohol y tiene la ropa manchada de vómito seco, es como desnudar a un niño. Al día siguiente se levanta a tiempo de hacer su trabajo, pero está pálido como un muerto y le tiemblan las manos. Nadie saca el tema de su desaparición y él no pide disculpas, aunque está taciturno. Como si hubiese ido a la ciudad por obligación, sin ser en absoluto responsable de lo que vino a continuación.

Otra carta de la baraja: cuando Cletus entra en el establo, los gatos salen corriendo a saludarlo. Su padre ya está ordeñando a Flossie, mientras Victor ordeña a la vaca nueva.

—Siento llegar tarde —dice Cletus.

Va a buscar un cubo de leche y una banqueta, se sienta junto a Old Bess, y ahí están los tres, haciendo *chis-chis* casi al mismo ritmo. Cletus no tiene la maña de su padre, pero es que a su padre no le gana nadie. Cuando tenía su edad ya ordeñaba quince vacas por la mañana y por la noche. El nivel de la leche va subiendo lentamente en cada cubo y Old Bess se las ingenia para meterle el rabo en el ojo, como siempre.

—¿No te había dicho que vinieras a casa al salir del colegio?

—La maestra me ha hecho quedarme.

—¿Te has portado mal?

—He tenido que hacer un examen de matemáticas. Lo había suspendido la primera vez.

—No te mando al colegio para que suspendas.

—Ya lo sé.

A Cletus no le importaría nada dejar de ir al colegio. Lo que le importa es lo que pasa en la granja. Le da rabia crecer tan despacio. Cuando sea mayor no habrá nada que su padre sepa hacer y él no.

Está sentado a la mesa de la cocina, con la cabeza inclinada sobre el libro de matemáticas. Cada poco tiempo se mete la punta del lápiz en la boca, para que los números le salgan negros en vez de grises. La negrura de la noche también tiñe los cristales de las ventanas, pero todos están tan acostumbrados que no se fijan.

—Tengo que irme a casa —dice el señor Wilson, pero se queda.

Sin contar las tareas domésticas, la granja entera está paralizada. Una gruesa

capa de nieve cubre el suelo, formando ventisqueros allí donde encuentra algún obstáculo. Los postes de la verja y la compuerta del pozo también están cubiertos y hay ristas de carámbanos en los canalones del tejado.

Su padre y el señor Wilson están hablando de ciertas ventajas del trébol y la alfalfa como cultivos de entretiempo. A Cletus le gustaría seguir la conversación, pero tiene doce ejercicios y de momento sólo lleva la mitad.

—¿Cuánto es nueve por siete? —pregunta a su madre, que le contesta y luego apoya la barbilla sobre los rizos de Wayne y dice sólo dos palabras—: A dormir.

Wayne quiere que Cletus suba con él.

—¿Por qué será tan miedica? Si arriba no hay nada malo...

—Anda, sé bueno y sube con él. A ti también te daba miedo la oscuridad de pequeño. Lo que pasa es que no te acuerdas.

Cletus cierra el libro y se levanta de la mesa, aunque no ha acabado sus deberes y es probable que la maestra se enfade con él.

Pero resultó que la maestra no se enfadó con él. Sabe que es un buen chico y que se esfuerza todo lo que puede.

La lluvia tamborilea sobre el techo de hojalata de la caseta pegada a la cocina, que es donde está el separador y donde la madre de Cletus les hace quitarse los zapatos de faena para que no llenen la casa de barro y estiércol. Atándose los cordones de los zapatos, Cletus sale corriendo de la caseta con la perra pisándole los talones. Al llegar a las cuadras tiene el pelo pegado a la cabeza y la camisa pegada a la espalda. La perra se acurruca contra él y luego se sacude el agua.

—Gracias. ¿Qué te parece si te hago lo mismo yo a ti?

Pero no se ha enfadado en serio y ella no parece tener remordimientos. Los dos saben que hace esas cosas porque es una perra. En el establo no hace frío ni hay humedad, y a Cletus se le pasa la tiritona enseguida. Limpia las cuadras, pone heno fresco a los caballos y llena los cubos de agua mientras disfruta viendo la lluvia caer en los campos arados al fondo por la puerta abierta.

Por la noche da un codazo a Wayne y le dice:

—Muévete, que me vas a tirar de la cama.

A veces Cletus habla dormido. Pero los hermanos suelen dormir como troncos, aunque la cama no sea precisamente grande. El viento del norte que sopla por los rincones de la casa hace su sueño aún más profundo.

Al ponerse una camisa blanca para ir a misa, Clarence Smith descubre que Fern no le ha lavado los sobrecuellos. Y se enfada con ella. Él tiene sus obligaciones y ella las suyas, una de las cuales es que él tenga ropa limpia que ponerse.

En la pequeña iglesia rural se apiñan sus vecinos, todos con sobrecuellos limpios. El comienzo del salmo los hace ponerse en pie y sumar el tosco sonsonete de sus voces al resuello del pequeño órgano. Desde que el cura dijo que el sentido de la parábola es misterioso y requiere una explicación, no tienen más remedio que creerlo. Conocen los detalles —la Última Cena, la oveja descarriada, la vid yerma, el criado traidor, el sembrador y la semilla sembrada en secreto— y los entienden. Sobre la bóveda transparente bajo la que viven y trabajan hay otra aún más grandiosa, donde morarán en mansiones dispuestas para recibirlos cuando hayan dejado de ser campesinos para siempre.

Lo que Clarence Smith ve al salir de misa y ayudar a Fern a subir al asiento delantero del carromato es a una mujer que a ojos de Dios es su legítima esposa y le debe amor, honor y obediencia. Los demás, a los que no les va la vida en ello, ven en ella un halo de tristeza, como si viviera demasiado anclada en el pasado o esperase de la vida más de lo razonable.

6. La historia de Lloyd Wilson

Pese a tener hermanos con los que se llevaba bien, cuando se sentía solo o le agobiaba algún asunto acudía al adusto hombre de la granja vecina. Después de doce años le costaba creer que alguna vez hubo un tiempo en que Clarence y él no fueron amigos. De noche, en la inmensa negrura que rodeaba su casa, la única luz que se veía era la de los Smith.

Recordaba bien el día en que llegaron. Era un día frío, lluvioso y con viento, en pleno mes de marzo. Estaba arando un tramo cerca de la carretera cuando vio una carreta desconocida y cargada hasta arriba entrando por el sendero de la granja del coronel Dowling. Soltó las riendas del caballo y echó a andar campo a través. Cuando llegó a la casa, la puerta estaba abierta de par en par, pero los vecinos recién llegados seguían fuera, mirando a su alrededor para ver dónde estaban. Eran un hombre algo más bajo de lo normal y una mujer joven con un niño muy pequeño en los brazos. Llevaban viajando desde el amanecer. Saltaba a la vista que ninguno de los dos había cumplido los treinta, pero el hombre ya tenía arrugas en la frente y alrededor de los ojos. Tenía la voz grave y si podía indicar algo con un gesto en vez de hablar, lo prefería. A Lloyd Wilson le llamó la atención lo indefenso que parecía.

Diciendo «Así... así... ahora hacia ti... un poco más... más... un poco más», los dos hombres subieron un pesado armario por las escaleras y lo lograron meter por el estrecho umbral de una puerta. No había que ser muy perspicaz para ver que la mujer esperaba algo mejor y que el hombre la trataba con paciencia. Ella no parecía saber por dónde empezar. «Una mujer de ciudad», pensó Wilson. Y entonces, al fijarse en lo pequeñas que tenía las muñecas, le dijo:

—Espere, señora, déjeme a mí. Pesa mucho para una mujer.

Mientras acarreaba los muebles y la loza del matrimonio, cajas y cajas de objetos que no habían sido capaces de desechar, ese primer día descubrió cosas que habría tardado años en averiguar en circunstancias normales. Acariciando con la punta del dedo índice la tripa del niño, esbozó una sonrisa.

—Yo tengo dos —dijo, volviéndose.

Al cruzarse con la mujer, que miraba con desesperación una cocina en la que no había absolutamente nada, ni siquiera un fogón, dijo:

—Mi mujer os espera a cenar, vecinos.

No era verdad, pero eso era lo de menos. Además, ellos sabían que no podía estarles esperando, porque nadie sabía de su llegada. Mientras comían, Fern se fue a la mecedora de la sala para dar de mamar al niño. Al acabar, Wilson acompañó a los recién llegados a su casa y esperó a que encendieran las lámparas.

En el registro público del condado, las veinticinco hectáreas que cultivaba Lloyd Wilson figuraban a nombre de la señora Mildred Stroud. A él no le molestaba, o al menos no le preocupaba demasiado, que las vacas fueran suyas pero la hierba que pastaban no. El arriendo que pagaba por los campos no era descabellado. Su padre le había precedido como arrendatario de la granja, ahorrando durante años para poder retirarse a la ciudad cuando le fallara la salud y tuviera que abandonar el campo.

La señora Stroud era una mujer de cincuenta y pocos años con dos hijas solteras que aún vivían con su madre, pero sin estar al tanto de sus negocios, como ella ignoró los de su marido hasta su repentino fallecimiento, cuando el presidente del banco empezó a explicarle las cosas. Al principio usaba un lenguaje infantil, pero tardó poco en abandonarlo. Siempre había desconfiado de las mujeres a la hora de hacer negocios, pero aquélla era cualquier cosa menos tonta y las preguntas que le hacía eran precisamente las que hubiera preferido no contestar. No era de las que se dejan engañar. Y tampoco se le escapaban los errores bienintencionados. Como suele suceder a las personas muy listas, la señora Stroud infravaloraba la inteligencia ajena. Podría haberse vuelto a casar, pero prefirió no hacerlo para no tener que rendir cuentas de lo que hacía con su dinero.

Solía dejarse caer por la granja sin avisar a su arrendatario. De haberse anunciado, ¿qué sentido tendría la visita? Cuando arremetía contra Lloyd Wilson por alguna negligencia, él se aclaraba la garganta y se humedecía los labios, como si fuera a discutir con ella, pero al final se alejaba como si acabara de fijarse en algo a pocos metros a su derecha o izquierda. En otras ocasiones comparecía gorra en mano y con una cortesía tan exagerada que casi parecía una burla, pero ella fingía no darse cuenta. Sabía, porque se había tomado la molestia de averiguarlo, todo sobre él, como que si no recogía su maíz a tiempo era probable que estuviera sembrándole la cosecha a algún

vecino impedido por una enfermedad u otro motivo. Ella podría haberse regodeado en ese asunto, pero nunca lo hizo. Al final su siembra siempre estaba a tiempo, de modo que no llegaba a perder dinero. Pero a ella lo que le molestaba era el fondo de la cuestión. Como arrendatario suyo que era, Wilson se debía a ella antes que a nadie. Si llegaba a hartarse de sus métodos, podía pedirle que se marchara y buscarse otro arrendatario, pero ambos sabían que eso no parecía inminente.

El secreto que Mildred Stroud siempre le ocultó, siendo plenamente consciente de ello, era que lo encontraba físicamente atractivo. Pero tenía quince años más que él, y, sabiendo lo crueles que podían ser las malas lenguas de Lincoln, prefirió no darles pie. En cualquier caso, el asunto era impensable.

Un día mientras mordisqueaba una brizna de hierba —cuando Clarence y él aún eran amigos y podía decir lo que se le pasara por la cabeza sin exponerse al cotilleo ni a la incompreensión—, Wilson aseguró que «Una buena esposa es una mujer que siempre está cansada, se queja de lo mucho que le duele la espalda y la cabeza, y se aparta de su marido en la cama porque no quiere tener más hijos». Y Clarence dio por hecho que no se refería a una buena esposa cualquiera.

Lo que Lloyd Wilson no dijo (porque no se podía hacer nada para remediarlo, ni quería incordiar a Clarence con sus historias, por llamarlas de alguna manera) fue que ya no era capaz de sentir lo que había sentido al principio. Era plenamente consciente de las virtudes de su esposa. Trabajaba como una esclava mañana y noche, cumpliendo con todas sus obligaciones. Era una buena madre. De eso no había ninguna duda. A veces pensaba que estaban demasiado acostumbrados uno al otro. Sabía lo que ella pensaba de la mayoría de las cosas y casi siempre adivinaba lo que iba a decir. Su relación no era muy distinta de la de dos hermanos, excepto por los celos de ella. Si se le ocurría mirar a otra mujer, se comportaba como si hubiera hecho algo imperdonable. En un par de ocasiones le entró tal indignación que subió a su cuarto y se puso a hacer las maletas. Él sabía que todo intento de convencerla sería inútil y no la haría cambiar de opinión. Si se empeñaba en abandonarlo, no podría impedirlo. Pero nunca llegaba a irse, sólo lo amenazaba. «Ninguna de esas mujeres me importa nada», decía él. Y ella, tapándose la cara,

contestaba: «Lo malo es que yo tampoco».

Wilson no sabía si habría llegado a la misma conclusión por su cuenta, sin que ella le avergonzara al decirlo tan claramente. Lo que sí sabía es que prefería que no lo hubiera dicho. Estaba dispuesto a mantenerla y tratarla con respeto, pero no era capaz de aparentar ese sentimiento que la habría hecho feliz.

Entre estas crisis vivían como cualquier otro matrimonio. Por el tono de voz de ella al decir «Voy a poner la comida en la mesa, Lloyd», o de él al pedirle «Pásame la sal y la pimienta, por favor», nadie diría que tenían algún problema.

Él se preguntaba si a los demás maridos les pasaría lo mismo con sus esposas o si era cosa suya. Iba a cumplir cuarenta años y últimamente le parecía que había vivido mucho y que casi todo lo que podía pasarle le había pasado ya.

Al caer la noche acababa de trabajar, subía la cuesta y se apoyaba en un poste del establo, donde soltaba una cascada de palabras que el silencioso Clarence oía de espaldas. Cuando Clarence y Victor llevaban la leche a la caseta que había tras la cocina, donde estaba el separador, él se iba detrás. Y de ahí a la cocina. Cualquier cosa con tal de no volver a casa. A veces se decía a sí mismo que no debía ir tanto a la granja de los Smith. Temía acabar molestándoles, pero no conseguía dejar de ir. Una noche, sentado en su cocina, intentó explicarles lo mucho que significaba su amistad, pero le entró la vergüenza y no supo seguir, pues cualquier cosa que dijera sería inferior a sus sentimientos.

—No hace falta decírnoslo —terció Fern con una sonrisa—. Además, tú no eres el único que se encariña con la gente —añadió, cambiando enseguida de tema.

Él se arrellanó en su silla, tan contento de haberse atrevido a hablar como de que ella le hubiera impedido seguir. Pero también supo ver que Fern no lo había dicho por puro compromiso. Los tenía a los dos sentados enfrente, como si les hubiese asegurado (no lo había hecho, aunque era cierto) que no esperaba de ellos nada distinto de lo que ya eran. Pero todo se vio irrevocablemente alterado cuando él sufrió un cambio tan inesperado que fue como si se hubiera producido sin que él se diera cuenta. Y a partir de entonces ya no pudo comportarse delante de ellos con naturalidad.

Decía en voz baja (pero ansioso de hacerse oír): *Clarence, no deberías fiarte*

de mí... casi esperando que Clarence contestara: *¿Por qué no?* En caso de recibir respuesta habría dicho: *Porque llevo toda mi vida viéndome como un extraño.*

De sí mismo odiaba su debilidad y falta de voluntad, por mucho que intentara dominar unos sentimientos que sabía que no debía tener. Una y otra vez creía haberlos vencido, pero siempre resultaba no ser así. Se le ocurrían constantes pretextos para dejarse caer por los establos (donde ella no estaría, así que no habría peligro) o por la casa (donde sí que estaría). Tras rechazar los primeros cuatro pretextos, acababa usando el quinto precipitadamente. Era como si los pies lo llevaran hasta allí sin su consentimiento. Para eso, podía haber cedido desde el primer momento.

En busca de una pista sobre los sentimientos de ella, escuchaba atentamente su tono de voz cuando hablaba con sus hijos o con Clarence. Aprendió a distinguir si estaba deprimida. También sabía que, como casi todos los casados, ella y Clarence discutían a veces. ¿Serían imaginaciones suyas o efectivamente se llevaban mejor y parecían más contentos cuando estaba él delante?

Si hacía lo que sabía que debería hacer, que era no volver por allí, Clarence se preguntaría por qué. Y ella también. La sola idea de que Fern pensara en él, por el motivo que fuera, le gustaba mucho. Él se pasaba el día entero pensando en ella. Las vacas notaban que casi no sabía ni lo que hacía y volvían la cabeza hasta toparse con el yugo, mirándolo con gesto serio.

Él suspiraba y al instante volvía a suspirar... unos largos suspiros que parecían venir de lo más profundo de su ser. Si pudiera escapar de semejante trance, de esa impresión de que sólo le esperaba más de lo mismo...

Pero era prudente. No hacía ni el menor comentario sin haberlo ensayado de antemano. Y cambiaba constantemente la expresión de su rostro, por temor a que fuese inapropiada y lo pudiese delatar. También evitaba que le diera mucha luz, como la de la lámpara que había encima de la mesa de la cocina. A veces notaba una repentina debilidad, sus piernas cedían y tenía que buscar un sitio donde sentarse, pero eso era fácil de disimular. Lo que más le preocupaba era su voz. Le sonaba falsa, completamente distinta de la suya.

Su esposa bostezó y volvió a bostezar al cabo de un minuto, mientras cerraba su canastilla y guardaba su labor de costura.

—Fíjate, está nevando —dijo.

Poniéndose en pie, se fue hacia el dormitorio, pero él se quedó mirando la nieve, que caía en grandes copos algodonosos.

—¿No vienes, Lloyd?

Él giró la mecha hasta que la llama chisporroteó y se apagó. Después entró en la habitación contigua y, sentado al borde de la cama, empezó a desvestirse. *Mientras no sepa lo que siento por ella...*

Y le besó los párpados.

—¿Y por qué ibas a querer hacer una cosa así? —preguntó Clarence.

—Pues porque son tierras baratas, para empezar. Podría tener una granja propia y cultivar lo que me diera la gana, sin tener que compartir mis ganancias con nadie.

—Ni las pérdidas, cuando tengas un mal año. Llevas toda tu vida en la granja Stroud. Es como tu casa. Conoces a todos los vecinos en muchos kilómetros a la redonda, y la gente sabe quién eres. Si se te tuercen las cosas, te ayudarán.

—Eso es verdad —dijo Lloyd Wilson con voz adusta.

Sabía que si Clarence no había dicho «te ayudaremos» era porque no necesitaba recordarle lo agradecido que le estaba.

—Vete a saber cómo se vivirá en Iowa. Puede que te topes con buena gente, pero puede que no.

Lo que estaba pensando Fern no había forma de saberlo. Tal vez nada. O quizá le pareciera mal su amistad con Clarence y se alegrara de que se marchara.

Fern estaba de pie ante la pila de la cocina, con un delantal puesto, lavando los platos de la cena en un barreño de agua caliente. Había puesto el quinqué en un estante que le quedaba encima de la cabeza y la luz le daba en la nuca, ese lugar que en las mujeres y los niños parece expresar su vulnerabilidad. Al ver los suaves mechones rubios que se le habían soltado de la peineta, Wilson pensó en todas aquellas personas cuya religión les había perturbado la mente de tal manera que se habían arrodillado para dejarse cortar la cabeza. En ese momento sintió el pecho tan rebotante de amor por ella que perdió el hilo de lo que Clarence estaba diciendo.

En la carreta, de camino a la ciudad, Clarence le dijo:

—Fern está de un humor de perros esta mañana.

—¿Sí? —respondió él, intentando mostrar el mismo interés que si le hubiera dicho que tenía que cambiar una pieza de la máquina abonadora.

—Ojalá supiera qué demonios le pasa.

—No será nada. Puede que esté cansada o no se encuentre bien.

—Puede.

—Y te diré que no creo que sea la única mujer de Logan County que se ha levantado de un humor de perros esta mañana.

—A veces cuesta tenerla contenta —dijo Clarence.

La conversación se acabó ahí, pero Wilson empezó a abrigar ciertas esperanzas por primera vez.

Abriéndose la bragueta del calzoncillo, Wilson lanzó un chorro de orina que trazó un arco antes de caer sobre la tierra helada. El líquido brillaba a la luz de la luna. Como estaba bajo la sombra del tejado del porche, si alguien pasaba en un carro no le vería, aunque... ¿quién iba a pasar por allí antes del amanecer? Con una rodilla doblada y el pie apoyado en la barandilla del porche, se quedó escudriñando la oscuridad, donde sabía que estaba ella. Pasó un minuto, y luego otro. Cantó el primer gallo, aunque la luz del este aún no había cambiado. A sus espaldas oyó una voz de mujer que le dijo:

—Lloyd, ¿se puede saber qué haces ahí fuera?

Y Wilson se volvió y entró en casa.

Había creído que su secreto estaba a salvo, hasta que un día entró en la cocina y preguntó: «¿Dónde está Clarence?» y ella le contestó fríamente: «¿Por qué finges que sigue habiendo una amistad si ya no nos quieres como antes?».

Él se quedó sin habla y luego empezó a defenderse, pero se calló en mitad de una frase. Si no decía de una vez lo que llevaba en el corazón, se metería en algún oscuro agujero para dejarse morir. Su vida no tendría ningún sentido...

Y le salió de golpe. Todo. A borbotones. Estaba convencido de que ella lo echaría de casa, pero lo miró igual que a sus hijos cuando cogían un berrinche, como seres humanos con derecho a expresar sus sentimientos, fueran cuales fuesen. Cuando la tomó entre sus brazos para besarla, no se

entregó, pero tampoco lo rechazó.

Su instinto le dijo que aquello iba a acabar mal.

Pasaron una semana evitándose uno al otro, pero el azar les hacía toparse constantemente, siempre sin testigos. Cada vez que les sucedía, se apartaban sin decir una sola palabra, sin rozarse siquiera. Pero se iban dejando llevar. Wilson sabía que debería tener remordimientos, pero no los tenía. Pese a todo, se compadecía de su amigo, el mejor que había tenido jamás. Era como si Clarence hubiera sufrido un grave percance.

En su vida se había sentido tan desbordado por semejante torrente de sentimientos. Tumbada de espaldas en el lado opuesto de la cama, su esposa quizá supiera que estaba despierto, pero no parecía darse por enterada. Apaciguado por el sonido de su respiración, encendió una cerilla y miró la hora. Era la primera vez en su vida que no se dormía en cuanto ponía la cabeza sobre la almohada. Ahora iban pasando las horas sin que notara ninguna necesidad de dormir. Se sentía como un recién nacido.

Pasó un rato tumbado de lado y luego se volvió, procurando no moverse mucho en la cama. Las cosas podían haber sido distintas, si se hubieran conocido de jóvenes, antes de aparecer Clarence, entonces... Cambió de postura una vez más. Tenía la costumbre de acudir a su padre cuando se enfrentaba a un problema que le superaba. Por eso fue a su padre y le dijo: *¿Qué puedo hacer?* Y su padre le contestó: *No saltes la barrera hasta que lo veas claro.* Un buen consejo, pero ¿y si no lo veía claro? Su padre no parecía dispuesto a darle una respuesta. Pero sabía que si su padre le hubiera dado una solución, no le habría hecho caso. Se dio la vuelta una vez más, poniéndose boca arriba, y la gratitud se transformó en lágrimas que le mojaron las mejillas, recorriéndole las orejas y la incipiente barba que le cubría la mandíbula, hasta acabar empapando la funda de la almohada, que olía a sol radiante...

Sonó el despertador, pero el timbre se acabó apagando sin que él se moviera. El sueño, cuando al fin llegó, pudo con él. Su esposa lo sacudió para despertarlo y creyó haberle contestado cuando tan sólo se había sentado encima de la cama, buscando las cerillas para encender la lámpara y vestirse. Al ir a la cocina para avivar las brasas del fogón cayó en la cuenta, súbitamente, de lo aislados que iban a estar a partir de ese momento. Y teniendo que mentir.

La cosa no tenía remedio. No quería dejar de quererla. Era así de sencillo. Y

con el farol en la mano se adentró en la oscuridad como todas las mañanas... hasta la última mañana de su vida.

Clarence y el peón se pusieron a llevar los cubos llenos de leche a la caseta donde estaba el separador y al ver que Wilson no les seguía, Clarence se volvió y le dijo:

—¿No vienes?

—Esta noche no —dijo, pero no le dejaron poner excusas.

Llevaba el recuerdo de su encuentro amoroso como una venda en la frente, día y noche.

Esperaba a que ella le dijera dónde y cuándo se iban a encontrar. Y le maravillaban los pretextos que se le ocurrían para poder verle. Fuera cual fuera la patraña, siempre funcionaba. Y cuando no había patraña, salía igual de bien. Él pensaba: *Si Clarence viene del campo de repente y ella no está en casa, raro sería que no se preguntara dónde está o saliera a buscarnos...*, lo que no le impedía pensar también: *No podemos seguir haciéndole esto. No se lo merece.*

Al pasar la brida sobre el morro del caballo pensó si no serían ya la comidilla de los vecinos.

—He pillado a Cletus mirándonos.

—¿Y cómo nos mira?

—Como si fuéramos dos extraños.

—Imaginaciones tuyas —decía ella, dándole un beso.

Él se encontraba en el bolsillo notas que ella le metía sin que se diera cuenta, y que Marie podía haberse encontrado cuando juntaba la ropa el día que le tocaba hacer la colada. ¿Habría alguna que no hubiese descubierto a tiempo?

Suponía que su esposa le diría algo, pero no fue así.

Tenía pensado decir a Fern que tuviese cuidado con las notas, pero se le olvidó.

Parecía tener una capacidad infinita para la falsedad, el engaño y la sonrisa fingida, pero acabó metiendo la pata. Un día, cuando iba del establo a casa,

Clarence le puso el brazo encima del hombro y, sin poder contenerse, se apartó para evitar el contacto físico. Y también para evitar corresponder al gesto de cariño, lo que supondría contárselo todo a Clarence y quitarse el asunto de encima de una vez. Cuando la cosa ya no tenía solución, se arrepintió de no haberlo hecho.

7. Criaturas inocentes (más o menos)

—Lloyd está ido.

Era la primera vez que Cletus oía esa expresión, que debía querer decir algo distinto de lo que parecía.

—¿Qué le pasa? —preguntó su madre.

—No tengo la menor idea —dijo su padre.

Ella no le creyó ni por un instante; los gestos, la voz, la mirada, todo lo delataba. Clarence sospechaba de ellos. Hasta qué punto... era imposible decirlo. Algo sabía. Cualquiera otro hombre habría sacado el tema sin rodeos. Mientras él fingiera no saber nada, ella estaba atada de manos. Quizá fuese su estrategia.

Fern se pasó dos días observándolo. El tercer día por la mañana él le preguntó si quedaba algo de café y ella le dijo con tono acusador:

—¡A mí no me engañas! Sé que lo sabes.

Cuando resultó que Fern se había equivocado y que él no sabía nada, ya no pudo tragarse sus palabras. Fue como si de pronto se abriese un boquete a sus pies y los dos cayeran en él.

Sobre el espejo de la barbería hay un cartel de colores, enmarcado, donde se ve a una mujer con un copete. Su generoso pecho emerge de un nenúfar. Entre sus elegantes dedos sostiene un cuentagotas y recomienda colirio Murine para los ojos. En la pared de enfrente, una larga ristra de calendarios del año 1921. En el linóleo del suelo, mechones de pelo castaño liso. Apenas un minuto antes, pertenecían a Cletus Smith. Ahora esperan a la escoba. El reloj de la pared dice que son las dos y diecisiete minutos (tictac, tictac) y el aire aún huele a bálsamo de laurel. Sentado en la silla de la barbería, con la cabeza echada hacia delante de manera que la barbilla reposa sobre la clavícula, Cletus sólo ve de refilón. En el vidrio esmerilado de la ventana ve aparecer una sombra que desaparece bruscamente.

Alzando la maquinilla por los aires, el barbero señala hacia la acera, donde ya no hay nadie.

—¿Ése no es amigo tuyo?

La pregunta no va dirigida a Cletus, sino a su padre, que espera su turno bajo la ristra de calendarios. El barbero no se ofende al no recibir respuesta. Si hacemos una pregunta indiscreta y nos responden, descubrimos algo que no sabíamos hasta entonces, pero si nos ignoran, basta con saber esperar para descubrir la respuesta. Ya no son amigos, se dijo el barbero. Y después alzó las cejas ante lo que estaba viendo en el espejo: el chico se había puesto rojo de vergüenza.

Sentado al volante de la cosechadora, Lloyd Wilson recorría el campo próximo a la carretera, pero no levantó la cabeza cuando Clarence pasó a su lado en la carreta con Cletus sentado a su lado.

En una ocasión se habían encontrado cara a cara, por casualidad, junto a los buzones, y a partir de entonces se cuidaron mucho de volver a encontrarse. Aunque ya no se dirigían la palabra, no podían evitar verse de lejos en el campo. Y de noche las ventanas iluminadas de sus respectivas casas, antes tan acogedoras, ahora les atormentaban al recordarles la enorme cantidad de cosas que habían dejado de ser como eran.

Fred Wilson acabó de leer el periódico de la tarde y se quitó las gafas para frotarse los ojos. Por un instante pudo apreciarse un evidente parecido familiar.

—Bueno, pues mañana será otro día —dijo, poniéndose en pie.

—Que duermas bien, tío Fred —dijo Marie Wilson.

—Si no duermo bien, la culpa será toda mía —dijo alegremente mientras se encaminaba hacia su habitación, que estaba al fondo de la cocina.

Los niños dieron las buenas noches primero a su madre, después a su padre, y subieron a meterse en la cama. Sólo se oía el tictac del reloj, que unas veces parecía sonar más alto que otras. Un leño se desmoronó en la chimenea. Lloyd Wilson sabía perfectamente que el silencio de la habitación no era normal y se preparó para lo que pudiera venir. Su esposa enrolló el calcetín que acababa de zurcir y dijo:

—¿Os ha pasado algo a Clarence y a ti?

—No.

—¿No habéis discutido?

—No.

—Entonces, ¿qué pasa?

—No lo sé.

—¿Lo que no sabes es cómo decírmelo?

Wilson era incapaz de mentir. A los demás sí, pero a ella no.

—Sí, supongo que es eso —dijo, hablando muy despacio.

Al mirarla vio que tenía la cara roja y los ojos llenos de lágrimas.

—Nos hemos... —empezó a decir.

—Si es lo que pienso, no quiero oírlo.

—El caso es que no...

—Te he dicho que no quiero oírlo.

—... no hemos podido evitarlo.

—Y esa explicación os deja a los dos muy tranquilos, por supuesto. Pero no me pidas que me crea eso también. Hasta aquí hemos llegado tú y yo.

Lloyd no acabó de entender lo que había querido decir con eso, pero no parecía el momento más adecuado para preguntárselo. Sus miradas se cruzaron y él procuró que la suya no se quebrara. Cuando la llevó al altar jamás pensó que acabaría con esa cara avinagrada, ni con ese hueco negro donde se le había caído un diente. Pero ella tampoco lo imaginaba, pensó tristemente.

Pasaron varios días y cuando ya empezaba a pensar que Marie no había querido decir nada serio esa noche y que todo seguía igual que siempre, su esposa le dijo que se iba a la ciudad, a casa de su hermana, y se llevaba a los niños.

Lloyd dijo lo primero que se le pasó por la cabeza, que fue:

—Si no te llevas bien con ella.

—Ya lo sé. Pero me lo ha ofrecido ella. Somos sangre de su sangre.

Arrellanado en su silla, escuchó las palabras con las que ella iba aniquilando toda su vida conyugal. No le discutió nada, ni negó ninguna de sus afirmaciones. Al final, cuando ya no quedaba nada que decir, ella cogió la lámpara y entró en la habitación contigua. Él la siguió y los dos se desvistieron y se metieron en la cama como si tal cosa. Al cabo de un rato, Lloyd dijo en medio de la oscuridad:

—Puedes llevarte a las niñas, pero no a los niños.

No hubo respuesta desde el otro lado de la cama.

Lloyd sabía que, pese a todo, podría hacerle cambiar de opinión, pero si lo hacía...

—Jamás en mi vida he sido feliz —dijo—. Y no pienso renunciar a serlo.

Como en la carreta no les cabía todo, sólo se llevaron las cosas del niño y lo indispensable para pasar la noche, dejando unas maletas desvencijadas y un viejo baúl de cuero para que él se los llevara al día siguiente. Nadie abrió la boca hasta que llegaron a la ciudad. Cuando Lloyd tiró de las riendas, las niñas ya estaban listas y saltaron una tras otra del estribo de metal. Una vez abajo, Hazel esperó a que su madre le pasara el niño desde el carro.

—Portaos bien —les dijo, pero les asustaba tanto todo aquello que ni siquiera se volvieron para sonreírle.

Esperó a verlas entrar en la casa y entonces chasqueó el látigo. No pensaba que las cosas fueran a llegar tan lejos, y tampoco se había planteado lo que podía suceder a partir de aquel momento. Al llegar a la granja, sin saber bien por qué, se puso de mejor humor. Tal vez porque, al librarse por fin del asunto que pesaba sobre ellos como una losa, el aire parecía más puro.

Fred nunca hacía preguntas. Los niños no entendían por qué se había ido su madre, y como él no sabía lo que ella les había contado, les dijo que cenaran sin armar barullo. Por la noche oyó llorar a Orville, así que se levantó y lo metió en su cama, donde se quedó dormido al instante. Pero a partir de ese día les dejaba llorar hasta que les entraba sueño, pensando que así se les pasaría antes.

Quería hacer de padre y madre a la vez, cosa que no era fácil. El sábado por la noche ponía la bañera en mitad de la cocina, la llenaba de agua que había calentado al fuego y los metía dentro. Les lavaba los hombros huesudos echándoles agua con jabón por encima, como había visto hacer a su madre, y les miraba las orejas para ver si las tenían sucias, pero como tenía las manos ásperas y era más torpe que ella, Dean lo miró enfurruñado y gritó:

—¡Me haces daño!

—Pues hazlo tú solo —le contestó.

Pero antes muerto que dejar que se fueran a la ciudad y crecieran sin saber usar un hacha ni arar un surco recto.

Sabía de una viuda que vivía cerca de Harmon Springs con unos familiares porque no tenía medios propios. Quizá fuese algo mayor para encargarse de

unos niños, pero si metía en casa a una mujer joven, daría que hablar.

—Me lo pensaré —le dijo ella al saber por qué había ido a verla.

Pero no se lo pensó mucho. Cuando Lloyd ya estaba subiéndose al carronato, la puerta de la casa se abrió de golpe y la mujer le pidió que esperase mientras recogía lo poco que tenía. Al montarse a su lado en el asiento, le dijo:

—Llámeme «Señora B», que es como me llama la gente.

«La gente» eran los pocos vecinos de Harmon Springs, obviamente.

Como tenía cataratas en los dos ojos y se mareaba al agacharse para pasar la escoba por los rincones oscuros, la viuda se ocupaba poco del polvo que entraba al arar el campo y no parecía darse cuenta de que los cazos y sartenes habían acumulado una buena capa de grasa. Lo que le gustaba era el palique, con cualquiera, con tal de que la escuchara.

—Dígame si eso se lo he contado ya, porque no me gusta repetirme —decía, pero era imposible decirle nada, porque nadie conseguía meter baza.

Se alegraba de no tener que vivir de unos primos lejanos que fruncían el ceño si pedía una segunda ración de pollo con salsa, pero los días se le hacían largos y le habría gustado tener más trato con los vecinos. Muchos la tomaban por una campesina cualquiera, pero su familia había aportado un congresista y un juez al estado de Tennessee.

—Una familia así es para estar orgullosa, señora —decía Lloyd Wilson de camino a la puerta.

Por mucho que lo intentara, la viuda nunca estaba enterada de las idas y venidas de su patrón. Cuando pensaba que por fin se iba a quedar en casa tranquilamente y que así podría contarle todo lo que se había estado callando, él se ponía la chaqueta y salía por la puerta. A saber qué se le había perdido fuera de casa, pensaba ella, con lo oscuro que estaba y teniendo hecha la labor del día.

—A ver —les decía a los niños mientras les perseguía con una toalla húmeda—. Si queréis ser tan fuertes y grandullones como vuestro padre, no podéis tenerle miedo al jabón.

Pero hacer preguntas no es ningún crimen, sobre todo si se hacen dando rodeos, y gracias a las reacias respuestas de Fred Wilson, la viuda tardó poco en atar cabos. También preguntaba a los niños por su madre, diciendo con voz remilgada:

—Espero tener el placer de conocerla algún día.

Los niños no le tenían demasiada simpatía, pero como era una mujer y llevaba faldas, a veces se acurrucaban a su lado, en un acto reflejo, cuando echaban de menos a su madre. Eran buenos chicos que acudían cuando ella los llamaba, pero se pasaban la vida juntos, como si temieran que alguien pudiera separarlos.

Al pasar por allí en bicicleta, Cletus se había dado cuenta de que la señora Wilson ya no estaba y que había una señora mayor a la que no conocía. Se acabaron las rebanadas de pan caliente recién sacado del horno. Si veía a los chicos o al señor Wilson se paraba a hablar con ellos. El señor Wilson parecía estar igual que siempre.

—Cletus, te veo muy alegre esta mañana —decía—. ¿Tú dirías que hoy va a volver a llover?

Pero no podía estar igual que siempre, porque no iba a su casa como hacía antes. Y las chicas de los Wilson no iban a estar en el colegio el día en que le dieran el diploma de séptimo curso.

Wayne tenía un cesto de juguetes en casa de la tía Jenny, pero esa mañana en vez de jugar con ellos la fue siguiendo por toda la casa, hablando como un loro, aunque ella casi no se enteró de lo que decía, porque sólo le escuchaba a medias.

—Wayne, cariño, cállate un momento, que no me dejas pensar —exclamó al final.

Y cuando se quedó quieto, mirándola, su tía se dio cuenta de que sabía perfectamente que ella estaba muy preocupada por lo que estaba pasando en el campo y que entendía que su madre no pudiera estar tan pendiente de él como antes.

—Tampoco es que importe mucho lo que yo piense o deje de pensar. Perdóname, corazón. Esta mañana no sé ni lo que digo. Vamos a ver...

Sentándose en una mecedora con su sobrino encima de las rodillas, dejó que él le apoyara la cabeza en el hombro mientras se mecían los dos en silencio.

Al cabo de un rato, él dijo:

—Tía Jenny, ¿qué pasa si... qué pasa si alguien que está enterrado se despierta y no puede salir?

—Eso es imposible, porque ya se habrá ido al cielo. Y el día de la Resurrección el cuerpo se une al alma y vive feliz por siempre jamás.

Al mirarle se dio cuenta de que en parte creía lo que ella le había dicho y en parte no, porque había visto a los cuervos picotear cadáveres de animales muertos.

Cuando su madre llegó para llevárselo, recogió sus cosas y se quedó esperando, pero ella le dijo:

—Sal fuera a jugar, que tía Jenny y yo tenemos que hablar.

El recinto ferial estaba desierto. Hacía diez días que se habían ido los del circo y aún faltaba bastante para que montaran la feria del condado. No había nada que mirar, ni nadie con quien hablar. Cuando se hartó de esperar sentado en la escalera del jardín, entró en casa, pero su madre le mandó salir otra vez.

Ya se le pasará, pensaba Clarence, pero debía tener paciencia para no empujar a Fern a hacer alguna insensatez. Porque era un hombre tranquilo, pero todo tiene un límite. A su modo de ver, bastante paciencia había tenido ya. Ella sabía perfectamente dónde estaba ese límite y, desafiándole, lo había rebasado. Cuando Clarence perdía los estribos hacía cosas que luego le costaba creer. En una ocasión estaban en plena discusión y al oírla gritar, Victor cogió un cubo de agua y se lo tiró a Clarence por encima. La impresión le hizo volver en sí. Al bajar la mirada vio que tenía el atizador de la lumbre en la mano.

En cuanto a ella, había cosas que hacía deliberadamente, y jamás pedía perdón.

Si la llama de la lámpara estaba demasiado alta y los muebles acababan cubiertos de una capa de hollín, ella debería echarse a llorar y ponerse a quitar las cortinas. En vez de eso, se echaba a reír.

Cuando le pidió que fuera con él a hacer una visita a sus padres, ella se negó.

—Si no vienes, van a pensar que nos llevamos mal —le dijo él.

—Pues es la pura verdad.

—Bastantes problemas han tenido en la vida. No quiero darles más.

—Si no se van a enterar por ti —dijo ella—. Ya lo saben. Todo el mundo lo sabe. La gente no tiene nada mejor en qué pensar.

Como tenía trabajo pendiente, Clarence se dio por vencido y cogió la chaqueta para irse al campo.

Tenía todos los calcetines llenos de agujeros. El fresal estaba cargado de fruta y ella ni se molestaba en recogerla. Dejaba crecer tanto las judías que no se podían comer. Ya no tenía una esposa, sino una prisionera.

Como nadie lo regaba, el cactus de Navidad que tenían en la ventana de la sala se murió y acabó en la basura. Cuando le tocaba comer, la perra entraba, engullía su plato de sobras y volvía enseguida a su caseta. Los gatos seguían a Fern Smith por toda la casa, ronroneando como siempre y con el rabo tieso hacia arriba. Como no eran animales fieles ni obedientes, tampoco veían razón alguna para que las mujeres tuvieran que serlo.

La viuda sabía que si seguía hablando sin parar, Fred Wilson acabaría apartando el periódico que le ocultaba la cara y la escucharía. Tanto si quería como si no. Así que la oyó hablar de las costumbres de su difunto marido, y de lo dura que había sido su vida... las incontables enfermedades, la granja perdida por no poder pagar la hipoteca, el hijo menor, su preferido, muerto de una hernia de apéndice, el mayor, que casi nunca iba a verla porque su mujer le regañaba, y la hija, que vivía lejísimos y sólo escribía de higos a brevas para decir que las cosas no les iban bien. A cambio de esta gran cantidad de información, que tampoco le interesaba especialmente, Fred Wilson se vio obligado a contarle algo, así que le habló de la larga enfermedad de su mujer.

—Pobrecilla —dijo ella con gesto compasivo—. Pero por lo menos ha dejado de sufrir ya.

Cuando comentó lo mucho que agradecía a su sobrino haberle acogido al morir su esposa, la viuda le preguntó:

—Pero ¿no estaría usted más a gusto en su propia casa?

—Quise tanto a mi mujer que jamás volveré a casarme —respondió él con voz tajante.

Quizá le costara adivinar el pensamiento de otras personas, pero no le costaba el menor esfuerzo leer el de ella.

La viuda, por su parte, era una mujer de recursos. Un día se encontró con el coronel Dowling en la entrada de la granja de los Smith y el la saludó con una reverencia que la dejó anonadada. Fantaseaba con una intensa vida social para sentirse menos sola. Cuando el coronel Dowling le decía *Señora B.*, ¿le

apetece dar una vuelta en mi coche?, ella contestaba *No, gracias* o *Bueno, si insiste*, dependiendo de su estado de ánimo.

En casa de la tía Jenny, en una cómoda atestada de típicos chismes femeninos en completo desorden, hay un retrato oval de ella a los veintitrés años. Todas las demás imágenes suyas las ha destruido. No habiendo sido nunca hermosa, no era tan poco agraciada como creía ser. En el momento en que se tomó esa fotografía estaba perdidamente enamorada de Tom Evans, pero por algún motivo la lente de la cámara es incapaz de captar el amor, ni siquiera el más apasionado y devastador. Se podría llegar a pensar que no existe.

En el piso de abajo, sobre un estante y junto a un jarrón decorado con rosas pintadas en tonos asalmonados, hay una fotografía de él tomada en la misma época. Va peinado con tupé, lleva un alto cuello rígido y el rostro hierático sólo revela su ascendencia galesa. Pese a que su padre y su madre eran metodistas acérrimos, las estrictas pautas que quisieron inculcarle no resistieron la prueba de la experiencia y Tom dejó de creer en Dios. «Creo en pagar las facturas a tiempo», decía cuando quería molestar a los beatos. «Y en la buena educación.»

Trabajaba mucho porque disfrutaba trabajando, y era ahorrador porque también le gustaba ahorrar. Trabajaba por cuenta ajena no porque tuviese mala cabeza, sino porque la ciudad no daba de sí para montar un segundo negocio de fontanería. De cuando en cuando se permitía el placer de tomarse una jarra de cerveza, pero las puertas batientes de las tabernas no tenían un atractivo irresistible para él. Estos melindres podrían explicarse fácilmente suponiendo que al nacer hubieran cambiado de cuna al hijo de un noble y al de un plebeyo. Pero en el condado de Logan no hay castillos en los que poder robar un niño en plena noche, y lo cierto es que tampoco hay nobles. De modo que debía haber una explicación distinta.

Tuvo una muerte dolorosa, debida a un cólico de vesícula, a los cincuenta y pocos años, y el retrato oval, que supo adaptarse a las circunstancias, es hoy la fotografía de un hombre muerto.

Si Fern hubiera sido su hija, Tom no habría podido quererla más. A ojos de un extraño habría parecido que la tía Jenny estaba relegada a servirles a los dos. Servirles era el mayor de sus placeres y jamás se planteaba si ellos sabían apreciarlo. O si lo agradecían. En los diccionarios la inocencia se

define como la ausencia de culpa o pecado, casi siempre debida al desconocimiento, la pureza, el candor, la nobleza, la honestidad, la simpleza y demás. No hay ningún matiz de la palabra que no se le pueda aplicar a ella.

Sin el corpulento hombre de porte aristocrático roncando al otro lado de la cama, sin la niña de ojos grandes a la que se le ha soltado el lazo del pelo; sin la conversación a la hora de comer y el buen apetito y las prisas al vestirse para ir a misa; sin llorar de la risa ni preocuparse por llegar a fin de mes, pagar las facturas pendientes y encajar los parones laborales, tanto los estacionales como los inesperados; sin juguetes que recoger para que nadie tropiece con ellos, y las siete camisas que hay que lavar y planchar, una para cada día de la semana; sin las rodillas raspadas, los berrinches, los malentendidos que hay que aclarar, sin las voces que la llaman obligándola a dejar constantemente lo que está haciendo para ir a ver lo que quieren, sin todo esto, ¿qué se tiene en la vida? Un misterio: ¿cómo pudo no darse cuenta de que aquello iba a durar tan poco tiempo?

Cuando Lloyd Wilson se enfadaba al recordar el dinero que tuvo en su cartilla de ahorros del banco Lincoln National, y que ya no tenía, se decía a sí mismo que pudo haber discutido la cifra de la asignación mensual, pero sólo preguntó: «¿Dónde tengo que firmar?». Su esposa lo había dejado tieso, pero estaba en deuda con ella y no podía dejar a sus hijos morir de hambre. No se le había pasado por la cabeza, sin embargo, que ella pusiera a las niñas en su contra. Se sentaban con su madre en misa, todas en fila, y si intentaba que le vieran o sonreírles, miraban al frente con gesto ensimismado.

Al crecer verían las cosas de otra manera, quizá, pero de todos modos, aquello le dolió tanto que cambió su seguro de vida para dejar a sus hijos como únicos beneficiarios.

Ese día la señora Stroud fue a la granja más temprano que otras veces, para evitar el calor. Mientras inspeccionaban los graneros dijo con tono cortante:

—Sus problemas conyugales no me interesan, pero no pienso dejar que esta granja se vaya al garete por algo así. La mujer que ha contratado para llevarle la casa es una anciana medio ciega que no tiene las cosas ni la mitad de limpias que su esposa.

—Ya lo sé —dijo él, abandonando su habitual reserva e insolencia.

—Yo siempre tengo limpia mi casa de la ciudad y no veo por qué esta casa, que a fin de cuentas también es mía, no puede estar en las mismas condiciones.

—Hablaré con ella —dijo parcamente, pero no lo hizo.

Como si tuviera el don de la clarividencia, pensaba que sólo se trataba de una situación provisional.

Al entrar a la fresca penumbra de la casa, Cletus oyó voces. La de su madre. Y luego la de tía Jenny. Sabía que el tarro de las galletas estaba vacío, pero metió la mano de todos modos, deseando llevarse una sorpresa, y mientras hurgaba con la mano, su madre dijo:

—Eso fue el sábado pasado. Me puse nerviosa, por supuesto, pero resultó que no había por qué estarlo.

Luego esperó a que él subiera a su cuarto para continuar:

—Al llegar a casa hablé con quien tú sabes y le dije: «Puede que te interese saber que he consultado a un abogado». Decidí que ya era hora de contárselo.

—Yo, en tu lugar, no sé si habría hecho lo mismo —dijo la tía Jenny—. Es decir, suponiendo que quieras evitar las complicaciones.

Pero Fern Smith no quería evitar las complicaciones, sino todo lo contrario. Era su única esperanza.

—El caso es que se achantó. Ya lo sabía yo.

La tía Jenny alzó las cejas hacia la rejilla del techo.

—Si nunca decimos ningún nombre, ¿cómo es posible que Cletus sepa de quién hablamos? Por mí no ha sido.

—Pero ¿qué te dijo?

—¿Clarence?

—No, el hombre de la ciudad.

—Me escuchó, hizo unas cuantas preguntas y acabó diciendo: «Señora Smith, creo que este asunto ya lo podemos considerar como un caso».

Un caso de qué, pensó Cletus.

Ahora que se había ido la mujer de Lloyd Wilson, ¿qué le impedía a Fern cubrirse con un chal y echar a correr por los campos hasta llegar a su casa? El vecindario entero. Una cosa es hacer algo que pueda dar qué hablar y otra

muy distinta es vivir en flagrante inmoralidad. Lo habían hablado muchas veces. A Fern le daba igual que todas las mujeres que conocía dejaran de hablarle, pero todas ellas prohibirían a sus maridos tratarse con él, y eso podría hacerles la vida imposible. En muchos kilómetros a la redonda era difícil encontrar un hombre que no estuviese en deuda con Lloyd por algún motivo, pero el único que parecía dispuesto a reconocerlo era Clarence.

¿Y la señora Stroud?

Lloyd no estaba seguro. Con ella nunca se sabía. En los últimos tiempos cuando aparecía por la granja tenía un gesto extraño, como de estar jugando al ratón y al gato, como si disfrutase viendo la situación en la que se había metido y esperase divertida a ver el siguiente paso que iba a dar.

La gente aguanta hasta un cierto punto. Siempre hay una línea que no se debe cruzar, por mucho que se quiera. Si Lloyd la cruzaba y recibía una carta de la señora Stroud informándole de que a partir del 1 de marzo iba a prescindir de sus servicios, ¿dónde irían entonces? ¿Quién lo aceptaría como arrendatario al saber que vivía con una mujer que no era su esposa? Les faltó valor para averiguarlo.

Clarence creyó a Fern cuando le dijo que no había visto a Lloyd ni hablado con él, pero tenía el presentimiento de que se comunicaban de algún otro modo. Interrogó a los niños y miró en los sitios más recónditos de la granja: el hueco de un árbol, un gallinero abandonado, una caseta tan alejada de la casa como para que Lloyd pudiera ir allí de noche sin temer que lo vieran. Pero el perro habría ladrado y en cuanto a los niños, era evidente que no sabían nada. Al menos de ese asunto. Respecto a los demás, prefería no pensar cuánto sabían. Unas veces tenía cuidado y hablaba en voz baja, o se levantaba a cerrar la puerta. Pero al momento siguiente le daba igual lo que dijera o quién pudiera oírla. Plantada en lo alto de la escalera, en camisón, le gritaba:

—¡Tratas mejor a los caballos que a mí!

No era verdad, y ella lo sabía.

Ahora decía que se había casado con él estando enamorada de otro. Él no sabía si creerla o no. Podía habérselo inventado así como así, para dejarle planchado.

Subió al carro, fue a la ciudad a emborracharse y al volver a casa se le subió encima. No sirvió de nada. Ella luchó como un gato montés y él se cayó de la cama, enredado entre las sábanas. Como no podía con su alma se quedó dormido y despertó ya de día, con resaca y mal sabor de boca. La cama estaba vacía.

Decidió ir a ver al sacerdote baptista y tuvieron una larga charla en el despacho rectoral, a puerta cerrada. Hubo ciertas cosas que le costó mucho decir, pero se quedó aliviado después de explicarlas. Y el sacerdote tenía un gesto compasivo cuando le dijo:

—¿Por qué no nos arrodillamos ahora mismo para pedir ayuda a Dios?

Así lo hicieron. Y a Clarence no le dio vergüenza. Dada la situación, era capaz de cualquier cosa.

Al detenerse ante la puerta principal con el viento y la lluvia azotándoles el rostro, el sacerdote dijo:

—Dile a tu esposa que venga a verme. Quizá pueda enseñarle cuál es el camino del deber.

Pero Fern Smith no fue a verle. Se fue a la ciudad, a la casita frente al recinto ferial. Cuando la opinión de la tía Jenny no se ajustara a la suya, siempre podía dejarla de lado.

La viuda no dejaba pasar un solo carro sin apresurarse hacia la ventana de la sala para ver quién iba en él. No era probable, por tanto, que se le escapara el hecho de que su patrón andaba preocupado. Pobre hombre, echaría de menos a su familia y se arrepentía de haberse portado así. Quería hacerle ver —sólo estaba esperando el momento oportuno— que no debía tener miedo a que su esposa no le perdonara. Si abordaba el asunto del modo adecuado y le decía lo arrepentido que estaba, acabaría consiguiendo lo que él quería. Y cuando su esposa le perdonara y volviera a casa, ella se iba a alegrar de que alguien le echara una mano con las cosas de la casa.

¿Y si no...?

Valientemente, la señora B. decidió no permitir que ningún propósito egoísta pudiese entorpecer la felicidad de Lloyd.

Cuando Cletus entró en el establo los gatos salieron corriendo a saludarlo. Su

padre ya estaba ordeñando a Flossie y Victor debería estar ordeñando a la vaca de al lado, pero se había ido de juerga, a pesar de que no era fiesta nacional. Cletus cogió un cubo de leche y una banqueta y se sentó. Intentó ordeñar haciendo *chis-chis* al mismo ritmo que su padre. Como Old Bess movía las patas sin parar, le dijo:

—¡Quieta, jefa!

Los gatos se pegaban a sus tobillos, ronroneando sin parar, pero no se daba ni cuenta. La noche anterior, la voz temible le había dado un nuevo motivo de preocupación: *Me puedo marchar de esta casa cuando me dé la gana, y llevarme a los niños*. Volvió a quedarse profundamente dormido, como si no hubiera pasado nada, pero esa mañana, mientras se comía los cereales con la mirada perdida, recordó la frase.

Vio a Blackie sentado con la boca abierta de par en par y le echó un chorro de leche dentro. Dieciséis años tenía ese gato, con las orejas hechas trizas de tanta pelea y ya casi sin dientes.

No se atreverá, pensó Cletus. Pero ¿por qué no iba a atreverse? Nada se lo impedía, salvo el miedo a su marido, pero ella no tenía miedo a nada ni nadie.

El nivel de la leche iba subiendo en los dos cubos. Su padre silbaba la cancioncilla tristona de siempre. Al verlo levantarse, Cletus le dijo:

—Anoche oí una cosa.

—¿Fuera de casa?

—No.

—Pues no deberías andar escuchando, porque no es asunto tuyo.

—No lo hice aposta.

—Ya. ¿Y qué es lo que oíste?

—A mamá diciendo que podía irse a la ciudad y llevarnos a Wayne y a mí con ella.

—No pongas el carro delante de los bueyes.

—Papá...

—Dime, hijo.

—¿Me prometes no enfadarte si te digo una cosa? —preguntó, y al no recibir respuesta desde la otra cuadra, añadió—: Por favor, no discutas con ella por eso, papá.

—¿Por qué no? ¿Quieres irte a la ciudad con ella?

—Sabes que no. Pero sería mejor no haberle dicho que no vas a

permitírselo. Si le dices que no haga algo, es cuando se empeña en hacerlo.

—¡Pequeño cabrón!

El fornido brazo del padre se alzó en el aire, tumbándolo de un manotazo. Lo que había dicho el chico era verdad, pero eso era lo de menos. El cubo se volcó y un charco de leche se extendió por el suelo del establo. Con un punzante dolor en el oído derecho y un lado entero de la cara entumecido, Cletus se levantó como pudo, sacó la banqueta de entre las patas de la vaca y puso el cubo en su sitio. Consiguió no llorar, pero le temblaban las manos y la leche caía en el cubo a chorros desiguales.

—La próxima vez que te atrevas a decirme cómo llevar mis asuntos no te doy un mamporro en la cabeza, te parto la maldita espalda —dijo Clarence Smith.

Cogiendo su banqueta, fue a la cuadra siguiente, se sentó y con la cabeza apoyada en el costado de la vaca, se puso a silbar su triste cancioncilla.

La conversación no resultó como la viuda esperaba. Creía que Lloyd Wilson se acabaría sincerando con ella, pero sólo dijo:

—Sí, bueno, lo pensaré.

Y se puso a leer un *Almanaque del granjero*.

Ella dejó de hacer ganchillo y le acercó la lámpara. Una de dos, o no quería hablar del asunto o andaba preocupado por algo que no podía contarle. Apuros económicos, quizás. O tal vez la señora Stroud le estuviera poniendo las cosas difíciles. No era una mujer agradable y siempre andaba metiendo las narices en todo.

8. La maquinaria de la justicia

Clarence estaba reforzando con alambre la puerta de la verja del prado cuando tuvo el presentimiento de que ella se había ido. De golpe, echó a correr. Ya se estaba imaginando la nota de despedida apoyada en el azucarero de la mesa de la cocina. Al abrir la puerta de sopetón la vio delante del fogón, con el pelo húmedo del vapor, removiéndola en el perol grande de cobre. Los dos se miraron durante unos segundos y ella dijo:

—No, aún sigo aquí.

Seis semanas después, cuando se marchó, Clarence no tuvo ninguna premonición.

Supo por el correo que todo intento de ponerse en contacto con ella o con los niños debía hacerse a través de su abogado, pues no siendo así se consideraría acoso y se tomarían cuantas medidas fueran necesarias para protegerla.

Lo siguiente que sucedió fue la llegada de una notificación del juzgado del condado: su esposa le pedía el divorcio.

Poco después, Fern Smith fue al despacho de su abogado para comunicarle que había recibido un documento del abogado de Clarence. El asunto ya no dependía de ellos. Habían dejado de darse gritos y se habían encomendado a la justicia. A partir de ahora lo importante no era el asunto en sí, sino la apariencia que se le pudiera dar.

La demanda de divorcio y la contrademanda se resolvieron conjuntamente en una vista celebrada en otoño. Tanto en el estrado como en la sala había hombres a los que Clarence Smith conocía y, procurando no mirarles, tuvo que aguantarse al oír cómo se aireaban los detalles más íntimos de su vida. Le costó reconocerse en la descripción que hacían de su persona y le asombró el aplomo con que el abogado de Fern profería ciertas afirmaciones aun sabiendo que no eran ciertas. Y también le asombraba verla a ella ahí sentada, con aire de víctima, cuando había sido la causante de todo aquello. El abogado de Fern había logrado reunir a media docena de testigos más que dispuestos a declarar que él tenía mal genio, cosa que le sorprendió. No sabía que tuviera enemigos. Él sólo tenía un testigo a su favor, pero esperaba que

podiera demostrar la falsedad de todo lo dicho hasta el momento.

Recién salido de la barbería y con un traje nuevo que lo hacía casi irreconocible, el peón de Clarence testificó sobre una serie de «intimidades». Empleaba las palabras que le había enseñado el abogado de Clarence. En varias ocasiones, dijo, había visto a la demandante con Wilson, abrazándose o besándose, o con la mano de él metida en la blusa de ella. Cuando su jefe se marchaba de la finca llegaba Wilson y pasaba una hora larga metido en casa, con la cortina del dormitorio de arriba echada.

Paseando de un lado a otro frente al estrado, el abogado de Fern Smith habló elocuentemente de los estrechos vínculos que unían a ambas familias y sobre todo de la amistad entre los dos hombres. ¿No era un hecho, no era un hecho incontestable, que en los muchos años anteriores a la presente discordia, con el pleno conocimiento y la aprobación de Clarence Smith, Lloyd Wilson había ido frecuentemente a la casa vecina estando Smith ausente? Antes de iniciar el interrogatorio quería dejar sentado, para establecer la poca credibilidad de la declaración del testigo, el hecho de que su aliento solía apestar a alcohol y que había pasado la noche del 4 de julio en la cárcel en estado de embriaguez.

El abogado de Clarence se puso en pie de un salto y exclamó:

—¡Protesto, señoría!

Y el juez respondió con tono áspero:

—Protesta denegada.

Fue sencillo desconcertar a Victor para hacerle decir lo que no quería decir, por falso que fuera, y tal era su confusión que la sala estallaba en carcajadas una y otra vez. A continuación fue Clarence quien subió al estrado y, tras prestar juramento, escuchó un relato de sus propios actos que, sinceramente, no podía negar. Pero lo que el abogado de Fern escamoteó a los miembros del jurado fue la provocación que había desencadenado su violenta conducta. Y cuando Clarence quiso explicarlo, el juez le ordenó limitarse a responder las preguntas de los abogados.

Lo que nadie dijo en la sala fue que Clarence Smith tenía el corazón roto por el desamor de su esposa, si bien es cierto que tampoco habría servido de mucho.

El periódico de la noche decía que doña Fern Smith había obtenido el divorcio de su esposo alegando maltrato psicológico grave y reiterado, dado que los fundamentos de la contrademanda no pudieron demostrarse ante el

jurado. A Clarence le correspondió pagar una pensión mensual de cincuenta dólares y ella obtuvo la custodia de los niños.

El zumbido de las langostas se fue apagando hasta dejar de oírse, reanudándose al instante entre las copas de los árboles. Junto a la tía Jenny, que le iba diciendo lo que tenía que hacer, Cletus subía una y otra vez las escaleras del sótano con los brazos llenos de trastos que dejaba en el callejón. Latas de pintura cuarteada y barniz reseco. Tarros de conservas que se habían pasado o llevaban allí tanto tiempo que no eran de fiar. Frascos de medicamentos vacíos. Pilas de revistas y periódicos viejos. Un somier de hierro. Una silla con el asiento de mimbre roto. Una cocina de palastro a la que le faltaba una pata. Una lata de leche de cuarenta litros con un agujero en el fondo. Mosquiteras tan oxidadas que se podían romper con un dedo. De cuando en cuando la tía Jenny decidía que algún chisme —un marco de bambú con el cristal roto o un vestido de seda con manchas en las axilas— estaba tan bien que daba pena tirarlo, y que lo iba a guardar hasta dar con alguien a quien le gustara. En una caja llena de cartas viejas encontró un talonario de cheques cancelado y se puso a mirarlo con aire pensativo.

—Tengo algo de dinero —comentó. (*¿Por qué diría eso cuando era precisamente lo que no quería contar a nadie?*)—. Tom tenía un seguro de vida que cobré entero cuando murió. Puede que no sea tan rica como John D. Rockefeller, pero si intentas reunir cinco mil dólares, resulta que es mucho dinero... Cuando me muera, se los dejaré a tu madre. Sólo quería que lo supieras.

Aquello no era del todo cierto. Lo que quería era que él dijese algo, que se quedara atónito ante el conejo que se le había «escapado» de la chistera.

—Vamos, que no os vais a morir de hambre —añadió.

El colchón de crin de caballo lleno de moho lo tuvieron que llevar entre los dos. Al volver del callejón, su tía le dijo:

—Ya vale por hoy. Hay que limpiar el trastero, pero de momento puede esperar.

Cletus cerró la puerta del sótano, le puso el candado que llevaba tía Jenny en el bolsillo del delantal y entraron en casa por la puerta de atrás. Quería decirle: *Esto que está pasando me gusta tan poco como a ti*, pero no se

atrevió, porque Cletus podría pensar que no quería tenerlos en casa.

Le hizo lavarse las manos en la cocina y le dio un vaso de leche fría y un buen trozo de tarta de grosella.

Apoyándose en la pila, Cletus bebió un trago de leche y dijo:

—Cuando Victor y papá vuelven del campo, ¿quién les prepara la comida?

—Nadie, que yo sepa. Se les hará algo cuesta arriba, pienso yo, pero un hombre también sabe freír unos huevos con beicon y hacerse un café.

—Están acostumbrados a comer bastante más.

—Tendrá que buscarse a alguien que le lleve la casa, igual que el señor Wilson —dijo, y al instante pensó que ojalá se hubiera mordido la lengua.

—El domingo vienes a casa a comer, ¿verdad? —dijo su madre—. Ven al salir de misa, para que te puedas quedar un buen rato.

Clarence sabía que no podía zafarse, aunque era lo que hubiera querido.

Cuando se sentaron a la mesa vio que su madre le había hecho todos sus platos preferidos, e intentó comer algo, aunque no tenía hambre. Por el nerviosismo de su padre y la cautelosa ausencia de expresión de su madre supo que ella estaba dolida. Había dado por hecho que él les iba a contar todo lo que no había podido decir ante el juez y el jurado, pero como no lo hizo, pensó que era porque no confiaba en ellos.

—Esperábamos que vinieran los niños a vernos —le dijo su madre—. Pero aún no han venido. Será porque Fern no se lo permite.

—No creo que llegue a eso —dijo él, esquivando su mirada.

Dada la situación, su padre y su madre eran las dos únicas personas del mundo de las que se fiaba, pero ¿por dónde empezar? ¿Por el hecho de que le costaba reunir dinero para pagar a su ex mujer la pensión alimenticia? Cualquiera cosa que les dijera les iba a hacer sufrir y, además, no soportaba hablar de ello.

Sabía lo que le habían hecho, pero no lo que había hecho él para merecerlo.

Le habría consolado que en un momento dado algún sacerdote baptista hubiera apoyado los antebrazos en el púlpito y, encogiéndose de hombros, dijera: *La gente no tiene lo que se merece, ni se merece lo que tiene. A los pacíficos y confiados se los pisotea. El hombre rico suele conseguir pasar por el ojo de la aguja, y de poco o nada sirve confiar en la Divina Providencia...* Aunque, bien mirado, ¿cómo va a decir algo así un sacerdote,

fuera o no baptista?

El abogado de Fern dijo que era conveniente que ella y Lloyd Wilson dejaran de verse durante un tiempo. Cuando se escribían siempre echaban ellos mismos las cartas al buzón. Las de ella eran muy largas, las de él cortas. No estaba acostumbrado a plasmar sus sentimientos por escrito. Pero ella leyó y relejó sus cartas una y otra vez, supliendo con su imaginación las palabras ausentes, hasta convencerse de que él la amaba tanto como ella a él.

La perra esperaba todas las tardes junto al buzón. Sabía cuándo era la hora de guardar las vacas, pero podía ser que el niño viniera no estando ella ahí. Por eso siguió esperando, y al ver acercarse a un hombre echó a correr hacia un maizal, aunque sin llegar muy lejos. A decir verdad, apenas se esforzó para librarse de la paliza que estaba segura de recibir.

Cletus ya salía hacia la granja en su bicicleta cuando su madre le dijo:

—¿Dónde vas? —y al saberlo, añadió—: Prefiero que no vayas —y cuando él le preguntó por qué, respondió con gesto triste—: Por favor, no discutas conmigo, Cletus. Si tu padre quiere verte, ya te lo dirá.

Le faltó muy poco para contárselo todo. Andando el tiempo, cuando Cletus fuese mayor, se sentaría con él y le contaría toda la historia desde el principio, y él se daría cuenta de lo mucho que había sufrido y la perdonaría. *Tu padre no quería concederme la libertad, diría, así que tuve que recurrir a la justicia para conseguirla...* Cuando inventaba estas conversaciones imaginarias jamás se le ocurría que él no fuese capaz de perdonarla. *Si Lloyd no se hubiera enamorado de mí, se imaginaba diciendo. O si hubiese querido a su mujer, supongo que yo seguiría casada con tu padre, aunque no estuviéramos hechos el uno para el otro...*

Al recordar las manos de Lloyd Wilson encima de sus hombros cuando se agachaba para besarla, se estremecía de felicidad.

A base de mirarla fijamente, Wayne consiguió hacerse amigo de una niña que se llamaba Patsy y vivía unas cuatro o cinco casas calle abajo. Tenía un triciclo en el que se recorrían la acera de cemento de arriba abajo, y sólo muy

de vez en cuando discutían por ver a quién le tocaba. Wayne iba a casa de Patsy por la mañana temprano y cuando llegaba la hora del almuerzo y la madre de ella le preguntaba si quería quedarse a comer, siempre decía que sí.

—¿No es mejor que vayas a tu casa a decírselo a tu madre? —le decía la madre de Patsy.

—No le va a importar —contestaba él.

A la madre de Patsy le habría gustado que la madre de Wayne le dijera: «Gracias por portarte tan bien con mi hijo», o algo parecido, pero ni siquiera se tomaba la molestia de volver la cabeza cuando pasaba por delante de la casa. Y eso que su nombre incluso había salido en el periódico.

En una ciudad del tamaño de Lincoln no hay secretos bien guardados. Alguien contó a alguien que contó a alguien que contó a alguien que contó a Clarence lo de las abultadas cartas sin remite que Fern echaba en el gran buzón verde de la oficina de correos al caer la noche. Y todo pasó bastante deprisa. Por eso Fern tardó poco en enterarse de que Clarence lo sabía.

Precisamente ahora, por primera vez tras ganar la larga batalla, Fern tenía miedo. De pronto le había dado por pensar en Clarence. En lo que le había hecho. Y en lo que él sería capaz de hacer. Ella no quería aceptar los cincuenta dólares de pensión alimenticia. Fue cosa del abogado. Volvió a acordarse del día en que Clarence cogió el atizador para golpearla. Y de otras escenas parecidas.

La perra llegó corriendo por el camino y se abalanzó sobre Cletus, que soltó la bicicleta y le hundió cariñosamente la cara entre la pelambre. Pero después de eso, nada fue como él pensaba. En vez de seguir a su padre de aquí allá, ayudándole en lo que estuviera haciendo, se pasó toda la tarde sentado en casa con él, sin saber de qué hablar.

«No levantarás falso testimonio», decía la Biblia, pero ¿por qué no, si el jurado era incapaz de distinguir entre la verdad y una sarta de mentiras, y lo mismo le pasaba al juez? Vestida de negro y con un velo en la cara como si estuviera de luto por él, llevándose un pañuelo a los ojos, los había engañado a todos. La Biblia también decía: «No desearás a la mujer de tu prójimo», pero le habían obligado a pagarles a ellos cincuenta dólares al mes. Era su recompensa por haber desobedecido los Diez Mandamientos.

¿Cómo iba Clarence a explicarle eso a un chico tan joven? Además, estaba

avergonzado y abochornado por el mal trago que le había hecho pasar a su hijo. Sabía que Cletus habría preferido quedarse en el campo con él, pero ni eso había sido capaz de conseguir.

Tras la humillación que sufrió durante el juicio, para Clarence Smith la noción de causa y efecto se alteró para siempre. Tenía la cabeza llena de ideas que, tomadas de una en una, eran del todo razonables, pero desde una perspectiva secuencial, carecían de sentido.

Tampoco se daba cuenta de lo largos que eran algunos de sus silencios.

Al fin llegó el momento en que las manecillas del reloj le permitieron decir:

—Ya va siendo hora de que vuelvas a la ciudad.

—¿No puedo quedarme y ayudarte a ordeñar?

—No es buena idea ir en bicicleta por la carretera de noche.

—Si viene un coche me aparto y ya está.

—Mejor que te vayas ahora. Tu madre se va a poner nerviosa.

Cletus salió y levantó el brazo para despedirse de su padre, que estaba en lo alto de las escaleras del porche. Con la punta del pie levantó el tope hasta encajarlo en el guardabarros trasero y dijo:

—No, Trixie. No me mires así. No puedes ir conmigo... No... No... ¿Me oyes? ¡No!

El sábado siguiente preguntó a su madre si le dejaba irse a la granja en bici y ella le volvió a decir:

—Prefiero que no vayas.

Fue incapaz de decirle que su padre había mandado recado con un vecino, pidiéndole que no dejase a Cletus volver por allí.

Si ellos forman parte de la casa o la casa forma parte de ellos es algo que a los niños les cuesta mucho distinguir. Después de quitarle a la perra, quitémosle la cocina, con su olor a comida rica para cenar. Y también el olor a ropa lavada, a lana secándose en el tendedero de madera. El olor a ceniza. A sopa calentándose al fuego. Quitémosle el viejo y cachazudo caballo que espera junto a la verja del prado. Las tareas que lo mantenían ocupado desde que volvía a casa del colegio hasta que se sentaban a cenar. La bruma del amanecer, el sonido de los cuervos chillando en las copas de los árboles.

Su ropa de faena sigue colgada de un clavo junto a la puerta de su habitación, pero nadie se la pone ni se la quita. Nadie duerme en su cama. Ni

lee el ejemplar sin tapas de *Tom Swift y su máquina voladora*. Ya que estamos, quitémosle eso también.

Quitémosle la jarra y la palangana, ahora secas y polvorientas. El establo donde los gatos, sentados en fila, esperan con la boca muy abierta a que alguien les dé un chorro de leche recién ordeñada. Quitémosle la cuadra también, el olor a heno, polvo, pis de caballo y cuero viejo manchado de sudor, y ver la lluvia cayendo en los campos arados tras la puerta abierta. Si le quitamos todo esto, ¿qué le queda? Ante tamaña privación, ¿de qué sirve pedirle que siga siendo el niño de antes? Sería casi mejor que empezara una vida nueva convertido en un niño distinto.

Cuando estaba a punto de abandonar toda esperanza, la viuda conoció a la esposa de Lloyd Wilson y le tomó mucho cariño.

Con una lista en la mano, mientras buscaba una serie de cosas que sólo ella sabía dónde estaban, en baúles, cómodas y cajas de cartón arrinconadas bajo los aleros del desván, Marie Wilson charlaba con ella educadamente. Le costaba creer el desorden y la suciedad que veía mirara donde mirara. El cristal de las ventanas tenía una capa de polvo y telarañas que casi no dejaba pasar la luz. El tapete de la mesa de la sala estaba manchado de tinta y había un agujero chamuscado en mitad de la alfombra de retales que había tardado un invierno entero en hacer. Sabía, sin tener que ponerse a mirarlo, que nadie pasaba la escoba para quitar la pelusa bajo las camas. Como llevaba semanas sin ventilarse, la casa entera, pero sobre todo el dormitorio de abajo, apestaba a queroseno, ropa sudada y aliento rancio. Dio una palmada y atrapó una polilla.

Lo que la viuda quería, mientras hablaba sin parar, era alguna señal de que la opinión favorable era mutua. Sentada en el borde de una silla, Marie Wilson decía: «Pues es verdad» y «Ya sé a lo que se refiere» y «Creo que tiene razón», hasta que, al agotársele la paciencia, dijo:

—Le ruego que me disculpe, pero tengo cosas que hacer.

Sin dejar de hablar, la viuda subió tras ella las escaleras del desván.

Pero lo que más le preocupó fueron los niños. Delgados y pálidos, respondían a sus preguntas con desgana, como si hablasen con una desconocida.

—¿Sabéis que vuestro padre no me deja que os lleve conmigo? —les

preguntó, y asintieron.

Al hablarles, su madre les apartaba el pelo de los ojos, dándoles besos y acariciándoles la mejilla y el hombro para que se les quitara la sensación de extrañeza. A partir de entonces, los niños no le quitaron el ojo de encima. Cuando se agachó para despedirse de ellos, los dos se echaron a llorar.

Lloyd había ido a la ciudad a buscarla y, después de que encontrara las cosas que buscaba, la llevó de vuelta. Marie no criticó el estado en que la viuda tenía la casa. No era asunto suyo a quién contratase él para atenderle. De camino a la granja habían guardado un incómodo silencio, pero al regresar él le habló de la posibilidad de encontrar un terreno en Iowa, lo que implicaría no ver a los niños nunca más. Le pidió que los llevara a la ciudad de vez en cuando para que pasaran la noche con ella, y él respondió:

—Así lo pasarían peor todavía.

Después de eso volvieron a quedarse en silencio. Él sabía que ella tenía algo en la punta de la lengua que, por algún motivo, no se decidía a decir. Al parar delante de la pensión donde vivía Marie, ella ya iba a bajarse del carro cuando se volvió hacia él y le dijo:

—Ya sé que tus hijas y yo te traemos sin cuidado, pero no sé cómo has podido hacerle esto a Clarence.

Él bajó la cabeza, se miró las manos, con las riendas liadas entre los dedos, y no contestó.

Llovió y llovió, y al despejarse el cielo una fina capa de escarcha lo cubría todo. Como los árboles perdieron hojas, la perra veía brillar las estrellas entre sus copas. Desde que se escapó y la azotaron hasta dejarla casi inconsciente, ya no salía de la finca. Si iba en busca del chico, nunca pasaba del comienzo del camino. A veces Clarence se olvidaba de darle de comer y tenía que recordárselo. Lo que le ponía en la escudilla no se parecía nada a las sobras que siempre le daba la mujer.

El abogado que tan mal lo defendió en el juicio envió a Clarence una minuta mucho más elevada de lo que esperaba. Pese a tener mucho trabajo pendiente en el campo, se quedaba metido en casa pensando en sus problemas. Si la perra se acercaba y lo miraba por la puerta mosquitera, él le gritaba enfurecido hasta que ella se alejaba sigilosamente.

Lloyd Wilson fue a ver a su esposa y le volvió a pedir el divorcio para poder casarse con Fern. Después de escucharle, ella le dijo que se lo pensaría. Por su tono de voz, Lloyd sabía cuál iba a ser la respuesta. No iba a concederle el divorcio y él no tenía justificación para pedirlo.

Fern tenía los párpados cerrados, pero no estaba dormida. Sabía que de vez en cuando dormía, porque soñaba a ratos. El amanecer fue un consuelo. Los pájaros. El canto del gallo. Detalles que le recordaban que el tiempo existía. De noche todo se quedaba quieto.

El lechero haciendo tintinear las botellas. La gente hacía sus repartos, pasaban cosas que no tenían nada que ver con su divorcio. Era importante tenerlo en cuenta. Habría sido un consuelo aún mayor levantarse y bajar a hacer café, pero entonces despertaría a la tía Jenny, que estaba en la sala. A veces se quedaba amodorrada. Cuando se dormía de verdad, siempre acababa dando un brusco respingo que sacudía la cama y la despertaba bruscamente.

Como si estuviera viendo una obra de teatro, recordó el día en que Tom la encerró en su habitación. ¿Qué edad tenía? ¿Dieciocho? ¿Diecinueve? «Eres demasiado joven para saber lo que quieres», le dijo él. Pero no era demasiado joven para haberse enamorado de un hombre casado y con dos hijos. «¡No te voy a dejar destrozar un hogar!», le gritó él. Y ella, aunque se arrepintió de sus palabras apenas las dijo, le contestó: «No eres mi padre y no voy a consentir que tú ni nadie me diga lo que puedo o no puedo hacer». Entonces él la encerró en su habitación y ella salió por la ventana al tejado del porche trasero y bajó por la tubería hasta el suelo. Él sabía lo que estaba haciendo, pero no se movió de su silla. Cuando ella volvió a casa seguía sentado en el mismo sitio y acabaron a grito pelado a las dos de la madrugada.

Si habría aceptado a Clarence de no haber estado enferma de amor por un hombre imposible de tener era una pregunta que jamás se había planteado antes. En cualquier caso, cuando Clarence apareció y empezó a cortejarla, no hubo gritos. Tom era educado con él, pero frío. Y a ella no le dijo nada de nada. No hacía falta. Ella sabía que él se enorgullecía de su capacidad para manejar a la gente a su antojo, cosa que normalmente conseguía, pero aquella vez no se salió con la suya. Con ella no podía. Durante las comidas ponía cara de circunstancias y los dos se quedaban callados, a no ser que la tía Jenny dijera algo, pero incluso entonces había veces en que no se molestaban

en contestar. Cuando ella no pudo más y le gritó: «¿Qué tienes contra él?», Tom se limpió la boca con la servilleta, se arrellanó en su silla y la miró fijamente. «¿Estás segura de que quieres saberlo?», le preguntó. Y ella dijo: «Sí».

Tal vez en otro momento de su vida le hubiera escuchado, teniendo en cuenta el hecho de que nadie la había entendido jamás como la entendía él. Pero en su convulso estado de ánimo, fue precisamente esa comprensión lo que la empujó a actuar. Tenía que demostrarle que él también podía equivocarse, que las cosas no eran siempre como él pensaba.

En un momento dado ella le interrumpió y él dijo: «Déjame acabar. Para elegir un marido sólo hay dos cosas importantes: la buena cuna y la buena disposición. Un día, antes de que apareciese por aquí, lo vi enfurecerse con sus caballos en la plaza del juzgado. No me gustó nada. Y a ti tampoco te habría gustado». Se quedó mirándola durante un momento y después continuó: «Ya veo que hablar contigo es como hablar con la pared. Procura recordar que los demás también somos de carne y hueso y tenemos sentimientos. Y que ciertas cosas, una vez hechas, ya no pueden deshacerse». Dicho esto, se levantó y abandonó la mesa.

Cuando le anunció que se casaba con Clarence y que iban a vivir en una granja en Malean County, él dijo: «Muy bien, pero no esperes que te dé mi bendición, ni que vaya a la boda».

Los gansos salvajes volaban hacia el sur.

Las noches se volvieron frías. Acabaron de desvainar el maíz. Y un día Victor y Clarence salieron de la casa y se quedaron charlando. Victor llevaba su traje nuevo y llevaba un viejo morral de cuero. Como Clarence estaba sin blanca después del juicio y no podía pagarle, Victor se había ofrecido a seguir trabajando a cambio de cama y comida. Su oferta no había sido aceptada.

—Espero que tengas suerte —dijo Victor, tapándose los ojos para protegerse del sol.

—Ya me las apañaré, supongo —dijo Clarence, y se dieron la mano.

—Siempre puedes dar conmigo por mi hermana, que vive en New Holland.

Victor cogió el morral, echó a andar por el camino y ésa fue la última vez que la perra lo vio.

Volvió el calor y hubo una semana de buen tiempo. Salvo los robles, todos los árboles habían perdido sus hojas. Por lo demás, parecía verano. Con el hocico apoyado en las patas, la perra seguía con la mirada los círculos que hacía en el aire un enorme tábano y al verlo desaparecer a lo lejos, cerró los ojos, se durmió y soñó que corría tras un conejo.

En lugar de subirse a un tren y marcharse a Iowa a buscar un buen terreno, Lloyd Wilson se iba dando largas. Decidió que no podía irse antes del primero de noviembre, y al llegar noviembre fueron pasando los días y siempre había algo pendiente, y entre unas excusas y otras se negaba a afrontar el hecho de que lo que se proponía hacer era imposible. Había pasado toda su vida en aquel lugar y no se sentía con fuerzas para marcharse. Aunque por las cosas que decía la gente, Clarence se había vuelto medio loco y era capaz de cualquier cosa.

—No me has avisado con mucho tiempo —dijo el coronel Dowling—. Y no sé si voy a poder dar con alguien de la noche a la mañana.

De pronto vio que Clarence se metía un dedo en el cuello de la camisa como si se estuviera ahogando, y que le temblaban las manos, y que tartamudeaba. Nada de eso era propio de él. Pero estaba dispuesto a dar a su arrendatario una buena carta de recomendación, en la medida de lo posible. No estaría bien dar un informe desfavorable, dadas las circunstancias. Ya no era el hombre que había sido, antes de llevar a su mujer a juicio y todo ese asunto. Pero aún era posible decir algo lo bastante favorable como para que Clarence lograra arrendar otro sitio. La alabanza no debería ser tan concreta como para que si después surgieran problemas, quienes lo habían contratado pensarán que él, el coronel, había sido demasiado ingenuo. De un modo u otro, ya lo resolvería. Era un maestro en este tipo de ambigüedades.

Para su sorpresa, Clarence no le pidió recomendación alguna. Lo que hizo fue darle la mano y bajar por las desvencijadas escaleras de la calle hasta llegar a la acera, donde se quedó parpadeando bajo el sol cegador. Ya no tenía mujer, ni familia, ni granja, todo por obra de Lloyd Wilson.

Negó y luego hubo tres o cuatro días de buen tiempo que quitaron a la tierra su manto blanco. Después de eso las noches se volvieron muy frías.

Era la época del año en que los hombres salían a serrar los árboles caídos, partir los troncos y llenar la leñera de madera. A la perra no se le escapó el hecho de que Clarence no estaba haciendo nada de eso. Los bosques estaban repletos de codornices y faisanes, pero él no salía a cazar.

El arrendatario nuevo apareció con un amigo, un hombre calvo y mayor a quien pedía consejo constantemente. Recorrieron la casa con Clarence y luego dieron un paseo por la finca, inspeccionando los establos y demás edificios, y haciendo muchas preguntas sobre el rendimiento y la extensión del terreno. En un momento dado los tres hombres se volvieron y miraron a la perra, que no tuvo que esforzarse demasiado para saber que estaban hablando de ella.

A Cletus no le apetecía quedarse en el patio del colegio después de clase, viendo hacer canastas a unos chicos que no conocía de nada (y que no tenían el menor interés en conocerlo a él). Así que se iba derecho a casa, por llamarla de alguna manera, aunque una vez allí no tenía nada que hacer. Abría la hielera y una voz femenina le gritaba desde la sala:

—¡Cletus, no comas antes de cenar!

Como tampoco veía nada que le gustara, cerraba la puerta, salía fuera y se sentaba en la escalera de atrás, bajo el sol ya tibio.

La maestra, que no era joven ni guapa, les había dado a todos un mapa de Sudamérica para que escribieran los nombres de los países y los ríos, pero a Cletus le daba pereza. En vez de eso se puso a dibujar cruces en el suelo con un palo, complicándole la vida a una hormiga que se había instalado precisamente en ese trozo de tierra. Aunque llevaba días oyéndolo fue entonces cuando cayó en la cuenta de unos martillazos a lo lejos: *bom, bom, bom, babom, babom, babom...* Sería que estaban construyendo una casa nueva.

Con el talón del zapato borró las líneas que había dibujado en el suelo, llevándose por delante a la hormiga. Luego se levantó, encaminándose hacia el agujero de la verja de atrás.

Cuando el hombre joven y el hombre mayor empezaron a sacar cosas de la

casa, la perra no entendía a cuento de qué venía aquello. Somieres, colchones, sillas. Mesas, utensilios de cocina, herramientas. Cajas de esto y aquello. Todo puesto encima de la hierba, donde se iba a estropear en cuanto lloviera.

El hombre mayor dijo:

—¿Estás seguro de que quieres deshacerte de esta enciclopedia tan bonita?

—Si la quieres, métela en el coche, papá —dijo Clarence.

Como el patio de la granja empezó a llenarse de gente, encerraron a la perra en la leñera, aunque no tenía pensado hacer nada sin que la llamaran. Sólo veía la luz que entraba por las grietas de la pared de madera, pero lo oía todo perfectamente. No paraban de llegar carros y calesas, y alguien con una voz atronadora gritaba sin cesar: «Ea, ea, ea, ea», aporreando la mesa con un mazo de madera sin parar, tanto que a la perra le dolían los oídos, *¡y parecía que se estaban llevando a los animales!* Primero a las vacas, que ella había tenido el privilegio de guiar durante todas las noches de su vida, y luego a las ovejas, a las que oía balar asustadas. Luego a los cerdos. Los pollos y los pavos. Y por último, a los caballos, lo que ya era demasiado. ¿Cómo iba a arar el hombre sin ellos? La culpa la debía de tener esa voz tan fuerte, y si al hombre le diera la gana de abrir la puerta de la leñera, ella le ayudaría a echar al gritón de la finca. Para recordarle que estaba ahí, y dispuesta a colaborar, ladraba sin parar.

Cuando al fin la dejó salir ya no se oían los gritos, todo lo que había visto encima de la hierba había desaparecido o estaba cargado en algún carro o calesa, y las pocas personas que quedaban se estaban marchando, mientras el sol se ponía tras las colinas.

Clarence sacó una cuerda y ató a la perra a un árbol, cosa que a ella le pareció tan incomprensible como lo de encerrarla en la leñera. Luego el hombre sacó de casa varias cosas más —una maleta, unas cañas de pescar, una linterna, un hacha, un paraguas— y las metió en el coche. El hombre mayor señaló con el dedo la caseta de la perra y Clarence dijo:

—Eso se queda aquí.

Mientras su padre esperaba en el coche, Clarence recorrió las habitaciones vacías por última vez. Luego cerró la puerta de la cocina y dejó la llave debajo del felpudo.

—Me alegro de haber acabado con esto —dijo, y plantándose delante del

radiador del coche, dio seis vueltas rápidas a la manivela, rodeó el vehículo corriendo y se sentó en el asiento del conductor. El rugido del motor fue disminuyendo conforme ajustaba el encendido.

El hombre mayor, al ver que la perra los miraba atenta, dijo:

—Y si ese tío no viene, ¿qué?

—Vendrá —contestó Clarence—. Dice que no llegará antes del anochecer, pero me ha prometido venir hoy.

El Ford T prestado bajó por el camino y la perra se quedó atada, con la noche cayendo, sin luces en la casa, ni humo saliendo por la chimenea.

Esperó durante horas, intentando no preocuparse. Procurando portarse bien... portarse mejor que nunca. Y diciéndose a sí misma que sólo habían ido a la ciudad y que volvían enseguida, aunque estaba claro que no era cierto. Se notaba en todo lo que habían hecho. Al cabo de un rato, sin poder evitarlo, empezó a aullar. Sentada sobre sus patas traseras, con el hocico alzado hacia el cielo negro, aulló y aulló. Pero no sólo aullaba ella, sino todos los perros de los que descendía, emparentados con todos los lobos habidos y por haber.

Al oír pisadas, dio por hecho que era el niño: *La había oído aullar y volvía de donde hubiera estado todo este tiempo, para rescatarla...*

Resultó ser el amigo del hombre, el vecino. Dejando el farol en el suelo, le soltó la cuerda, hablándole mientras le acariciaba las orejas, y durante un par de minutos, todo pareció arreglarse. Pero cuando la perra recordó que sin decirle que subiera al coche con ellos, se habían marchado sin volver la vista atrás, soltó otro aullido desesperado.

Lloyd Wilson intentó llevársela a casa con él, pero ella no quiso. Si se marchaba, ¿quién iba a estar al quite para cuidar de la propiedad?

Al rato el vecino volvió con unas sobras de comida que ella engulló a tal velocidad que luego no recordaba lo que había comido. Le llenó el cuenco de agua del pozo y la dejó junto a la puerta de la casa. Luego la llamó, silbándole, pero ella ni se movió.

—Haz lo que te dé la gana, aunque ya verás como nadie pega ojo esta noche —dijo el vecino alegremente, adentrándose en la oscuridad.

Ella se pasó toda la noche aullando a ratos, haciendo ladrar a todos los perros del vecindario. Al día siguiente, cuando el amigo del hombre fue a ver cómo estaba, salió al camino a recibirlo moviendo la cola.

Después de que la viuda le diera de comer y los niños la abrazaran y besaran en la cabeza, se fue sintiendo algo mejor.

Esa noche a la hora de cenar, con la perra sentada a su lado y escuchándole como si hablase de ella, Lloyd Wilson dijo:

—No hacía falta decirle las cosas. Cuando murió juré que jamás volvería a tener un...

De pronto, la perra alzó la cabeza. Luego se levantó y caminó hacia la puerta: un carro o calesa estaba subiendo por el camino de su granja. Gimoteó, pero nadie le hizo caso hasta que se oyeron pasos fuera y ella empezó a ladrar.

—Calla, Trixie —dijo Lloyd Wilson, apartando su silla de la mesa.

A la luz de la puerta abierta vio a un hombre joven que parecía a punto de echar a correr.

—Me llamo Walker —dijo—. Soy su nuevo vecino. Le había dicho al señor Smith que llegaría anteayer, pero mi mujer se puso mala y tuvimos que retrasar el viaje. Ella sigue en Mechanicsburg, de donde venimos... No, gracias, muy amable. Al pasar por la ciudad he parado a comer algo en la cafetería. No habrán visto a mi perra por aquí, ¿verdad?

Al ver la cuerda colgada del árbol, James Walker tuvo a la perra atada durante dos días, aunque le habían dicho que no hacía falta. Pero también le dio de comer, se aseguró de que tuviera agua y le hablaba de vez en cuando. Y al llegar la noche se veía luz en la ventana de la cocina, y la perra olía el humo de la leña. Podía haber sido peor. De vez en cuando quería aullar, pero lograba contenerse. Al día siguiente llegaron unos camiones cargados de ganado, cerdos, maquinaria agrícola y muebles. Y esa noche el joven le desató la cuerda y dijo:

—Vamos, chica, que tienes que ayudarme a juntar las vacas.

Ella le entendió de sobra, pero no era su chica, y salió disparada por el camino, rápida como un rayo.

Clarence pasaba mucho tiempo metido en su cuarto con la puerta cerrada. Tenía unas ojeras muy marcadas. Toda la ropa se le había quedado grande. Cuando su madre le llamaba se sentaba a la mesa, pero se pasaba la comida entera mirando a su plato, en vez de a sus padres, que para conseguir que les pasara algo tenían que repetírselo dos o tres veces.

Su madre intentó convencerle de que fuera al médico, pero se negó.

—Estoy bien de salud —le dijo, con una voz tan tajante que ella no se

atrevió a insistir.

Cletus estaba seguro de que su padre iría a verles el día de Navidad por la mañana, para llevarles sus regalos. Unos patines de hielo, eso era lo que él quería. Una escopeta sería aún mejor, pero en la ciudad no se podía usar y además era demasiado cara. Wayne aún creía en Santa Claus. El día de Nochebuena, al desvestirse colgaron los calcetines al pie de la cama y vieron a la luz de la farola que estaba nevando. A la mañana siguiente comprobaron que tenían los calcetines llenos, y en el piso de abajo había aún más regalos. La tía Jenny había sacado su mejor mantel y había asado un capón, y en el centro de la mesa había un pequeño abeto artificial. Comieron hasta hartarse. Cuando apartaron las sillas para levantarse de la mesa, la madre de Cletus se puso a recoger los platos, pero tía Jenny dijo:

—Déjalo hasta que hayamos hecho la digestión.

Cletus aún no había empezado a preocuparse. Su padre jamás había olvidado regalarles algo por Navidad.

Wayne quería jugar a hacer parejas. Mientras Cletus ordenaba sus cartas estaba atento por si oía pasos en el porche. Al cabo de un rato, la tía Jenny se levantó y empezó a trajinar en la cocina.

—Me parece muy raro que vuestro padre no haya tenido un detalle con vosotros en Navidad —dijo Fern Smith.

Lo que le extrañaba más aún era que a Cletus parecía darle igual. Podía ser que estuviera pasando una etapa difícil, pero últimamente parecía muy desganado. Con todo.

El árbol de Navidad que había en el césped delante del juzgado era tan grande que no cabía en ninguna casa. En Nochebuena se había reunido un grupo de gente a su alrededor para cantar villancicos, pero ahora la plaza estaba vacía, salvo por un par de hombres que hablaban ante la puerta de la farmacia. Uno de ellos era un vendedor ambulante que odiaba la Navidad. El otro era Clarence, que miraba fijamente el gran abeto decorado, pero sin verlo. Tampoco sabía qué día era. Ni por qué la plaza estaba tan vacía.

—Le tenía todo el cariño del mundo —dijo al vendedor ambulante—, hasta que me destrozó la vida...

Un día a la perra le pareció ver a Wayne a lo lejos, pero resultó ser otro niño que se le parecía. La gente intentaba atraparla, pero ella no los dejaba acercarse. Tenía la piel seca, la mirada opaca y era toda pellejo y huesos. Se alimentaba de conejos, animales pequeños y algún que otro pollo que se escapaba del corral. Al final acabó viviendo en la ciudad, donde los niños la perseguían y le tiraban palos, pero siempre lograba quitárselos de encima. De noche escarbaba en los cubos de basura.

Por fin logró encontrarlos. La madre de Clarence Smith se asomó a la ventana que daba al callejón y exclamó:

—Vaya por Dios, me parece que tenemos compañía.

Por el modo en que el hombre la trató, la perra pensó que la iba a dejar quedarse. Y que la iba a llevar junto al niño. Sonrió zalameramente a la anciana, que dijo:

—Si quieres quedártela, a mí no me importa.

Pero no fue eso lo que sucedió. En su estado, Clarence no podía darle una paliza, así que la llevó de nuevo a la granja y dijo:

—Creo que tendrán que atarla durante un tiempo. No sé qué bicho le ha picado. Siempre ha sido una buena perra y nunca me ha dado problemas.

Luego se dio una vuelta por la granja, buscando en todos los cobertizos, el establo y las cuadras algo que había olvidado o perdido. Y varios días después volvió e hizo lo mismo.

Vino la mujer del otro hombre, y cayó más nieve, y el suelo estaba blanco, y la nieve se hizo hielo, y la perra resbalaba y se caía cuando quería ir a algún sitio, así que se quedaba en su caseta y dormía. A veces soñaba que estaba junto al buzón, esperando a que el niño llegara por la carretera en su bicicleta.

Al despertar ya no era la perra de nadie. Cuando le entraban ganas de darse un paseo, aprovechaba los momentos en que el hombre nuevo no estuviera mirando para escabullirse.

—El arrendatario nuevo no conseguía que Trixie se quedara en la finca —dijo Fern a Cletus—. Así que tu padre la ha llevado al veterinario para dormirla. Con cloroformo. Tienes que perdonarlo. Está trastornado.

Ella también estaba trastornada, o de lo contrario no le habría contado aquello, o al menos habría procurado decírselo con más delicadeza.

En las últimas cartas que había escrito a Lloyd Wilson prácticamente sólo hablaba del miedo que le daba Clarence.

El abogado que había ganado el caso de divorcio de Fern juntó los dedos pulgares con gesto pensativo. Después, arrellanándose en su silla, preguntó:

—¿Smith ha llegado a decir literalmente que iba a matarle?

—No —contestó Lloyd Wilson—. Pero sé que tiene una pistola. Y teniendo en cuenta lo raro que está...

El abogado consultó el calendario que tenía sobre la mesa para ver quién era su siguiente cliente.

—Supongo que tiene motivos de sobra para preocuparse, pero a no ser que tenga un testigo dispuesto a jurar que Smith le ha amenazado de muerte, dudo que la oficina del sheriff considere que hay motivos suficientes para ordenar detenerle. Le sugiero que me tenga al corriente y si se produce algún cambio en la situación...

9. El último curso

Cuando vuelvo a mi pueblo, normalmente con motivo de un entierro, siempre acabo paseando por la calle Novena. Me entrego a ella como a un deseo sexual. La casa donde vivíamos ha cambiado de dueño varias veces y alguno de los últimos eliminó toda la parte trasera: la despensa, las escaleras, la cocina, el lavadero donde estaba el fogón y el dormitorio del piso de arriba donde fue la fiesta de Halloween. ¿Por qué lo haría? ¿Para ahorrar combustible? La barandilla del porche y las espalderas han desaparecido, como la estrecha cerca de hierro que separaba el jardín de la acera. Los dos postes de hormigón con una arandela de metal siguen allí, sobreviviendo a su función durante medio siglo. Una plaga acabó con los dos grandes olmos bajo los que yo jugaba, y ahora hay un par de arces estropeados por las tormentas y situados de un modo tan extraño que los debieron de plantar los pájaros. En la parte de atrás, donde estaba el jardín de flores, hay una estructura del tamaño y la forma de un garaje, pero con un ventanal con cortinas. Alguien debe de vivir dentro.

La casa de al lado se quemó una noche hace diez o quince años en un aparatoso incendio —por un cortocircuito— y en su lugar hay un edificio de pisos de dos plantas que ocupa la mitad de lo que en tiempos fue un lateral de nuestro jardín. Aquí y allá, por toda la ciudad, han ido desapareciendo las casonas de antes, y a menudo entre dos casas antiguas que han logrado sobrevivir alguien se ha hecho una casa nueva, estropeándome los recuerdos. Cuando paso por delante del hospital nuevo me desoriento completamente. ¿Dónde estaba exactamente la pequeña tienda de ultramarinos a la que me mandaba mi madre cuando se daba cuenta de que se le había acabado el arroz, la mantequilla o el bicarbonato sódico? ¿Y qué ala del hospital es la que se ha llevado por delante el enorme macizo de violetas que había detrás de la casa donde vivía la anciana señora Harts con su hijo Dave, que nunca se casó? ¿Y el macizo de violetas era tan grande sólo por lo pequeño que era el niño que llamaba a su puerta una vez al año pidiendo permiso para cogerlas?

Cuando sueño con Lincoln siempre está como estaba cuando yo era pequeño. O mejor dicho, así sale en mi sueño, con una geografía alterada que

es mitad verdadera y mitad creada por mi mente dormida. Pongamos la casa de ladrillo rojo donde vivían la señorita Lena Moose y la señorita Lucy Sheffield. Probablemente se construyera durante el gobierno del general Ulises S. Grant, con artesonados oscuros y cortinas tupidas que no dejaran pasar la luz. Pero cuando yo sueño con ella tiene unas proporciones tan gratas a la vista y unas habitaciones tan luminosas, acogedoras y llenas de personalidad que me planteo renunciar a mi vida actual para mudarme a esa casa, porque sólo así seré feliz. O sueño que estoy de pie ante una casa de la calle Octava, una enorme casa blanca con un ventanal en la esquina y molduras y cenefas. Me he parado en la acera al caer en la cuenta de que mi madre está dentro de la casa. Si llamo al timbre, saldrá y me dirá que entre. O me abrirá la puerta otra persona. Y yo recorreré la casa hasta dar con ella. Pero ¿qué hace ahí, si no es nuestra casa? Ni siquiera se parece a la nuestra. Es de en torno a 1890 y la nuestra es mucho más antigua y, además, está en la calle Novena. Para resolver el acertijo dejo vagar mi mente por la calle Octava, empezando por la esquina donde los tranvías giran para ir al centro, pero antes de llegar a la casa de mi sueño me doy cuenta de que no existe una casa semejante, y me despierto de golpe.

Tras seis meses en el diván del psicoanalista —esto también fue hace mucho tiempo— recordé aquellos paseos nocturnos cogido de la cintura de mi padre. Desde el salón hasta el vestíbulo y desde allí, dando la vuelta para pasar delante del reloj de pared, hasta la biblioteca, y desde allí de nuevo al salón. De la biblioteca al comedor, donde mi madre yacía en su ataúd. Nos quedamos los dos mirándola. Yo quería decir a ese hombre paternal que no era mi padre, al anciano vienés, también exilado, con sus gruesas gafas y su acento alemán, quería decirle *No podía soportarlo*, pero lo que me salió de los labios fue «No puedo soportarlo». A continuación vino un torrente de lágrimas como no había soltado en mi vida, ni siquiera de pequeño. Me levanté del sofá de cuero y salí de la consulta y del edificio con su permiso, que intuía me había dado, y caminé por la Sexta Avenida hasta mi oficina. Nueva York es una ciudad donde uno puede llorar por la calle en perfecta intimidad.

Otros niños pudieron soportarlo, lo han soportado. Mi hermano mayor lo

logró, no sé cómo. Yo no pude.

En el Palacio a las cuatro de la madrugada se pasa de una habitación a otra atravesando las paredes. No hace falta usar las puertas. Hay una puerta, pero está permanentemente abierta. Si la cruzas y no te gusta lo que hay al otro lado, puedes darte la vuelta y regresar al lugar de partida. Lo hecho puede deshacerse. Es allí donde me encuentro con Cletus Smith.

En la casita que está frente al recinto ferial no parece haber nadie. Parece como si sus inquilinos se hubieran ido de viaje. La tía Jenny ha bajado las persianas hasta el alféizar. Así la gente no puede acercarse a ver lo que ella ve cada vez que cierra los ojos y a veces hasta con los ojos abiertos. La cama grande de la sala está hecha y Cletus está tumbado encima, con cuidado de no poner los zapatos sobre la colcha. Está tumbado sobre su lado izquierdo, en posición fetal, como si quisiera salir de este mundo igual que ha entrado.

La casa huele primero a café hirviendo y luego a beicon friéndose. Él no contesta cuando ella le dice que el desayuno ya está. Y tampoco se mueve. Sentada junto a la mesa de la cocina, la tía Jenny sopla en su café, pero como está demasiado caliente para beberlo, se le cae un poco en el plato... (Ha llegado el momento de dejar en paz a toda esta gente, pero me resulta difícil. Como si los testigos no fuesen libres hasta que hayan hecho su declaración.)

De pronto la tía Jenny se levanta, va a la habitación de al lado y pone una mano sobre la frente de Cletus. No tiene fiebre, pero está sudoroso y muy pálido. Tiene los ojos abiertos, pero no la está mirando. Cuando su tía le quita la mano, él le pregunta:

—¿Te da miedo que venga aquí?

—¿Que venga quién?

Cletus no contesta y al cabo de un momento ella dice que sí, que le da miedo.

—¿Dónde crees que estará?

—No tengo ni la menor idea.

La tía Jenny no tiene el pulso lo bastante firme como para beberse el café del plato, así que vuelve a echarlo en la taza, pero se olvida de beberlo. El tictac del reloj suena más alto unas veces que otras. Pero ella deja de oírlo y

escucha, en su lugar, el fuerte sonido de su respiración. Son las nueve menos cuarto y la tía Jenny se aclara la garganta y dice:

—Es hora de irte al colegio. Vas a llegar tarde.

Ya llega tarde. El reloj va con cinco minutos de retraso, cosa que sabe pero ha olvidado momentáneamente. Él tiene los libros encima de una silla junto a la puerta, pero sabe, aunque ella no lo sepa, que jamás va a poder volver a ese colegio. Entra andando en el Palacio a las cuatro de la madrugada. Con esa extraña luz azul. Con los brazos extendidos, como un equilibrista en la cuerda floja. Y sin una red para recogerlo si cae.

Sigo reviviendo en mi cabeza aquel encuentro en el pasillo del instituto de un año y medio después, como si experimentase una serie de reencarnaciones que siempre acabasen en el mismo error. Sé que él me reconoció y de nada servía confiar en que pudiera parecer que yo no lo había reconocido a él, porque noté el gesto de sorpresa que hice. Él no dijo nada. Yo no dije nada. Los dos seguimos andando.

Recuerdo haber pensado después, *Andando el tiempo, sabrá que no se lo he contado a nadie...* Pero me preocupaba que pudiera pensar que si no le hablé fue porque no quería saber nada de él, después de lo ocurrido. Que es, me temo, precisamente lo que pensó. ¿Qué si no?

¿Se lo diría a su madre al llegar a casa? ¿Y entonces hicieron las maletas y se mudaron a otra parte de Chicago para alejarse de mí?

Si yo hubiese tenido aplomo para decirle: «No te preocupes, que no voy a contárselo a nadie», ¿habrían podido quedarse donde estaban? ¿Habría confiado su madre en que un chico de quince años fuese a cumplir semejante promesa, en caso de haberla hecho?

A veces casi recuerdo haberme cruzado con él por los pasillos del instituto después de ese día. Y creo recordar, aunque no estoy nada seguro, que yo estaba feliz de haberle guardado el secreto. Lo que implica que él seguía allí, que seguimos cruzándonos por los pasillos, que no se había marchado. Pero si se hubiera quedado en ese colegio, tarde o temprano habríamos acabado en la misma clase, y sé que no fue así.

Pasan cinco o diez años sin que vuelva a pensar en Cletus para nada, hasta que algo me hace acordarme de él y de cómo jugábamos juntos en los andamios de esa casa a medio acabar. Y de repente lo veo venir hacia mí por

el pasillo de ese enorme instituto y tuerzo el gesto al recordar que no le dije nada. Y procuro quitármelo de la cabeza.

El último invierno hubo un día en que, atormentado por la culpa, bajé del desván una caja de cartón llena de papeles viejos, diplomas, recortes de periódico, cartas de amigos de la universidad a los que llevo treinta o cuarenta años sin ver, y demás, y lo miré todo hasta dar con el anuario del instituto. Las fotografías del último curso están organizadas en cuadros verticales, con quince retratos ovales por página. Cletus tendría que haber estado entre Beulah Grace Smith y Sophie Sopkins, pero no está. Si hubiera estado creo que habría conseguido quitármelo de la cabeza para siempre. Miré detenidamente el anuario entero, de cabo a rabo, buscándolo. Tampoco aparece en ninguna fotografía conjunta, ni citado en ninguna lista.

Es indudable que lo que podemos exigir a nuestro ser adolescente tiene un límite. Y seguir teniendo remordimientos por algo que sucedió hace tanto tiempo no tiene ningún sentido. Aun así, me siento culpable. Un poco. Y tal vez me pase toda la vida, cuando piense en él. Pero no sólo me planteo aquel error que cometí. También pienso en él, en lo que pudo sucederle. Si se libraría de ver el cuerpo ahogado de su padre. Si al cabo de un tiempo él y su madre fueron capaces de mirarse sin pasar vergüenza. Si estaría tan solo como yo al irse a vivir a Chicago. Y si la serie de acontecimientos iniciada con la muerte de Lloyd Wilson acabaría perdiendo verosimilitud y pareciéndose más a algo que Cletus pudo haber soñado, para que en vez de quedarse atascado ahí pudiera seguir adelante y, Dios mediante, vivir una vida propia, libre de los estragos de un drama ajeno a su voluntad.

«Adentrarse en la totalidad de una historia con la intimidad con que lo hace una novela es algo que otras disciplinas artísticas no han conseguido».

IAN MCEWAN

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *[Adiós, hasta mañana](#)*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector o comparta sus opiniones con nosotros y otros lectores en nuestra web (www.librosdelasteroide.com)

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección que creemos que le gustarán si ha disfrutado con la presente lectura.

Queremos animarle también a que nos siga en Twitter (<http://twitter.com/LibrosAsteroide>) y en Facebook (www.facebook.com/librosdelasteroide), y nos visite en nuestra web donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y donde podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.



Nota biográfica

William Maxwell (1908-2000) nació en una pequeña ciudad del estado de Illinois (EE.UU.). Cuando tenía apenas diez años su madre murió de gripe, episodio que le marcará durante toda su vida. Posteriormente su padre se volvió a casar y la familia se instaló en Chicago. Estudió Periodismo en la Universidad de Harvard, y en 1937 comenzó a trabajar como editor de ficción en *The New Yorker*, donde permaneció durante más de cuarenta años en los que ayudaría a orientar la prosa y las carreras de autores como J. D. Salinger, John Updike, John Cheever, Flannery O'Connor o Eudora Welty. Para muchos de ellos Maxwell era, a la vez, el lector y el editor ideal, de quien destacaban su educado carácter y su rigor compasivo.

Paralela a su carrera como editor, Maxwell desarrollaría una obra exquisita compuesta por seis novelas: *Bright Center of Heaven*, *Vinieron como golondrinas*, *La hoja plegada*, *Time Will Darken It*, *The Chateau* y *Adiós, hasta mañana*; seis libros de cuentos; un libro de memorias, *Ancestors*; y una recopilación de reseñas y ensayos literarios.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *Adiós, hasta mañana*, le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

[*La hoja plegada*](#), William Maxwell

[*Vinieron como golondrinas*](#), Jose Mauro de Vasconcelos

[*La jugada maestra de Billy Phelan*](#), William Kennedy

[*Una mezcla de flaquezas*](#), Robertson Davies

[*El rector de Justin*](#), Louis Auchincloss